Vino de carne y hierro

Lizandro Chávez Alfaro

anama

Vino de carne y hierro

Esta obra "se dispuso
en lucha acérrima y prolongada."

Bernardino de Sahagún

© Lizandro Chávez Alfaro, 1993
© para la presente edición: anama Ediciones Centroamericanas, Aptdo 1056, Managua, Nicaragua/C.A.
Todos los derechos reservados

Ilustración de la portada: Armando Morales, "Pintura", 1966. Acrílico y óleo sobre tela. 127 x 101

Diseño de la portada: Agustín Alonso
Fotografía de contraportada: Matías Ricart

Viñetas de la página del titulillo y de las páginas capitulares: Hokusai, Grullas (1823)

Indice

Bufa de cuchilleros / 7

Iconos / 17

Desatar lo atado / 29

Ferrocarril de sombra / 49

Vestido de agua / 59

Mi estirpe / 71

Las dos majestades de Antonio / 77

La hora de Greenwich / 95

Cinco yardas de bandoleros / 109

Primera vez - última vez / 123

Ojos bajo la mar / 133

La potestad y el danzante / 145

Vino de carne hierro / 155

Era uno de los tiranizados por el amor de multitud. Su pueblo lo amaba, aunque no del modo entendido que él imaginara alguna vez. Hubo tiempos de sulfuración por la imposibilidad de fundirse en ese fuego de innumerables llamitas caseras. Lo imposible llegaba a las palabras: cuando él proclamaba *¡Himnos!* los otros entendían *¡Sones!* Ahora ya lo había devastado el saber que es inútil esperar amores lúcidos y muertes dignas fuera del arte. Su dilema entre admitir o rechazar lo habían resuelto las circunstancias: la invariable solución para un desterrado de los cielos condenado a poner los pies en la tierra. Al cabo de cincuenta años de aturdidas peregrinaciones, la malencarada penuria lo devolvía a su lugar natal con el cuerpo en ruinas. Estaba agonizando entre los suyos, tal como eran. Muy a fondo de lo que le ocurría, una voz apagada, intermitente, consoladora, repetía una sola de sus líneas: La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte, que a su vez provenía de una purísima antigüedad.

Lo abatía el delirio, fase distinta del soñar; lo abatía la sostenida diferencia entre él y sus silvestres veneradores, incluidos los médicos, los generales, hacendados, comerciantes ilustrados; incluidas las matronas y las vírgenes declamadoras. Lo habían depositado en una casucha enjalbegada para que ahí arrojara su final. Oprimido por la desolación del barro untado sin arte alguno sobre los paramentos de caña, dijo en voz alta que su recuperación estaría en las transparencias del campo. Por consuelo le llevaron una vaca recién parida, se la amarraron a uno de los horcones del desvencijado patio para que imaginara corrales, siembros, moliendas, flores y horizontes. Los berridos y el olor a estiércol estancado en la pequeñez del patio lo colmaron de ira. Tuvo un acceso de soecidad en el que resurgían robustas las injurias absorbidas por su oído de infancia. Creció su cólera yacente, al verse no sólo perdonado, sino celebrado por su espontáneo regreso a las heces del habla, guardadas por él, su cumplido detestador, en la región de lo inolvidable.

Entre tanto enemigo de alma, lo consumía el constante oponer resistencia a los sueños, al mal de soñar, peor que la descomposición visceral y el tuerto manoseo de sus doctores. Casi una vida ocupada en exorcizar el don de profecía que habitaba en sus sueños, y ahora presentía el lento vencimiento de su ánimo vigilante. Le pidió a su mujer de última hora que le hablara, que le cantara cualquiera de aquellos sones producidos con hiriente timbre atiplado. Quiso ella congraciarse cantando una de las canciones de serenata que ambos se habían puesto en el lejano corazón de juventud, y le mandó callar.

La soledad, la tiniebla y el silencio eran la trinca contra la que había estado en perpetuo combate. No se atrevía a pedir un músico de cabecera por temor a que le plantaran en el patio un tamborero de medio centavo por copla. Puso oído a los pregones que subían y bajaban la calle y eran poco para mantenerlo en su marcha de custodio a la entrada de una cueva prohibida.

Con el aliento ardiente, casi en llamarada, su dragona vigilia se empeñaba en impedirle el paso a los haberes de soñador: un trasmundo sin alfabeto pero eterno preñado de escrituras. Entreabrió los ojos, vio la luz de lamparilla que lo acompañaba en el aposento vergonzante; vio las sombras de quienes posados en susurros, con las alas cerradas, esperaban comerse una muerte genial. Suspirante, saltó fuera del delirio.

La mujer le acercó el seno cargado de marchitos aromas, la cabellera negra y undosa; le arregló las cobijas creyendo que tiritaba, le enderezó el crucifijo creyendo que se atrevía a soltarlo. Un vago lustre de juventud adornaba el cabello abundante. Cuánto había huido él de las negruras pilosas, reminiscentes de arañas; sólo en lo rubio había sol, el sol del oro y de las mieses.

El oído se le fue lejos, donde una niña aporreaba un piano, y más allá, donde había un toque de campanas. Volvió recordando las campanas de la hora del ángelus, mientras cruzaba en primavera el Pont des Arts, sobre el esplendor del Sena pintado en largos trazos bermejos. Se detenía junto a la balaustrada del puente para ver las campanadas cayendo sobre el agua, piedras invisibles que venían repartiéndose el aire desde las torres de Saint Germain des Prés, de Saint Sulpice, de Saint Séverin, de

Saint Germain l'Auxerrois. Caminar entre campanas de atardeceres; diques de recuerdo levantados con trabajo entre su agonía y la amenaza de soñar. No quería pasar ni quedarse en brazos de aquel amor avaro que lo apretaba; tampoco soñar, ir al peligro de ver lo que sería.

En un esfuerzo más por recordar, recordó las olas de alta mar, el oleaje del Atlántico navegado tantas veces, el océano de entremundos, saludado con severos chorros de whisky, transitable de aquí para allá, cuando era aquí donde vivía su cuerpo, de allá para acá, cuando su residencia estuvo en el sordo paraíso parisino. A medio océano cambiaba el terno oscuro por algún claro traje de seda; mandaba al secretario traerle los binoculares para ver cómo se le acercaban los puertos de su América; antes todavía, para ver las olas magnificadas. En la ilusión de lentes, las crestas de espuma pasaban rozándole el ala del sombrero de jipijapa, una tras otra, infinitas; el susto ante el poder de las aguas amainado por la cariñosa crestería que los binoculares desmenuzaban. Una tras otra, en sucesión de lamidos maternales, las olas recorrían de pies a cabeza su cuerpo abatido en el catrecito de cabecera de hierro esmaltado hacía muchos años. Entre espumas fue diluyéndose la vigilia.

En el umbral de su temido sueño estaba un fotógrafo agazapado en trapos negros, y él indefenso, tendido sobre su costado izquierdo, inepto para derribar los bártulos fotográficos, el contratado ojo de vidrio que venía a retratarle la boca abierta de agonizante.

Vio con horror su desamparo ante esa obscena intrusión en su agonía; una vuelta más de la posesión que ufanaba a sus adoradores. Grato hubiera sido soñar a las parteras de la muerte, las que limpian, discretas, las que alumbran la tiniebla a boca cerrada, las que acercan sus manos frescas para alisar lo hirsuto del miedo; no esos testigos enderezados por la codicia, urgidos por cosechar el fruto de su infamia. Tras la cámara había cuatro compungidos asaltantes. Su sueño iluminó de lleno las caras: el médico de cabecera, Lucas, Luquitas, su enorme frente sudorosa de bregar en pura ciencia y su doble intención derramada en la humedad de los labios. Sagrario, la mujer permisiva, atenta, vertía su atención rezagada, los ojos con brillo de puñales

de obsidiana; el hermano de la mujer, Aníbal, ferocidad sonriente, veloz en los locos giros de cabeza que tasaban los objetos miserables del aposento; el pálido cronometrista, Alejo, sostenía en alto su reloj Ingersoll, comprado en Rue Monsieur Le Prince, la leontina colgándole sobre una oreja. Todas las manos se prolongaban en relucientes cuchillos. Tras el cuarteto se mecía en penumbra un anónimo cuerpo subsidiario: practicantes, barberos, sastres, dibujantes, carpinteros, taxidermistas, costureras, altareros, carniceros, cuchilleros, poesiyeros, carniceros; todos conjurados de boca abierta para esperar un eclipse, el rayo verde de la muerte genial.

Hubo un fogonazo arriba de los trapos negros; no pudo gritar ni detenerlos. La fotografía estaba hecha, ahí, en lo íntimo de su intimidad abierta de tajo. Lo protegía su abrazo a la fe de que era un sueño, nada más.

De igual manera lo hundía que no hubiera ensalmo para detener su mal de soñar cuando el sueño ya se había desatado. Tierra adentro de su mal lo esperaban mayores revelaciones. Jamás había querido asomarse a los temibles vínculos de Sagrario y Aníbal, y ahora, en el acecho fraterno con que esperaban el despeñamiento final, descubría tras ellos unas viejas alas incestuosas; lancinantes las alas y fiero el descubrimiento de que el himno que exhalan los incestos mitológicos se hace grito en el incesto contiguo. Jamás quiso conocer la hora en que entrarían a saco los cuchilleros de su cuerpo, pero vio el júbilo del pálido cronometrista al arrancar la cuerda de su Ingersoll, la arrancaba y la masticaba para que siempre fueran las diez y quince, hora de llantos de mujer, heraldos de una aterradora fiesta de multitud, señal primera para que el pueblo oyera cañonazos de fortaleza, y entre toques de campana preparara sus pámpanos de papel y sus aserrines de colores.

Él, nacido entre ellos, uno de ellos, separado de ellos, nunca terminaba de entender que la veneración es piedra de sacrificios, restos subrepticios de teocallis donde se extraen gordos corazones de ofrenda, elevados por manos de supremo acuchillador, ebrios corazones que con el último sístole a cielo abierto gritan ¡viva la vida! Por extrema angustia de exiliado entre los suyos se le olvidaba que una vez había visto cierto nombre escrito en un espejo rojo: *Huitzilopoxtli*.

Para que nadie interfiriera el rito, Lucas pedía que en la puerta de la casucha le plantaran dos policías. Sellado quedaba el aposento para quien no fuera celeste cuchillero. Él aullaba protestas mientras lo desnudaban, sin oírlo, porque su voz era sólo una cambiante mancha de añil. Del tejado que no había merecido revestimiento de manta o de tablas, le caían partículas de barro que rodaban por las laderas de su obesidad.

Sobre la única mesa del humillado mobiliario habían colocado garrafones, baldes, palanganas, frascos, tinas saturadas de olor hospitalero. Era Lucas quien lo abría en canal con destellante bisturí. Desventrado, él volvía la mirada suplicante hacia la mujer doblada sobre un hombro de Aníbal. Encontrarla de espalda era injuria para quien en lo tormentoso del soñar hubiera querido verla de cara, fiera despeinada, acuchillando a los felices cuchilleros del inerme, del bardo hecho res en tablajería.

Cuánta estética acrática para venir a parar en inaudible estertor de bestia aperreada. En la faena de horas alumbradas con lámparas de carburo, los doctores enjugaban el sudor con igual pasión que descubrían síndromes. Lucas pronunciaba graves dictámenes sobre el hígado exhausto, los pulmones anchos (de centauro, dijo el médico mayor), el corazón adiposo (henchido de sollozos, versificó uno de los ayudantes), los riñones encallecidos, estragados como la vida misma del dueño que los oía caer en recipiente de zinc y mesa de talalate y piso de barro quemado y subsuelo de cenizas. Con cada víscera extraída su sueño había alcanzado nueva frontera de pavor. Allá, en uno de los frascos, su corazón estaba a flote: pez redondo que boqueaba en su último nado.

Con el canto de zenzontles enjaulados en los patios cercanos, él era ya un esbelto figurón modelado a fuerza de bultos empapados en formalina. Tuvo entonces entrañas de algodón. Su maldecir a los cuchilleros había tomado una continuidad que sólo encontró solución cuando después de un rápido concilio entre Sagrario, Aníbal y Lucas, éste ordenaba a sus discípulos ir a sepultar las vísceras en campo santo, a la luz del alba, acompañados por el cronometrista. Su piedad y su ciencia le impedían dejarlas fuera del seno de la tierra, del reposo patrio,

aunque después supo el soñador que la segunda intención era reservarse la pieza maestra de carnicería: el sagrado depósito, le llamaba su médico.

Lo supo con súbita expansión de su espanto (enorme territorio nuevo para él, que creía haber agotado su experiencia) al ver el gesto de triunfador con que Lucas, Luquitas, se le aproximaba, sierra de orfebre en una mano, lápiz-tinta en la otra. Se dilataba el territorio bárbaro mientras el lápiz-tinta le marcaba el lugar de los laureles. Venían por su cerebro. Con arte aserraba Lucas sobre la línea morada trazada en redondo. Un filo de hielo iba entrándole en la caja craneal. Ansiaba vocalizar la maldición circulante en el hemisferio del habla, y todo era un hondo ronquido. Amorfas estaban la súplica, el insulto, la explicación solemne de que la virgen de las vírgenes no se encontraba en ese tejido blando ni en ningún otro de sus órganos.

Lucas procedía. Esmerado levantaba el casco de hueso, se lo entregaba a Aníbal para que lo sostuviera mientras él hacía perfectas incisiones en las nervaduras, y por fin liberaba el tesoro, levantaba la crecida pelota de masa gris, la alzaba, poseído por ese antiguo temblor sacrificial, la ofrecía a una balanza colocada entre los baldes; no le cabía tanto gozo ante la aguja que indicaba mil ochocientos cincuenta gramos, doscientos gramos más que el cerebro de Kant, apenas once gramos inferior al de Cuvier. Suspiró estupefacto frente a los casi dos kilos de poesía en alta concentración. No menos gozo tuvo rellenando el hueco craneal con fino aserrín de cocobola (*Dalbergia retusa*), elegido por su resistencia a remojos prolongados y por su suave olor a rosas.

Aníbal y Sagrario fijaban su codicia en el platillo de la balanza. Se miraban en silencio de hermanos, veloces para tasar el tesoro. Valía el precio de tantos años de fiel esposa abandonada; sería la suya una lánguida viudez pagada por los misterios de aquel montículo cubierto de rugosidades frescas, partido en dos por un abismo mineral. Valdría lo que la ciencia ha de pagar por la sabiduría. En el ascenso de las circunvoluciones veía Aníbal un bullicioso encuentro de postores; se veía con un mazo en su alzado brazo de subastador. Aceptaría por fin que la poesía es oro.

Hecha la última puntada en el cuero de bardo, la enrojecida bata de Lucas se movía hacia la balanza; el médico musitaba adoraciones mientras con ambas manos trasladaba el tesoro hacia un latón que rebosaba formalina al recibir la masa. Con reverencia ensamblaba la tapa. Las tres figuras fueron inalcanzables para el soñador que en vano quería gritar: no está ahí, bufadores; no está ahí, sacrílega; está en mí, en mí. Nadie oía en aquel penumbroso amanecer de taberna portuaria, pesado el aire en lo hondo del sueño lo mismo que en las sentinas de alguna ilustre borrachera.

Y aún vería el rigodón de cuchilleros arrebatándose uno a otro su cerebro enlatado. Lucas se lo entregaba a Aníbal, con resquemores. Aníbal se lo entregaba a Sagrario: premio vivo a su devoción. Sagrario se abrazaba al latón, con el oído puesto en la música de formalina, musitándole sones al tesoro. Lucas se lo arrebataba a Sagrario, con celo científico. Aníbal se lo arrebataba a Lucas, en defensa de la fortuna de su hermana. Lucas se lo arrebataba a Aníbal y a trancos alcanzaba la puerta; jadeante pasaba entre los policías sentados en el quicio. Aníbal corría tras él, sacudía a los policías para que desde su autoridad lo auxiliaran. Sagrario salía de pelo suelto, hilaba un solo improperio. Amonestaba a los desvelados guardianes y éstos corrían apuntando sus rifles. Lucas giraba en redondo, el latón apoyado en una cadera, la masa blanda pidiendo reposo entre los vaivenes de su preservativo en líquido. A media calle entregaba la pieza a la autoridad para que se arbitrara en la Dirección de Policía. Tras los depositarios uniformados iban los tres pálidos, con palidez de iracunda codicia. Era el despojo de los últimos retazos del decoro, y el desolado soñador no sería eximido de una sola minucia de su sueño. Veía la pátina verdosa del escritorio cuartelario en que una parte de él quedaba incautada, célebre entre un portaviandas de peltre y un vacío tintero de vidrio. Desde su cautiverio de horas oía ruedas de palo trastabillando por teléfono:

—Aló, aló.

—Aló.

—Aló.

—Aló...¿Es la presidencial?

—Aló, sí...

—Aló...Mirá, es que aquí está preso el cerebelo del pueta, en la jefatura de policía. Es un bochinche.

—Aló. ¿Preso quién?

—El cerebelo de Un Bardo Rei. La gran vaina le pasó. Se lo pelean su médico, su viuda y su cuñado. Mi jefe no sabe cómo barajárselas. Quiere que el presidente resuelva...

—¿Le sacaron el cerebro? ¿Arrestaron su cerebro...?

—Sí hom. Está en su lata de alcohol. Todos lo quieren. De reliquia, dicen. Cuatro horas llevamos en esto. La gente anda embullada con lo de sus siete velorios. No se han dado cuenta que el cerebelo está detenido. Mejor comunicame con el presidente.

—Aquí no está. Llamalo a su casa. Tal vez allí.

A la quinta hora sentenció el presidente que siendo el cerebro parte del muerto, le pertenecía a la viuda. Sagrario suspiraba fortalecida por su victoria, le suspiraba en la cara al médico derrotado. Aníbal tomaba el latón con un brazo ávido. Con el otro le daba apoyo a su hermana enviudecida y en serena pareja iban con otro paso a trasponer el tesoro en casa amiga.

Ni una palabra, ni un aroma se perdonaba el soñador en su mal entero. Su solo privilegio era soñar de prisa para alcanzar pronto la otra orilla de su sueño. Ahí salió de un espanto para entrar a otro espanto: frente a su agonía despierta vio al fotógrafo agazapado en trapos negros. Tras la cámara estaba iluminada la carnicera veneración de Lucas, Sagrario y Aníbal. En la penumbra se mecía el anónimo cuerpo de ayudantes. Alejo el cronometrista le tomaba el tiempo con su Ingersoll en alto.

Iconos

Para Adolfo, hijo de yo,
quien ha de recordar que
todo recuerdo es invención

I

En septiembre el barrio Beholdeen huele a ilang-ilang en flor. Los carnosos pétalos, doradas lenguas ondulantes, cubren los follajes. Un meloso aroma satura los cuerpos de los oledores que pasan las noches privados de otra cosa qué aspirar. En los corredores de madera, se les ve cautivos de mecimientos glandulares. Fue en ese imperio de volatilidades nocturnas que estuve por un instante en lo más alto de la estupefacción.

Para mis sentidos en construcción, ya había habido excitaciones que agregaban alguna cifra al cuerpo impúber, pero nada del magma impulsado por el soplo profundo que mueve al júbilo y a la pena de ser objeto y calor. Conocía el sabor de manatí en salmuera, la música de un instrumento lejano que toca para frotar sus cuerdas con las nuestras, acaso había entrevisto una rojez labial entre penumbras, conocía tal vez una aplanada sucesión de gestos convenidos. Lo demás era la vasta incógnita que se agazapa más allá de los espasmos de alga o de molusco que rigen la carnalidad de la niñez.

Lo conocido por mí eran dispersos haberes recogidos en algún punto de aquel ámbito de mi dominio: mercados flotantes amarrados a los muelles; idiomas alternables, cada uno con su irrepetible soecidad a cuestas; el hablador cobijo de los astilleros, los que sacaban al aire grandes quillas lamosas y los que redimían caseros botes enbromados; los patios de recreo escolar y el derrame oral de las cantinas; la rispidez de los aserraderos montada por gritos de escarnio.

Conocía también la negra luminosidad que Cashú paseaba por esos mismos lugares, así como el cerco de codiciosas miradas que dondequiera acompañaban su silvestre desplante de mujer. Aun yo, con la varonía en botón, perdido en un nudo de ansias, sentía el encandilamiento de su paso. No era un llamado de ropas y cosméticos sino una lustrosa flor de genitalia llevada

bajo una bata de saraza y despectivamente calzada con zapatillas de hombre. El pelo levantado con dureza, una oscura alambrada voladora, tampoco hablaba de afeites. Después sabría de retratos de gorgonas con los pelos retorcidos de esa manera, pero entonces lo que veía era una cabeza indómita. Por el desafío de su voz cavernosa al responder cada requerimiento y cada alusión a sus protuberancias, uno sabía que era ella la libre electora de sus invitados y jamás una disponibilidad de nadie. Cashú olía a yegua marina, decían, aunque todo mi olfato no alcanzara más que para percibir una sudoración matada con limones.

En el barrio de Beholdeen, del que ella y yo éramos vecinos, oía a veces frases de absolución para su lasciva presencia y a veces abominaciones, o simplemente la machuda posesión oral de su monte sobresalido o sus nalgas triunfales. Todo ello era para mí el rudo combate entre un llamado todavía sin forma y un temblor de inocencia.

Era septiembre y el olor a ilang-ilang señoreaba la noche. En una acera mal iluminada, y sin motivo aparente, Cashú estuvo de súbito frente a mí, los brazos en jarra, el ruedo de su bata ondeando en la brisa que subía por un callejón orillero. Vi hacia arriba, hacia el relumbre de su cara. Su voz susurró, conminándome más que invitándome: *Les guo fack, buai.* Me estremeció la descarga de estupor que escurría por mis tiernos huesos, me tambaleaba entre la precipitación de la sangre y el pavor ante su imprevista elección. Me descuartizaba la más veloz fantasía y el horror a ser devorado por aquella boca inmensa. Huí hacia lo más iluminado de la calle, pero conmigo se fue el grueso olor de su invitación y el movimiento de sus pelos culebrosos apuntando hacia todas las estrellas.

II

Había aprendido que entre yo y las cosas estaban los nombres. De nombres primeros estaba hecho el mapa con que iba entrando al tiempo y al espacio. Aun en su elementalidad, mis nociones ya se regían por palabras que atesoraba con una especie de natural avaricia. Quizá sea esta, la de los nombres, la primera avaricia que nos embarga. Como súbdito del lenguaje (todas las lenguas son egregias) me iniciaba en la obediencia a los poderes nominales, y era mi primitivo orgullo discernir entre *gato* y *gallo*.

Era un gallo el que picoteaba guayabas en una esquina de patio trasero. Desde un alto peldaño, Suncan y yo lo veíamos comer entre una y otra de las fanfarronerías con que dominaba a sus gallinas. La luz mañanera bañaba su plumaje; lo exaltaba enmedio de tanta exaltación: panochas de heliotropos, arcos de hibiscos, grama tendida en suelo húmedo, las cabriolas rojizas con que el ramaje del guayabo se elevaba para asomarse por encima de las puntas de un cerco de zinc semioxidado. Nada podía disminuir aquella cresta y aquel plumaje tan relumbrante como el nombre de la vida que envolvía.

Suncan vivía con arrogancia su tarea de criandero-entretenedor de un pequeño hermanastro que era yo, su encomienda en sus días de castigo. Entreteniéndome entretenía su confinamiento en aquella casa dominada por los rigores de su madrastra. Superior a ella, asumía él su servidumbre con más imaginación que tristeza, con benigna autoridad sobre mí, sobre la atención porosa con que absorbía su prédica de maestro guía a través de un largo viaje entre las cosas y las palabras. Su inventada potestad consistía en darle una dimensión de juego a todo lo que caía en el campo de las obligaciones de fraterno cuidador que se le imponían. Con destreza de su parte y arrobamiento de la mía, se jugaba ahí a trabalenguas para los que Suncan era celestial a mis ojos; a narices estrafalariamente prolongadas con amarillos ovarios de flor; a papelitos ensalivados sobre las uñas de sus dedos cordiales, que un momento eran golondrinas posadas en sus rodillas y en el siguiente momento pura y mágica ausencia.

Pero en ese día, en ese momento que estoy recordando, deslizado él hacia alguna trampa del resentimiento o quizá bajo la peregrina ocurrencia de someterme a prueba, Suncan dijo que el fascinante animal que relumbraba en un rincón del patio era un perro. Su juego de entretenedor había ido mucho más allá de mis posibilidades. El patio, el escalón que me sostenía, la casa entera tuvo un vuelco. Colapsaba el orden de mundo. Sólo tras un cúmulo de sollozadas protestas pudo Suncan concederme que un perro también puede ser gallo.

III

Mendoza era un sietemesino silencioso que jamás depuso la pretensión de ser mejor papalotero que Ts'iu Ying Ying. Cualquiera podía ver las preparaciones de Mendoza en la carpintería de sus hermanos y de Ying Ying en el corredor de la casa de beneficencia china. Trabajaba éste en su afición con tal minuciosa intensidad que parecía ausente entre sus varillas, pegamentos y papeles dispersos por el piso. Percibía uno en su quehacer la misma pasión de tahur que, contaban, lo había llevado a la indigencia y al desquicio. Sus ojos enrojecidos permanecían concentrados en lo suyo, lejos de las terrena-lidades. Al parecer, el arte del papalotero tiene algún pacto con el silencio, porque tampoco en Mendoza había nada cercano a la vulgar locuacidad. Los ruidos avasallantes del taller no llegaban donde él, abstraído, ponía esmero en la elaboración de sus artefactos voladores, inutilidades para sus hacendosos hermanos que bien toleraban su manía.

En este arte para el aire cuenta todo: la ligereza del armazón, los colores del papelillo o los retazos de manta, la simetría de la forma, la precisión de los amarres, en fin, la fantasía y el rigor matemático por el que un objeto dotado de belleza es susceptible de ascención. Maravilla era ver ascender desde las curtidas manos de Mendoza al cielo, el rombo cuatricolor de una palometa, sus flecos laterales agitados por la alegría de subir, su cola ondeando con más parsimonia en cuanto más altura ganaba; ver el triángulo blanco de una

lechuza vigilándonos desde arriba con redondos ojos negros; ver el exacto hexágono de un barrilete sobrepuesto a una nube plateada, oír la grave música de sus bufadores: alunados banderines tendidos de vértice a vértice, para que tremolen en las altas corrientes, para que los hagan ronronear como aéreos gatos complacidos. Portentos de papel eran las cajas aladas, las angélicas orugas que salían de las huesudas manos de Ying Ying hacia la claridad y hacia los alisios que siempre soplan del sureste de Bluefields. Eran orugas hechas de anillos de papel y bambú arti-culados por medio de hilos que entre uno y otro anillo dejaban la suficiente luz para que levitaran. Lo que en tierra era una sucesión de trece rígidos anillos, empapelados en alguna gama de rojos o verdes, en el cielo se volvía un solo cuerpo contraído y estirado y contraído para avanzar sobre campos celestes.

Si Mendoza tenía a sus hermanos carpinteros, Ts'iu Ying Ying tenía el beneficio de las coimas cobradas en el gran garito nocturno del club chino. Una comunidad próspera podía permitirse el decoroso mantenimiento de sus dos únicos fracasos: el anciano Chen Liang, orate que guardaba un irremediable andar de trotador de caminos rocosos, y el impávido Ying Ying, mandarinesco hasta en su tristeza de trasterrado. Aunque Mendoza y Ying Ying probablemente nunca cruzaron palabra, por timideces o por inmensas brechas idiomáticas, ellos dos por sí mismos formaban corporación. Ambos eran de una misma competencia; ambos oteaban corrientes de aire ahí donde nadie más veía; ambos procuraban las alturas: techos de casa de alto, campanarios, mástiles o palmeras conquistadas sin aspavientos.

Una tarde los vimos subidos a las torres gemelas del teléfono inalámbrico. El par de construcciones metálicas sostenían la antena a treinta metros de altura. Las siluetas de los papaloteros, parados sobre estrechos tableros, se oscurecían contra blanquísimos cirros deslizados en un desierto azul. De espaldas al sureste, manipulaban sendos barriletes dotados de largas colas de trapo, con sus nudos equilibrantes a uno y otro lado de la tira. La calle del cementerio se llenó de espectadores acodados en las ventanas, montados en los barandales o francamente sentados al borde de los andenes. Cundió que era un desafío de cometas ennavajados, sus caudas erizas de hojas gilet. Los barriletes eran de igual tamaño, uno resuelto en triángulos verdes y amarillos, el otro, marcado por

el estilo del chino, lucía una gama coralina. Volaban paralelos hacia el noroeste; en cada latigazo volteado hacia la cuerda del adversario, se percibía el diestro tirón aplicado a los frenillos. Distinguíamos la silueta del sietemesino por la escualidez de sus miembros. El viento removía los cabellos largos de Ying Ying. Tremolaban los pantalones untados a las pantorrillas. Todo parecía moverse allá arriba, pero uno sabía que los pies permanecían inmóviles, bien plantados en su correspondiente cuadrito de tablas. Era la pura flexión de brazos, muñecas y dedos, lo que allá en el otro extremo de la cuerda se convertía en súbito cabeceo del cometa, en latigazo de su cauda que debía aproximar el vuelo de sus filos a la cuerda contraria pero sin arrollarla. Deshonroso era el enredo en este elevado juego de precisiones y pulcritudes. Súbito fue también el corte que quizá solamente los dedos de Ying Ying pudieron sentir. Nosotros nada más vimos de pronto la fuga del barrilete de Mendoza que iba agonizando a la deriva. Después vimos al sietemesino sentado al borde de su tablero, los pies mecidos en el vacío. Ying Ying se sostuvo en un pie. Su otra pierna era una letra suspendida: una zeta gris. De sus brazos extendidos, una mano apuntaba al cielo, la otra a la tierra, mientras su barrilete se mantenía estable, fijo, como si ahora estuviera colgando de un clavo. Variaba el eje de su cuerpo, con lenta continuidad, engarzando en un mismo hilo el trabajo de cada músculo. En la calle del cementerio se dijo con autoridad concluyente que de los dos papaloteros el más loco era el chino.

Al cabo de muchos años, en Beijing, sobre una calle adyacente a la Plaza de la Paz Celestial, vi una formación de ancianos que ejercitaban aquella antigua danza de paulatino progreso, situada en el justo medio del movimiento y el reposo: *Tai-chi*. En alguna parte leí después que Chao-chou, maestro zen de la dinastía T'ang, a sus ciento diez años seguía elevando sedantes lechuzas desde las terrazas del monasterio de Shao-ling.

Nada impide imaginar que Ts'iu Ying Ying fuera un extraviado del camino de la pureza, empeñado en retomarlo por virtud de aquellos ligeros acunadores de meditación que elevaba a favor de vientos alisios. En tal caso, Mendoza hubiera sido el que por la otra ladera de su montaña subía destinado a llegar más allá de la pureza y la impureza.

IV

La deshabitada edificación de madera se levantaba entre la calle cubierta de zacate y los talleres costeros donde se reparaban botes carcomidos y hasta piraguas de doble mástil. Era un enorme cajón de tabla traslapada que nunca había merecido una mano de pintura. En el piso bajo había dos o tres viviendas de viejos elefantiásicos; arriba era la lobreguez de un segundo piso intocable para todo aquello que no fuera parte de su función. Las ventanas permanecían cerradas. Cuando más, descendía hasta el andén un olor a moho enclaustrado. En el ambiente húmedo, la madera sin pintar adquiere un desolado tinte fungoso que en el caso particular de esta casona se volvía un signo más de su excepcionalidad. Su lobreguez inalterada por los soles y las lluvias de todo el año era parte de los cotidianos misterios. Aun sabiendo que era sitio de reunión secreta, pasábamos junto a ella como se pasa junto a un viejo árbol estéril. Su temible prestigio se renovaba sólo en las imprevisibles noches de iniciación. No veía yo entrar ni a iniciados ni a iniciadores, pero lo mismo que todo el vecindario era aterrado por lo que oía salir del recinto: rodamientos de pesos enormes, tronantes; látigos restallados, silencios, cadenas arrastradas sobre una senda pedregosa, y en todo ello oscuridad, acaso remarcada por instantáneas líneas de luz roja filtrada en las rendijas, y sobre todo ausencia de la voz humana para mandar o para lamentar o para invocar o maldecir. Toda la noche el golpe de confusión. El sueño, cuando llegaba, era detestable escape.

Un tempranísimo amanecer de agosto, sin advertencia alguna, la anónima oscuridad, el encierro de retumbos, me fue conmutado por música de marcha, caras conocidas y, más todavía, por cuerpos portadores de una parafernalia inusitada, caída de alguna región extraña o cuando menos del otro lado del mar: lejana matriz de la novedad. A la luz de la primera claridad del día, los personajes estaban alineados en el andén, solemnemente vestidos pero a la vez salpicados de objetos que con su punto de color modificaban la gravedad del chaqué, del panta-

lón a rayas grises, los botines, las polainas, el bombín, los bastones de opulentas empuñaduras. Más fuertes que las prendas negras y las caras negras brillando más arriba de los cuellos almidonados, eran los sedosos mandiles, blancos y profusamente bordados de signos azules y rojos; las insignias de metal esmaltado prendidas al pecho o las solapas; los fistoles de oro sobre corbatas perladas; las plumas de cardenal o de loro caladas en el galón de los bombines, y avasallándolo todo, los estandartes suspendidos en astas de caoba, los pendones mismos hechos de tafetán en cuyo brillo pesaban abullonados compases y escuadras, triángulos y ojos, columnas y estrellas, antiguas letras indescifrables.

De los trajes saltaba un olor a naftalina y del olor las caras conocidas pero transformadas por la indumentaria. Resplandecían de respetable contento las cabezas erguidas del capitán Whitaker; de Big Guidalti, el armador de lanchones; de Clarence Howell, jefe de aserrío; de Clifford Bush, compositor y sastre; de Birthy Cayaso, panadero; de Randí Forbes, agente aduanero; de Sunshine Ingram, el dentista; todos los prestigios y sus propias caras. A todos los había visto en otra dimensión; en todas las dimensiones de lo cotidiano; impensables en esta faz, formados frente a la puerta de la casona lóbrega que por primera vez veía abierta.

Puestas en orden las jerarquías, alguien dio la señal para que la banda de músicos vestidos de blanco rompiera el aire con sus vientos de tubas, clarinetes, saxofones y trombones, con el batir de bombo y redoblante. Al compás de una marcha pasaron los masones: aprendices y maestros. Había perdido un enigma de cada día a cambio de entender qué era la logia, no *una* logia, sino esa logia metida en una alta caja de madera que de pronto se abría. Lo que nunca supe, porque nadie pudo informarme, fue el propósito y el destino de aquel desfile en el alba, hacia dónde iba la hermandad envuelta en sus insignias. Sólo sé de cierto que iban flotando en esa ola de gracia en la que el cuerpo sabe celebrarse a sí mismo.

V

Entre mis mañanas de domingo y la piscina del ferretero Lemercier, perenne ostentador de su intocable bandera belga, había una pared ahumada, un patio sembrado de floripondios, un cerco de zinc pintado de rojo. Lo que yo veía sin interrupción alguna era la pared. Lo demás eran atisbos, ociosas reconstrucciones a partir de un dato trivial, con el único propósito de descifrar la zarabanda que cada domingo se instalaba en aquella piscina oculta, para mí inaccesible. Ver es una forma de acceso, aun ante lo más ajeno, pero aquel lugar de agua y fragores ruines me era invisible desde cualquier punto.

En esa medida, me llenaba de indefinible agitación oír lo que no podía ver. Sabía quiénes eran los invitados permanentes de Lemercier, puesto que veía entrar a las orondas familias, cargando deportivos maletines de cuero. Era gente de mucha compostura; no le escatimaría ni el porte airoso ni la belleza de sus cuerpos vestidos a lo que daba la moda. También los veía salir con los pelos húmedos bien peinados; podía oler desde lejos sus estelas aromáticas. Pero uno y otro movimiento eran cosa desprendida de la masa de ruidos que ocurría entre su entrada y su salida. De modo que hiciera lo que hiciera, mi profunda ocupación de aquellas mañanas era asimilar una corriente de sonidos inmundos emitidos desde todas las edades, la sonora descomposición que atravesaba los filtros del cerco de zinc, de los floripondios embriagantes y la pared ahumada. No hubiera podido decir si mi atención era para el padecimiento o para la reprobación. Todo era entonces demasiado nuevo. Lo que me absorbía era la ingrata tarea de encajar a ciegas la bulla soez en las pulcras imágenes que le daban aliento, o en una desesperada inversión, encajar la impecable fisonomía de los bañistas invitados en el concreto estruendo, pujos y gritos, broza de palabra que llegaba a mi distante posición de oidor embrollado.

Fue en la otra mitad de mis precoces trabajos de oidor dominical donde habría de tener la sorpresa contraria, devastadora diría, aunque Celina Riorda parecía asumirse con mansedumbre, casi con beatitud apropiada al escenario religioso de

sus proezas. La iglesia católica estaba a medio construir. Contrafuertes de cemento armado sostenían paredes provisorias en los costados de su única nave. No existían ni la puerta mayor ni el coro. En su lugar se levantaba una burda culata de láminas corrugadas. El conjunto de voces femeninas que cantaba la misa de nueve de la mañana, se alojaba entonces en la capilla, provista ésta de una puertecita frontal; así las cantantes podían entrar y salir de aquella capilla sin violar el canon de que el presbiterio no ha de ser hollado por pie de mujer. Después de cruzar tal puerta, quedaban invisibles para la feligresía. Oíamos el vuelo de sus voces, entre ellas una, la solista, arrobadora en su timbre, escala para ascender y ascender a las regiones de la fe, que era entonces para mí forma suprema del placer, la más distante de cualquier clase de sufrimiento. Lo que esa voz prodigaba en el incensado recinto sólo podía yo asociarlo a los órdenes de la belleza.

Terminada la misa procuraba entretenerme en las cercanías del púlpito para tener a la vista la puerta de la capilla. Por ella salían las devotas coristas, mujeres en distintos momentos de su plenitud, unas con ligeros tapados sobre la cabeza, otras de sombrero prendido al peinado con largos pasadores. En cada una de aquellas caras buscaba yo los signos de la mujer que con su sola voz poblaba de dorados trapecios el aire de la iglesia. A mi entender, solamente las mejor dotadas en sus cuerpos eran probables dueñas de semejante don. Sólo lo hermoso puede alojar lo hermoso, hubiera sido por tiempo indefinido la inocente máxima.

Hubiera sido, si cierto domingo un amigo monaguillo, con gran desprecio por mis sensiblerías y además empeñado en demostrarme su poder de conocedor, no levanta la blanquísima manga de su roquete para señalarme la ambulante humillación física que era Celina Riorda: mujer cuya edad se perdía en una palidez barrosa, el cuerpo consumido en una sequedad que ninguna indumentaria hubiera podido adornar, los pies enormes. Para mayor incongruencia, el rasgo predominante de su cara era una boca desprovista de labios, suave línea de resignación que los cerraba, absolutos extraños a la voz que me estremecía.

Desatar lo atado

A Sofía Montenegro,
que va hasta el alma
de impecable coraje

Estos huesos habían sido enterrados y desenterrados ocho veces, sin que los testigos quisieran advertir que en ellos —esqueleto de hombre-hombre según actas y certificados— venía descifrándose su trasmutación.

Cerca de ellos —alabados por su lozano color trigueño— siempre había rondado alguna mujer, con la misma dedicación de ciertas aves que turnándose acompañan invisibles cardúmenes en su interminable migración por el interminable océano.

Mientras que con rigor legal y sagrado se procedía una y otra vez en la parsimoniosa cadena de exhumaciones, traslados e inhumaciones, la sucesión de secretas rondadoras, no menos rigurosas, se entendían al otro lado de la sacralidad con aquella peregrina osamenta que había sostenido cuerpo y alma del nombrado y renombrado Fernando, Hernando o Hernán Cortés.

Una tras otra habían sido mujeres de modestos oficios, aunque nada humildes en su andar y sus propósitos, menudas de cuerpo pero con la altivez visible en cierta torcedura del cuello, en los pechos elevados y las caderas ondulantes; hembras que todavía después de pasar veloces por una juventud consumida en trabajosos días y noches de veleras, mucamas, beatas de mentira, o simples afanadoras, guardaban en el seno un punto de luz que desde abajo seguía alumbrándoles la cara durante años. Así se reconocían en la memoria: por una mansa fogosidad quemante para quien las viera sonreír de frente, y por una valentía sin rebajas. Eso y más quiso decirle Petra Canales a su recién llegada sobrina, cuando en lo alto del Hospital de Jesús Nazareno le confió a secas: "Las de Jáltipan somos providenciadas".

Para acabalar la frase, había reacomodado una punta de la cobija que arropaba a la sobrina, todavía medio inmóvil entre la tibieza de sus entrañas ribereñas y el aire de altiplanicie que pesaba en un cuarto de servidumbre montado en la azotea del hospital. Aún con el pelo suelto, las dos mujeres parecían lucir

peinados altos, por la forma amelonada del cráneo, el frontal subiéndoles en gracioso talud de estilo totonaca. Así eran las de Jáltipan. Petra y Galena su sobrina fijaron la vista en la luz vespertina que tocaba el vidrio opaco de una claraboya. Más que contemplar la cuadrícula de sol difuso, parecían estar sopesando con el intenso silencio de su cuerpo lo que tenían debajo: la mole del edificio contenedor de cuatro siglos de piedad, en cuya capilla anexa creían reposar los restos del conquistador después de recorrer mucho mundo.

No por azar se levantaban ahí los muros anchos del hospital, su planta diseñada por el mismo alarife que sobre las oliscas ruinas de Tenochtitlán había trazado la nueva ciudad de México. Surgió ahí por voluntad del vencedor, quien con la punta de un cayado golpeó varias veces el suelo sanguinoso en su punto crucial: ahí donde él, Hernán Cortés de Monroy y Pizarro, había estado de pie frente al señor Montezuma en su primer tope. Quiso que ahí y no en otra parte se marcara con piedra perdurable su acción de gracias a la Purísima Concepción, a quien devotísimo se encomendó aquella mañana de encuentro, mientras por fuera relumbraban sus metales, encendidos por el sol de noviembre en el ceremonioso intercambio de collar de cuentas de vidrio por collar de caracoles rojos ensartados con camarones de oro.

Y el alarife no escatimó ni cal ni piedra para cumplir la voluntad de su Capitán General. Se extendió en altas crujías, arcadas, patios, conserjerías y cocinas, intendencia y capilla, pero nada que anticipara una tumba. Nadie podía prefigurar el inmenso círculo que los restos de don Hernando habrían de trazar rodando de convento en convento, a uno y otro lado de la mar océana, de cripta en cripta, de urna en urna, de nicho en nicho, hasta alojarse en el clandestino hueco de un muro del hospital construido en el sitio exacto de lo que desde su primer encuentro con Montezuma Xocoyotzin juzgó su momento supremo. Nadie, excepto las mujeres que ahora se llamaban Petra Canales y Galena Llamas, podía saber por qué cada cincuentaidós años de promedio el atado de huesos debía airearse y ver la luz, o cuando menos moverse de casilla en casilla, cual peón de tablero, o bien saltar de camino en camino, como perseguido mutante.

En su octava escala, el venerable esqueleto envuelto en paños de Cambray y seda, protegido por cajas de vidrio, de plomo y de madera, había estado en peligro de ser arrastrado por las furias nacionalistas de 1823. Petra Canales, agotada por los trabajos de precaución y defensa que hubo que hacer, pensó que era tiempo de llamar a la sucesora, de trasmitirle la faena, sus antecedentes.

Difícil era transitar en tiempos de república naciente, con desechos de ejércitos merodeando por todos los rumbos. Más difícil aún para una mujer sin habilidades de suripanta ambulante o de pacotillera de mesones. Pero para la estirpe de Galena Llamas no existen caminos largos ni rediles que no rompa. Así que recibido el mensaje de su tía Petra por boca de muleros, cruzó de Jáltipan a Tlacotalpan cocinando para los arrieros de una recua de novillos; bajó por el río Papaloapan en una panga cargada de quesos; pagó pasaje en piragua de cabotaje para avanzar de la barra de Alvarado al puerto de Veracruz; entretuvo al patrón de un tren de mulas que subía del puerto hasta Orizaba, y ahí se puso escapulario para unirse a una romería que sin contratiempos, erizada de estandartes, llegaría a la Villa de Guadalupe en la madrugada del 12 de diciembre de aquel año de 1823. Al santuario entró cantando en tropel y después, arrodillada, cantó su propia oración ante la imagen de Guadalupe-Tonantzin, que entre millares de velas encendidas la miraba con sus ojos de párpados gruesos, iguales a los párpados que siempre había imaginado en la cara serena y voluntariosa de La Mayor de Todas Ellas. Se persignó por última vez y volvió al camino. Después de peregrinar a lo largo de sesenta leguas, qué podían pesar las pocas leguas que la separaban del Hospital de Jesús, de la covacha friolenta en que ahora estaba, próxima a los huesos de don Hernando, oyendo la voz cansada de Petra Canales.

Cansada de cumplirle caprichos domésticos a las dos intendentas del hospital a quienes había servido con la necesaria abnegación para permanecer en su puesto; cansada de operar con oportuna intensidad en los cambios de posición y traslado de los huesos.

A sus sesentaitrés años, no era poco lo que a ella le había tocado insuflar en los fémures, en las clavículas, muy distintos

ahora de lo que le había entregado Ponciana Brisas, guardiana del atado en el convento de San Francisco. Veinte años tenía Petra Canales cuando, lo mismo que Galena Llamas, tenaz y ligera, había viajado desde Jáltipan enmedio de una peste bubónica para recibir la tarea de su antecesora: Ponciana Brisas.

Era aquella una anciana de crencha azul y espesa cabellera suelta y cenizosa, la que al heredado encubrimiento de vendedora de novenas y candelas en las cercanías de la capilla mayor del convento, había agregado su pertenencia a la Cofradía del Vía Crucis. Los huesos famosos estaban alojados entonces en un nicho sobre el cual colgaba un retrato de Cortés en brillante armadura y con los ojos emblanquecidos por la beatitud. Así lo encontró en sus años de muchacha pizpireta y así siguió viéndolo hasta el día en que depositó su carga en los hombros jóvenes de Petra Canales. Recordaba que toda la ancianidad de Ponciana Brisas había sido estremecida por un profundo gruñido antes de empezar a contarle lo mismo que ahora ella iba a contarle a Galena Llamas.

Le dijo que los huesos, duros como pilares, tintineantes como cascabeles, eran lo mismo que la semilla: portadores de lo indestructible. Desdichada aquella que extravía los soportes de su alma, porque penará llorándola a gritos, husmeando entre las fracturas de la tierra para religarse a sus preciosos huesos.

La Mayor de Todas las de Jáltipan, Malinalli, Malintzin, La Malinche infortunada, muerta entre fiebres y llagas de viruelas, había perdido su esqueleto desmembrado por coyotes, esparcido y extaviado sobre los pedregales del sur de Anáhuac.

Fue en los días de peste que asolaron la Villa de Coyoacan, cuando era tarea de esclavos ir de prisa a tirar despojos humanos a lo más escabroso del desierto de lava petrificada. Ahí quedó deshecho el cálcico espejo estructural que en su pequeñez se basta para reflejar el orden perfecto de articulaciones que sostiene al universo. Don Hernando estaba desterrado por sus enemigos en Tlaxcala, al otro extremo de Anáhuac; Jaramillo, el marido a quien su amo la había regalado, andaba en cobros de tributos allá por los pueblos que tenía encomendados; y Malinalli en sus veintitrés años floridos pereciendo en la inmunda indigencia de la apestada. ¿La habría auxiliado su

amo para salvar la entereza de sus huesos? ¿La habría repudiado con el mismo fastidio con que la regaló dos veces? Malintzin la desventurada; Malinche la calamidada. ¿Dónde mejor reinstaurar sus huesos sino en los huesos del que más había amado, del hombre que por amante había recibido de sus soldados el apodo de Malinche?

Galena Llamas sabía pero no tanto como estaba oyendo en la voz de Petra Canales, que a su vez estaba oyendo la voz distante de Ponciana Brisas. También le había contado el principio de esta obra de conjuradoras. La más antigua, Esmeralda Ríos, ahijada de Malintzin, se había pasado cuarenta años oyendo alaridos de la deshuesada en las goteras de Jáltipan. Era rumor corriente que también se oían entre aúllos de coyotes en los pedregales de Coyoacan; en los ríos de Tabasco; en los pinares de las Hibueras; en los cerros neblinosos de Orizaba; en la capital de la Nueva España, por las esquinas lóbregas de la calle de Medinas, y decidió curar las penas de La Mayor de Todas cuando supo que los huesos de Cortés habían llegado al puerto de Veracruz.

Por medio de una espontánea cadena de noticiosos marineros, sacristanes, tinterillos y arrieros, supo Esmeralda que dos inseparables criados habían desembarcado al anochecer del último viernes de julio de 1566, sosteniendo unas angarillas sobre las que se mecía un pequeño baúl. Era de metal, decían los marineros, era de nogal el arca, decían los sacristanes. Habían sido expulsados aquellos restos de dos tumbas tomadas en préstamo, en el convento de San Isidoro del Campo, cerca de Sevilla, decía un alférez de navío. Decían los tinterillos que la urna venía a la Nueva España por disposición testamentaria y que en ella reposaba también una copia fiel del testamento, así como copia del acta notarial rubricada por monjes, albañiles y carpinteros sevillanos, certificando a qué alma pertenecían los huesos. Jamás tendrían descanso eterno, decían las brujas volando en el cielo de su rencor, las de Jáltipan las más altas voladoras. No tendrían entrada a la ciudad de México mientras los hijos de Cortés, Martín y Martín, no se hicieran con la gobernación que de por vida le fue negada al conquistador, decían los alguaciles de Veracruz.

De todos estos decires se asió Esmeralda Ríos para orientar su viaje tras el baúl que era de metal, era de nogal. Dio alcance a la pareja de criados en una de las primeras ventas del camino real que subía desde el puerto. Los reconoció al asociarlos con la mula parda en cuyo aparejo cargado asomaban unas angarillas. Desde ahí los siguió a cierta distancia, de venta en venta, percibiendo las inseguridades con que iba el par de custodios, nerviosos, en constante espera de algún mensajero que debía salir a encontrarlos.

Al divisar una y otra vez el bulto en que subían los huesos, la imagen que surgía desde la indómita memoria de Esmeralda era la de su madrina sonriente: Malintzin vestida de blanco, con un cirio en la mano derecha, mientras ella a sus seis años era bautizada en ocasión de que Malintzin había ido a tomar posesión de las tierras de Jáltipan y pueblos vecinos que le asignaba Cortés.

A la que veía su recuerdo no era la respetable dueña de tributos en maíz y cacao, ni la virolenta, ni la desgarrada por coyotes, ni la ultrajada y no obstante indemne tras el múltiple ultraje, sino a la apacible mujer de unos veinte años, con collar de caracoles carmesí y mariposas de plata, de trenzas negras colgadas del cráneo empinado, y en la mano derecha un cirio verde, alumbrador de su propia hermosura rodeada de tinieblas.

A la altura de Texmelucan, apenas a veinte leguas de la ciudad de México, los custodios del baúl se toparon por fin con un grupo de emisarios, algunos de ellos en hábitos de fraile, y después de parlamentar a la sombra de un ahuehuete se desviaron del camino real para tomar rumbo norte. Mientras los perseguía por aquellas veredas de piedra caliza, supo Esmeralda Ríos que los hijos de Cortés —Martín el mayor, hijo de La Malinche, y Martín el menor, hijo de la Zúñiga— estaban a punto de ser decapitados por conspirar contra la Corona para hacerse con la gobernación de la tierra.

Era plena noche cuando los custodios del baúl, seguidos por una coyota que venía olfateándoles las huellas, cruzaron la ciudad de Texcoco con sigilo de contrabandistas, para después subir hacia una mole parda que se levantaba solitaria. La

animala levantó el hocico y divisó la enormidad oscura imponiéndole al cielo seco sus largas líneas rectas.

San Francisco de Texcoco era un suntuoso convento construido por los indios para los frailes mendicantes. Plantado en una altura consagrada por la antigua religión al Dios de la Lluvia, había que subir sesentaidós escalones de vieja piedra labrada, espaciosos como mesas.

Por ahí subió Esmeralda Ríos cuatro días después, su cabeza tapada con rebozo, sus pequeños pies escalando con paciencia entre centenares de pies que iban hacia la iglesia anexa al convento, aquel domingo dedicado al Sagrado Corazón. Amparada en el tumulto, recorrió las paredes de la amplia nave olorosa a flores, a cera y a copal. Se detuvo frente a un nicho recién hecho. Encontró los costurones de cal todavía blanca que enmarcaban una placa de ónix rojizo marcado con signos dorados. Con claridad percibió tras la placa, por primera vez, la composición de los huesos atados; su fuerza residual emanada al ritmo de muy espaciados latidos. Ahí palpitaba esperando la materia de su obra y no tenía prisa alguna, sumergida como estaba en aquella celebrante masa humana que le servía de primer encubrimiento mientras resolvía cómo instalarse en Texcoco para siempre, o al menos durante todo el tiempo que se alojara ahí la osamenta de Hernán Cortés.

La misa de primera hora se inició con un estallido de música y canto que venía desde arriba, desde el coro de la iglesia de San Francisco. Era un río de sonidos que inundaba la nave, las dulces voces de hombre montadas en las aguas serpentosas de los instrumentos que desconocía o reconocía: flautas, cornetas, trompetas, sacabuches, vihuelas y atabales. Cantaba el coro en una lengua que no era la difícil castilla, sino alguna de las lenguas naturales. El canto ocupaba el aire de otra forma que la conocida por ella al cantar para adentro cosas como: *"Soy mujer que habla/ soy mujer que da la vida/ soy mujer de aire/ soy mujer de luz/ soy mujer muñeca/ soy mujer espíritu"*.

Con disimulo giró hacia atrás la cabeza y vio arriba las filas de hombres jóvenes como ella, vestidos de azul y oro, el cuerpo nuevo y las voces fluidas, traspasando el calor calladísmo de un cuerpo multitudinario. Deslumbrada los vio, y oyó un susurro que en sus entrañas le decía que por allá pasaba su camino.

Después salió incorporada a la procesión. Con ella bajó paso a paso la escalinata para internarse en la ciudad. El coro había quedado atrás, y ahora era la multitud quien llenaba las calles con su canto, con salmodias guiadas por franciscanos mal dotados para pronunciar idiomas naturales; la voz alta del canto magnificaba su dicción salvaje. Todo era para ella peligro de ser fascinada, sobre todo la multitud de cirios encendidos que aún a la luz de la mañana levantaba su resplandor, envolvía las cuatro astas del palio del Santísimo, la imagen de un Jesús de corazón visible, la imagen de San Francisco de Asís pescando con su cordón ánimas del Purgatorio. Pensó en Malintzin como ánima sola que todavía no estaba en ninguna parte. Pensó que juntando los innumerables cirios que la gente sostenía en la procesión se tendría una llamarada alta y un montón de cera para rehacer innumerables cirios que darían otra llamarada alta, y así fuera por la eternidad.

Para pasar del padrón de Jáltipan al padrón de Texcoco, Esmeralda Ríos, mujer de encantos como todas las que le seguirían, se las arregló para tener cubil junto al más atrevido de los cantores del coro de San Francisco, muchachos mimados, medio bigardones, a los que se les permitía más de una licencia.

Veinte años trabajó en los huesos del cráneo, cantándoles casi a diario con dulzura de madre, y a la vez sobando aquel durísimo frontal extremeño con palabras de poder, para que cediera y tomara su verdadera forma. Le cantaba a los pómulos para que levaran su peso, como pan en el horno.

Cuando al cabo de treintaicuatro años de afanes supo que aún faltaba mucho por hacer, mandó llamar a su sobrina Porfiria Robles, la que subió desde Jáltipan por sus propias artes, y con sus fuerzas enteras se hizo cargo del trabajo el último día de aquel siglo de inmensos castigos, el siglo en que se perdió el Señor del Cerca y del Junto.

A Porfiria, segunda guardiana, le tocó presenciar el cuarto desentierro. Desde lo alto de la cúpula de San Francisco de Texcoco, asomada por una ventana de la linternilla sin que nadie pudiera verla porque estaba posada en forma de ave, vio cómo abrían las tres cajas —la de madera, la de plomo, la de vidrio— para hacer recuento de los huesos con escribano al lado. Ninguno de los

desenterradores reparó en que estaban desatadas las cintas y sueltos los paños finos que envolvían las piezas de Cortés. Las extendieron sobre la piedra del altar y una a una fueron sopesándolas, oliéndolas, besándolas, antes de volver a amontonarlas para formar el atado. Ninguno de ellos reparó en que el cráneo ya tenía el frontal aplanado en talud, y que si seguía siendo la calavera de don Hernando, también era otra cosa, con los pómulos solevantados.

Era el año 1629. Entre los cantantes y músicos del coro que todo lo sabían, corrió el rumor de que en la ciudad de México había muerto don Pedro Cortés, último nieto del conquistador. El virrey y el arzobispo habían convenido en que era ocasión de reunir los restos con la debida pompa, precisamente en la capilla mayor de San Francisco de México, propiedad de los herederos de don Hernando. Con malcontenida alegría, todo el gremio de cantantes se estremeció bajo el agregado rumor de que virrey y arzobispo mandarían reunir para las ceremonias fúnebres a los coros y las orquestas de los conventos franciscanos de Tlaxcala, Huejotzingo y Texcoco, para formar un solo cuerpo musicante el día de las exequias. Porfiria Robles le dijo a su consorte —miembro del gremio de cantores con quien su tía Esmeralda la había dejado entre amigos— que se le adelantaría para esperarlo en la capital, porque no quería que sus sentidos perdieran la dicha de estar cuando menos en una lejana orilla de aquellas inconcebibles honras.

En su aproximación a la capilla mayor de San Francisco, Porfiria atravesó el asombro inevitable que era ambular por la capilla abierta de San José de los Naturales. Alerta ante los peligros de la fascinación anduvo por sus siete naves, casi desiertas al mediodía. Siete naves espaciosas, siete altares, siete retablos, unos de oro, otros de plata, con luces de espejo abundantes como estrellas en el camino de Santiago. La multitud de columnas como bosque al acecho de apariciones. Al toque del Angelus resonaron las piedras talladas con primor, y con las campanas resonándole también en las vértebras, salió Porfiria a los grandes arcos que abrían la capilla de San José de los Naturales hacia el atrio de San Francisco. A poca distancia vio un portón de graves herrajes que supuso era el de la capilla mayor, mandada a construir por Cortés en sus años culminantes.

Dos días después, mientras doblaban todas las campanas de la ciudad, Porfiria estaba plantada en el mismo punto de la capilla abierta. Desde ahí, embozada y chupándose con los ojos cada detalle, vio el boato virreinal de las exequias, el desfile que atravesaba el patio para entrar a la capilla mayor. Era un caudal que arremetía a la mañana con sus luces, un lento ondear de pendones, capas, casullas, casacas, bandas terciadas y medallas, mitras y báculos, espadas y espadines, pelucas y morriones, borlas y moños; sobre la corriente luctuosa iba el féretro del último Cortés y el baúl del primero, resarcido por fin de lo que no hubo en su primer entierro.

Para entonces, las de Jáltipan lo sabían todo sobre estos huesos, y Porfiria sabía que en el poblacho donde murió el conquistador, sus albaceas habían tenido que pagar a cincuenta indigentes, vestirlos con túnicas y caperuzas negras, para que con cincuenta hachones encendidos formaran el cortejo hacia la tumba de préstamo que ocuparía el famoso muerto de cámaras. Modesta pompa aquella, opacada por este rumboso homenaje virreinal que en silencio penetraba la capilla mayor de San Francisco.

Ni por los ojos ni por los oídos de Porfiria pasó señal alguna de que hubieran llegado los cantores del coro de San Francisco de Texcoco, y ahí mismo, entre el hedorcito que el cortejo había derramado sobre el atrio, decidió sepultar en su corazón al marido texcocano, para que ni él ni nadie le estorbara en los quehaceres que le esperaban. Lo extravió en el laberinto de columnas, retablos y pilas de San José de los Naturales; dio por perdido al amante con esa melancólica sonrisa que enlaza la vocación y la crueldad. Lo olvidó casi con solo decir olvido.

Autora de su propio desamparo —que en el trasfondo de su verdad era pura soberanía— se incorporó al voluntariado de aseadoras que armadas de escobas, trapos y plumeros mantenían la pulcritud de San José de los Naturales, expuesto al tránsito diario de una muchedumbre de fieles. Por su calidad de callada artista de la limpieza, fue mereciendo confianza, ascendiendo de la capilla abierta a la iglesia, y de la iglesia a la capilla mayor de San Francisco de México, donde al fondo de una capilleta enrejada se topó con el retrato de Cortés, el pecho

metido en una coraza lustrosa y con tanto adorno forjado que parecía altar cuajado de exvotos de plata y oro. Abajo había una placa y tras ésta los huesos que a ella le tocaría reformar en el arco de los costillares.

Vivió el cambio de dos virreyes y un arzobispo; vivió el derrumbre de las bóvedas de la capilla abierta, donde había perecido casi todo el cuerpo de aseadoras. Vivió la dicha de ver que ninguna de las fisuras abiertas en distintos muros del convento y la iglesia alcanzaban la capilla mayor, a la que siguió entrando dos veces por semana para dejarla limpia, pulida, abrillantada hasta en sus mínimos rincones. Y entre parte y parte del aseo se detenía frente al nicho de los huesos para cantarles en un registro de voz que se oía más dentro de ella que fuera.

Cuando quiso emprender la siguiente fase de la mutación, se percató de que ya llegaba a la línea de sus ochenta años, y mandó llamar a su sobrina Agata Lagunas.

Lo primero que Porfiria Robles hizo con esta nueva de Jáltipan fue introducirla en la capilla mayor como su sobrina piadosa y obediente ayudante para su vejez. Juntas fueron y vinieron entre el convento de San Francisco —donde Agata terminaría siendo admitida como la natural sucesora de su tía— y el cuarto de una vecindad del barrio de San Lázaro, donde con ordenados saldos de energía Porfiria le enseñaba todo, desde la tesitura con que habría de cantar hasta cómo construir una imagen interna, de abajo hacia arriba y de la cabeza a los pies. Así había que imaginar una y otra vez a La Mayor de Todas Ellas: Malintzin: Doña Marina: Doña Mar: Doña María Diosa. Sin descanso imaginarla para mantenerla viva, tan viva como están en el recuerdo las grandes cosas que gozan de nombre y forma.

Agata Lagunas la imaginaba posada sobre las aguas del río de las mariposas, los pies desnudos, las danzarinas piernas desnudas, desnudo el vello púbico iluminado por la reverberación solar, desnudo el abdomen poderoso, desnudo el torso, los pechos altos, redondeados por su abundancia de leche de bondad humana, el pelo suelto, la cabeza girada hacia el oriente, gruesos los párpados caídos, los brazos dispuestos a la

caricia para una infinita prole. Luego, de la cabeza a los pies la veía iluminada por la Luna, lucífera, reina del cielo y del infierno, mujer maldecida si estéril, maldecida cuando abría su puerta de madreperla para pecar recibiendo al forastero, maldecida al parir con dolor, maldecida al perder sus huesos. Prefería siempre terminar viéndola de abajo hacia arriba, imaginando de pies a cabeza a Malinalli, a Doña Marina; verla desnuda y resplandeciente como estrella de la mañana flotando sobre el río de las mariposas; imaginarla una vez más toda hermosa, con la sonriente aprobación de Porfiria Robles en sus últimos días de traspaso.

Cuando Agata Lagunas se quedó sola y su alma, en concierto con ésta decidió conciliar sus responsabilidades de guardiana y la alegría de su cuerpo floreciente. No tuvo empacho en tomar la costumbre de adornar su pelo con un ramito de trinitarias purpurinas. Las cortaba en cualquier barda de los alrededores de palacio, y cuando quedaban inaccesibles a su pequeña estatura, se desviaba hacia el canal donde atracaban las trajineras de los floristas. Así subía hacia la capilla mayor de sus quehaceres, con algún tulipán o clavel sobre la oreja, o algún crisantemo puesto sobre la coronilla, como una hoguera prendida en lo alto de un templo de obsidiana para iluminarle la vida a quienes la veían contonearse.

Entre todos los solicitantes que le salieron al paso día tras día, eligió al hijo mayor de un platero establecido en la misma calle del convento de San Francisco. Lo cultivó con el necesario esmero para que el otro pudiera suponerse seduciéndola con requiebros, con molinetes de danza, con ofrecimientos de premiarla en dinero y en especie. Lo dejó acercarse, y finalmente se cimbreó junto con él, no porque estuviera deponiendo su soberanía, sino porque la estaba levantando hacia el placer de yacer con el que quería, sin dejarse amedrentar ni preñar.

Apoyada en el platero, Agata pasó del cuarto de vecindad del barrio de San Lázaro a un accesoria de planta baja en las cercanías del canal de Roldán, a donde le llegaba desde la madrugada un espeso aroma de frutas, verduras y flores. Su imaginación convertía la resaca de olores de altiplano, los mismos que han de haber acompañado en sus avatares al alma

portentosa de Malinalli: de niña heredera de un reino a esclava vendida, de esclava a muchacha tortillera obsequiada a los teúles, de tortillera a concubina regalada por Cortés al más galán de sus capitanes, de concubina pubescente a señora de las lenguas poseída por el don de poseer cualquier idioma, cuando apenas tenía quince años.

Entre aquellos olores despertaba Agata Lagunas, a veces con la dicha agregada de yacer a un costado del platero que sabiéndose elegido la había dotado de su propio modo de vida: el puesto de novenas, veladoras, rosarios y exvotos de plata, instalado en las proximidades de San Francisco.

El mismo puesto pintado y repintado de amarillo que la tía Agata le había heredado a la guardiana sucesora, su sobrina Ponciana Brisas, la que había atendido el quinto entierro. Fue cuando los franciscanos decidieron demoler las ruinas de la capilla abierta y de la propia iglesia agrietada para construir una más sólida y suntuosa, la que acogería en su ábside los mimados huesos de su benefactor.

El traslado del pequeño baúl de uno a otro nicho no tuvo gran vestidura ceremonial; fue más bien simple tarea de albañiles y sacristanes, lo que despejó el terreno para los trabajos de Ponciana Brisas. La sabiduría de las de Jáltipan prescribía que el trayecto de una a otra sepultura —aunque en ello mediaran siglos— exponía los huesos a su momento más accesible, y que su conjunción con el aire y la luz de la tierra que no los dejaría reposar, favorecía los progresivos encantamientos.

A la hora del traslado de la capilla mayor a la nueva iglesia de San Francisco, Ponciana era un humillo ascendente del cirio sostenido por el sacristán que iba delante de los albañiles, y como humo tendido sobre el baúl, trasmutaba las tibias y las fíbulas, les ajustaba compresiones y abultamientos para que resumieran tamaño y forma de quien ha cabalgado con las piernas colgantes y de quien ha sostenido su cuerpo airoso con los pies hundidos en el polvo y el lodo de los caminos.

Habrían de pasar setentaiocho años para que el baúl se moviera de nuevo, de la iglesia de San Francisco al Hospital de Jesús, esta vez con una extraña mezcla de pompa y sigilo, guardado muy de cerca por Petra Canales, que entonces era

mujer de carnes duras, apenas en el primer bocado de su manjar de juventud.

Joven, recién preparada por su tía Ponciana Brisas, vio el segundo recuento de los huesos (de hecho éste era el sexto entierro-desentierro) y acompañó el trasiego de tumba a tumba. En el solsticio de primavera de 1791, aquella sonriente maga de tierra caliente estaba vigilando el recuento desde arriba. Era ella una luz agregada a la corona de Santa Ana, en la peana más alta del retablo mayor. Desde ahí vio que el escribano puso tintero y libro de actas sobre la piedra del altar, donde a la par del heredero de los títulos de Cortés y del prior franciscano, haría reverente manipulación de lo que contenía la urna, pero ninguno de los testigos podía reparar en que las cintas negras de los envoltorios estaban desatadas. Hacían minuciosa observación de los metales de la urna, de paños y encajes, del olor y del sabor de las reliquias, pero no de la condición real de los huesos ventilados. Podían percibir y anotar que la calavera se había achatado y alargado, que las clavículas se habían sobrecurvado, que las tibias se habían comprimido, pero se les evaporaba el significado de la evidente mutación. Registraban sin registrar, porque así debía ser.

Petra Canales también viajó en la cola de una de las yeguas que tiraban del coche que con discreción condujo el baúl hasta su nueva morada. Desde el coro de la capilla del Hospital de Jesús, entretejida en un colgadura de terciopelo negro tendida sobre el barandal, vio el boato con que el virrey Revillagigedo, los miembros de la Audiencia y el Ayuntamiento en pleno atendían la misa de réquiem. El virreinato con todos sus pendones desplegados inauguraba así el magnífico sepulcro concebido por el virrey, celebraba lo que dos siglos y tres cuartos atrás había acontecido en aquel preciso punto del hospital: el encuentro de Cortés y Montezuma. Solo Petra Canales, acomodada en los hilos de la colgadura, recordaba que en el encuentro también había estado probando sus poderes La Mayor de Todas Ellas, y no como espectadora orillera, sino como nahuatlata: lengua única para un diálogo irrepetible entre dos fabuladores. El círculo iniciado el 8 de noviembre de 1519 se cerraba el 2 de julio de 1794, pero cuando para los dignatarios españoles todo estaba cumplido, para las de Jáltipan apenas principiaba el ajetreo.

Petra Canales liquidó el puesto de exvotos y se colocó de mucama en la intendencia del Hospital de Jesús, aguantándole bascas a la intendenta, las noches recluida en el frío cuarto de azotea donde ahora, en pleno diciembre, estaba amaneciendo por la claraboya opaca y por los ojos ardientes de Galena Llamas, con pies y manos entumecidas bajo la insuficiente cobija.

La tía Petra todavía pudo contarle algo sobre las tribulaciones de hacía tres meses, cuando el gobierno había decretado que, para mayor veneración, se concentraran en la capital de la república los restos de todos los próceres de la independencia. En la turbamulta provocada por el desfile de arcas que el 16 de septiembre trajo los huesos de los padres de la patria, abundaron los gritos de *¡mueran los gachupines!* y entre ellos algún furibundo había propuesto que tanta afrenta de patriotas excomulgados, fusilados, ahorcados, empalados, decapitados por los realistas, sólo podría lavarse arrastrando los huesos de Cortés desde su tumba hasta el quemadero municipal de San Lázaro. Ahí principiaron los extenuantes trabajos de la anciana Petra Canales, que puso en juego todo lo suyo. Primero tuvo que dispersar en varias direcciones a la multitud que se agitaba en el zócalo, después, perderle la punta al grupo frenético que se había acercado al Hospital de Jesús, y por último, apresurar la llegada del albañil, el capellán y el historiador, que urgidos por el peligro sacaron la urna de su entorno de mármoles y bronces para enterrarla en el rincón menos visible del piso de la capilla.

Como mucama heredera en el Hospital de Jesús, a Galena Llamas le tocó ensanchar los huesos pelvianos, y estaba en eso cuando sobrevino el noveno entierro, facilitándole el trabajo. Trece años se le retorció la conciencia al historiador venerante, al solo recordar que había escondido los huesos famosos en el piso de la capilla. Propaló la falacia de que se habían enviado a Italia, junto con el busto de bronce que presidía el sepulcro magnífico, para que velara por ellos el duque de Terranova y Monteleone, heredero de los títulos cortesianos. Pero el historiador sabía dónde se aterían los huesos destronados y humillados. Así que aprovechó ciertas reparaciones que se le hacían al Hospital de Jesús para montar una nocturna operación de exhumar, recontar y reubicar los huesos en un sitio conocido

solamente por él, un notario, un canónigo y un albañil juramentados para guardar el secreto. Lo hizo el día de la Purísima Concepción —7 de diciembre de 1836— para mayor recordación de las devociones de don Hernando.

Galena Llamas, hecha un arabesco del púlpito de madera, presenció el responso que le rezaron a los huesos desatados, la reverencia con que los enjugaron, como queriendo limpiarles la humillación padecida. Notaron y anotaron la prominencia de los pómulos, el encogimiento de tibias y fíbulas, las tuberosidades y aperturas de los grandes huesos pelvianos que en realidad estaban creciendo ante sus propios ojos ciegos para leer tales significancias. Repusieron los paños de Cambray orlados con blonda negra, los reataron con cintas de terciopelo, y en nueva urna de cristales biselados y cañas de bronce, los depositaron en tres cajas protectoras: de plomo, de cedro y otra vez de plomo bien soldado en sus junturas. Los escondieron de nuevo en un nicho practicado a tres varas del suelo, a un costado del presbiterio.

Ahí estuvieron por más de un siglo, creyendo sus adeptos que habían llegado por fin a su descanso eterno. Entretanto, con otros designios, Galena Llamas encaneció, supo más que todas sus antecesoras, y entero le trasmitió el conocimiento a Rocío Lumbreras, guardiana que por sus gracias de mujer de tierra caliente y por intereses de su oficio, pasó de mucama a consorte de un intendente soltero. Fue ella la que más penetró en los signos del amor de Malintzin por Cortés. La veía y se veía librando una batalla de alma en la que a veces era postrada adorante, y a veces tan fuerte como el adorado, o coyota soberana corriendo y aullando y jugando y pariendo libre en sus vastos espacios de maga. A la hora llegada, le fue más sencillo instalar en el Hospital de Jesús a su sobrina Ceferina Terradas, la que inventó su propia vía para los mismos fines.

Estaba limpiando la capilla. Entre estropajos y baldes vio entrar a un hombre de gruesos anteojos redondos, el sombrero de fieltro estrujado en su única mano, la boca muy cerrada bajo unos bigotes cuadrados. Con el brazo izquierdo a la espalda y la nariz anhelante observaba los muros de la capilla, la bóveda de cañón, el coro. Parecía estar totalmente ocupado en dos afanes

pareados: identificar un punto actual y a la vez conocer los muros para un paseo futuro. En su silencio el hombre principió a mover los labios, como recitando para sí algún versículo de santo evangelio.

Ceferina se percató de que, sin saberlo, el hombre de la mirada severísima la estaba buscando. Prolongó una de sus evoluciones de aseadora hasta pasar cerca del hombre, y éste tuvo entonces tres afanes que atender: examinaba los muros y examinaba a la mujer opulenta en sus formas, veraz en su altivez ajena a cualquier atuendo. En su olor percibió a la que sudaba flores y paría y paría y paría por los siglos de los siglos, manteniéndose dueña de sí misma. La vio desnuda, el vientre poderoso, el pubis ardiendo bajo el triángulo negro, los pechos redondeados por marejadas de salud, la cabeza empinada como un cu, la boca llena de suficiente sal y ritualidad para ser digna de decir: *soy la primera y la última; soy la venerada y la escarnecida; soy la puta y la sagrada.*

El hombre le alargó una tarjeta. Con su tono riguroso parecía estar ordenándole que se presentara a las ocho del día siguiente para empezar el trabajo que les esperaba. Después una enfermera le descifró la tarjeta que decía: *José Clemente Orozco, Madrid No. 56, Coyoacan.*

Ya en el estudio de las calles de Madrid, supo Orozco que no se había equivocado, que así era Malinche, ni menos ni más que Cortés, sentada con aire de reina de reinas, los dos desnudos y de frente, unidas las manos en el espacio que los separaba; dos irrompibles candados de carne y hueso, tal como los pintó en un muro de la Escuela Preparatoria, antiguo Colegio de San Ildefonso.

En un cubo de escaleras está retratada Ceferina Terradas, tierna e imponente, carnal y pensante a la par de Cortés. Al terminar esta tarea volvió a dedicar su tiempo entero a la limpieza de la capilla. Estuvo colgada de una luminaria eléctrica cuando en 1946 un grupo de aventurados muchachos descubrió el escondite de los huesos, pero cegados por artes de las de Jáltipan, tampoco percibieron que los huesos pelvianos son los de una mujer parida y reparida, que las clavículas sostuvieron el peso de enormes mamas, que los pómulos altos no son fieles

a la cabeza del conquistador extremeño, que son huesos de mujer y hombre, de Malintzin, La Mayor de Todas, y de Cortés el fornicario, la fusión serena y el aullido de extraviada.

Los muchachos midieron hueso a hueso, los fotografiaron, los certificaron; a su modo también los veneraron, y ciegos también, terminaron sellándolos con una falsa placa esmaltada en la que se lee: *Hernán Cortés, 1485-1547*, como si una fecha y otra lo encerraran todo, ignorantes de lo que ha hecho la estirpe de La Mayor de Todas Ellas, y peor aún, convencidos de que ahora sí tendrán los huesos descanso eterno.

P.D.- En la existencia de esta narración, apenas iniciada y de dudoso porvenir, ya hay signos de que su mejor lectura, acaso la única, es necesariamente femenina. Quizá porque ella incluye la firme posibilidad del portento, gestado en una inteligencia madre, muy anterior a nuestras desoladas inteligencias de hierro. L.C.A.

Ferrocarril de sombra

A Ricardo Bada

Era un hombre que ni siquiera le había puesto un nombre propio a sus tierras blandas, mucho menos iba a salirse de su querido confinamiento en sí mismo para explicarme de dónde y cómo habían llegado hasta ahí los rieles.

Costa de arena carbonosa, manglares, cangrejales, y detrás del bolsón de la ensenada, el territorio de palmares, lagarteras quietas, potreros de zacate de fango, macizos de vegetación primaria señalada por huellas de danto solitario o de saínos en largas formaciones guerreras; la breña arrebatando cada tramo ganado a filo de hacha y machete. A todo esto no le había puesto nombre: ni Santa Mónica, ni El Porvenir, ni Pompeya, o cualquiera de las dislocadas invocaciones con que el dueño se aventura a herrar su posesión. Dejó que el latifundio casi virgen siguiera llevando aquella bisílaba clave de pirata: Hound-Sound. Dos golpes de voz para abarcar la barra y sus inmediaciones. No se molestó nunca en querer domarlas reduciéndolas a otro nombre.

Me parecía un lugar distante de todo. En las noches más oscuras, sobre lo negro del horizonte podía verse un resplandor. Allá lejos, en la base del cielo, se asomaba el aliento de las luces del puerto. Lo demás era espesura. En medio de ella, el antiguo escondite con rumor de mar. Y en ese suave separo del mundo había rieles, rojizos a fuerza de partir brisas salobres, pasados por perennes sucesiones de sol y agua.

Rieles tendidos de poste a poste de madera, clavados por los ojetes de sus extremos, con escaso aire entre una horizontalidad y otra, material de cerco para un extenso corral que detenía con su hierro los incansables hocicos de una manada de chanchos blancos. Entre el lodo, las trompas tiraban brillos de moluscos revolcados.

Para mi edad, el cerco era altísimo, y apenas podía rebasarlo con los codos levantados y la mandíbula apoyada en el borde. Acodado y sintiendo en la garganta la aspereza metálica, veía el sereno sueño de los machos atornillados sobre las hembras, las blancas pestañas vencidas de puro gusto, los sanguíneos testícu-

los palpitantes, y todo el resto del verraco echado sobre el trasero y el lomo de la puerca sometida. Entonces la portañuela de mis pantalones cortos se adelantaba hasta tocar la repelente rugosidad del sarro escamoso. Para arrancar las escamas —entre una y otra contemplación de las fascinantes cochinadas— usaba una astilla que las hacía saltar como doradas sardinas en huída. A veces la astilla tropezaba con restos de una fila de letras, un nombre incompleto.

En Hound-Sound también había rieles atravesados sobre los techos de palma, sujetos con alambre de púas. El peso impuesto a la ligereza aplacaba los intentos de vuelo con que la palma temblaba ante los vientos del norte o las sorpresivas colas de huracanes. Rieles sobre el techo empinado de la casa grande, sobre trojas, chiqueros, ranchones; sobre la enramada que cubría el varadero para proteger a los botes de la resequedad o la pudrición. Durante los tiempos de lluvias separadas por ratos de resolana, los zopilotes empapados venían a posar su amenazante figura en los sólidos bordes de esos rieles elevados, abiertas las alas al aire tibio para orearse el plumaje. Prefería ver aquellas negras cruces balanceándose en alguna palmera. Ahí estaban en su sitio, poniéndole un toque sin luz a los destellos húmedos del paisaje. Pero cuando elegían los rieles del techo como percha de secadero, me llenaban de una inquietud vagamente ligada a la superstición. No podía precisar en qué consistía el daño. Sólo rechazaba la extravagante combinación de palma, riel y zopilote como corona de mi casa.

Lo que para mí estaba sobrecargado de llamadores enigmas, él parecía no mirarlo desde su revestimiento de paciencia atestada de fracaso, o talvez de una silenciosa fiesta interior. Lo que a mí me llegaba con golpes de desorden, para él era una especie de rumor de adormecimiento.

Cuando me atreví a preguntarle de nuevo por qué había rieles, concedió en contestar que mandó arrancarlos de las líneas tendidas en lo que habían sido cañaverales, y señaló ligeramente hacia el fondo de la propiedad, que era como decirme al otro lado de nada.

Tenía rieles haciendo oficio de contrafuertes en el caserón montado sobre altos horcones de palo-de-hombre. Con una

punta anclada en tierra y la otra clavada en las vigas, daban apoyo suficiente para que la edificación resistiera los empujes de ciertos ventarrones que soplaban a la salida de la luna llena. Otros vientos barrían la noche entera, pandeando ramazones, vociferando entre las palmas del cocal como un continuo anuncio de catástrofe.

Los contrafuertes eran lugar favorito a la hora de afilar, el sostén inamovible que la gente buscaba para limar sus machetes, antes de asentarlos en molejones. El contacto tenso del metal de lima, riel y machete producía un raro resuello de atardecer al que se incorporaban el suelo arenoso y el maderamen de la casa.

Cibola, canaletero y arponero, más todavía, hombre de confianza de todos los misterios en que navegaba, revivía el filo de sus hierros de pescar en la inclinación de esos mismos rieles. Arpones de cuatro y seis aletas eran pasados y repasados bajo los dientes de una lima triangular, hasta soltar el humito oloroso a piedra de infierno, decía yo, sermonero desde entonces, atento a la finura de las puntas y al ritmo de los tendones que bailaban dentro de los brazos negros. Pero para Cibola no había olores en el infierno, porque todo olor es un premio, y los condenados están en la condenación para pagar y no para ser pagados. Decía estas cosas sacando la voz entre los rechinidos de la lima amplificados por lo largo del contrafuerte metálico.

Frente a la cocina envejecía un doblegado palo de icaco, sus ramas tendidas hacia el sur, casi horizontales. Sobre ellas había trozos de rieles retenidos con clavos, donde subían a dormir las gallinas. El tallo curvo estaba forrado de zinc para impedirle asidero a los garrudos mapachines. Con la puesta de sol rebotando en las nubes del oriente, las gallinas iban saltando por un tronco de escalones labrados a machete. Con la primera oscuridad retirábamos el tronco. Arriba, las pintas de excremento dominaban sobre el rojo del óxido. Eran altas historias escritas con plastas blanquizcas que de alguna manera humillaban el acero que las soportaba. Creí descubrir una rencorosa disposición en el hecho de convertirlos en lingotes fecales, acaso una encubierta venganza por no haber cumplido como rieles. ¿Qué culpa los rebajaba a casuales piezas de gallinero?

Quizás a falta de una simple respuesta me atrevía a atribuirle sucios dobleces a lo que no era más que sentido común

para emplear en usos prácticos lo que a fin de cuentas era suyo, ya hubiera sido comprado o permutado por quiénsabe qué otro subproducto de la confusión. Todo esto era posible, pero seguía lastimándome la idea de que los rieles eran restos de una vía deshecha por alguna perversión.

Esforzado en mis pequeñas maquinaciones, llegué a suponer que algún barco de hélices rotas había derivado hasta encallar en las arenas de Hound-Sound. Conocía el rugido y los portentosos vómitos del mar: esferas de vidrio verde, racimos de uvas salobres, barriles de alquitrán, espejos nublados, celosías de confesionario, asientos de piloto, cajones vacíos y tanques llenos de gases flamígeros. ¿Por qué no un barco lleno de rieles? Pero cualquier suposición terminaba triturada en la escabrosa imagen de un camino masticado por el mal.

No muy lejos del varadero desembocaba un caño de agua amarilla, como teñida por los últimos jugos de palmas caídas. Sobre el caño había lo que llamábamos el puente: un par de rieles tendidos con la base hacia arriba. En esa estrecha planura uno pasaba trazando una absoluta línea recta. Sobre el puente me sentaba a pescar, y entonces, asomado entre mis rodillas, podía ver y tocar las letras moldeadas, medio comidas por el sarro, pero más claras al quedar iluminadas desde abajo por los destellos del agua. Las letras corroídas decían algo así como *LU-ROCKELS, LE-ROCHEL, LA-RAQUEL.* ¿Una fábrica con nombre de mujer? ¿El nombre de quien los había pedido? ¿Del lugar al que estaban destinados antes de desviarse hacia Hound-Sound, por el agua, o largamente arrastrados entre la gruesa sombra de montaña, o traídos por el aire?

Una vez soñé un cielo de apisonada arena negra, agrietado por donde el sol se pone: un horno oscuro del que escapaban lingotes de sarro, y estos caían de punta entre raíces de mangle, desgajando ramas y nidos colgantes. En el estruendo de esa lluvia, él fumaba impasible una cachimba hecha de olote; Cibola se cruzaba de brazos y movía su canosa cabeza repitiendo: mala señal, mala señal.

Sentado sobre el puente, tan ocioso yo como el anzuelo hundido con su carnada de jaiba, pasaba las yemas de tres dedos sobre la rugosidad que sostenía los pedazos de lomo de letras.

Igualmente podía leer al tacto: *LE-ROSTELE*. El sol seguía bajando entre nubes alagartadas. Podía distraerme, pero nunca librarme de un sangrante araño de pérdida.

La inocencia también es carne penetrada por la insidiosa prédica de que los caminos salvan, y que la máquina es digna de todos los sudores. Así, se me iba enroscando un vidrioso rencor hacia los demoledores de mi futuro, hacia los pasados desarmadores de un ferrocarril que había estado ahí, dentro o fuera de los linderos de Hound-Sound, pero enganchado o por engancharse a los cielos del progreso. Mi germen de indignado no quería escombros de camino, sino el camino entero, el camino de hierro, aun cuando para mí éste sólo hubiera sido hasta ahora la velocidad en cine o el color en los libros ilustrados con pinos bajo la nieve y búfalos en estampida.

En otra incursión por los enigmas, tuve con él —mi padre— este enorme diálogo:

—¿Dónde hacen los rieles?

—En las fábricas de rieles.

Tronaban las puertas al cerrarse, implacables.

Una noche navegábamos por la bahía de regreso al puerto, Cibola de pie en la popa del bote, palanqueando con exactitud, y yo sentado en el banquito de proa. Entre nosotros iba la fila de cántaros lecheros. No había oleaje ni estrellas. El agua y las nubes parecían colgar del silencio de la madrugada. Por delante nos esperaban las islas endurecidas de sueño. Detrás de mí, eran una sola cosa la respiración y la palanca de Cibola, zambullida y vuelta a sacar del fondo lodoso con la punta oliente a perra en brama. El lechero-arponero subía y bajaba. Su figura negra se alargaba correosa, estirándose hasta la cumbre de su movimiento, para después curvar suavemente su enorme estatura. Cuando hablaba, siempre estaba regresando del pasado, o de algún encuentro fabuloso.

En otros viajes por esta misma soledad me había hablado desde la popa para sanar mis miedos y mis dudas. Con la lengua resbalada por el bolo de tabaco que siempre llevaba en la boca, me había enseñado a entretenerme en la escritura de los rayos en vez de temerles. Me había hecho oír y entender al músico acuático que a ciertas horas vaga bajo los remansos. Si uno lo

deja acercarse, suena contra el fondo del bote sus chancletas de oro, y confiado, hasta ofrece una canción de amigo. Cibola era entonces más que nunca dueño y señor de la bahía y sus alrededores.

Me arranqué del silencio para preguntar por los rieles. Detuvo la palanca al final de un impulso, dejó que la punta flotara a remolque. Sí, el músico de agua vino y sonó sus chancletas contra la panza del bote antes que Cibola hiciera su cuento:

Esos rieles son de la luna. No es que hayan bajado de la luna. Pero todo lo que nace mal está tocado por ella. Los lunares son manchas negras. Los negros también tenemos lunares.

Rió. Martillaba la costa cercana con el eco de su risa.

Bueno, pues decían que Doña Patria necesitaba un ferrocarril de este lado. ¿Has oído hablar de Zelaya? Un hombre con más manchas que la luna puesta al revés. Era el presidente. El reyecito con sus bigotes puntudos y sus ideas de gran hombre. Quería un ferrocarril del Atlántico. Iba a principiar en Monkey Point. Un lugar que espera algo. Desde lejos te parece que hay allí una ciudad roja que saca la cabeza entre un mar de abajo y un mar de arriba. De cerca lo que ves son unos barrancos de piedra, encopetados de monte cerrado. Los barrancos te miran desde lo más alto con ganas de echársete encima. Hay una ensenada dura. Hay agua profunda que se pone azul pasadas las horas calientes.

Ahí fuimos los negros a desembarcar los rieles traídos en vapores de bandera francesa. Los llevamos en lanchones hasta la ensenada. Los poníamos en capas cruzadas, como dibujando algo muy importante, hasta que toda la orilla quedó hecha un caserío para fantasmas enanos. Después iban a venir las máquinas, decían.

Pero entonces se cayó el hombre. Lo botaron por tener demasiado levantados los bigotes, el Zelaya. No sirve, decían, y por aquí aparecieron otros barcos de bandera yanqui. Monkey Point se hizo el basurero de tamaño deseo.

Allá quedaron los rieles para tapar del sol a las culebras, para cueva de lagartijas y tarántulas. Entre ellos crecieron bejucos de florecitas lila, matas que sólo saben decir este lugar es mío: la mala yerba engordada por el tiempo.

Así los encontramos, cobijados por una colcha de nudos y hojas, cuando tu papá contrató una lancha de velas que hizo cinco viajes entre

Monkey Point y Hound-Sound. Yo qué sé si era compra, cambalache o nada más regalo del Intendente de esta Costa.

Volví a oír el ir y venir de la palanca en el agua callada. Giré sobre el banquito para saber si ahí terminaba el cuento. Cibola se detuvo, suspiró midiendo a oscuras el tamaño de sus pulmones, y sólo entonces terminó:

Lo que sí sé, muchacho cabeza dura, es que ese mismo intendente fue el que dejó a tu padre sin la mulata caliente que era su primera mujer. Yo qué sé si fue ella la que parió los rieles. Es un decir.

Contra la quilla del bote lechero sonaron unas panderetas de agua, y más al fondo se oían dos flautas recién venidas.

Vestido de agua

En el galerón de la terminal había algunas luces apocadas por la dura claridad del amanecer. Eran bujías presas en su propia cápsula de polvo e hilachas de telaraña. Sobre un solar pedregoso, dos muchachos silbadores baldeaban la parchada carrocería de un autobús. El virtuoso manejo de baldes, pastes y trapos sucedía como extensión de los silbidos, sin parentesco alguno con la prisa. Desde alguna comidería cercana una roconola llenaba la mañana con su medio peso de canción ranchera.

La boca del galerón permanecía ocupada por cajas de tomate y bultos de repollo que un solo hombre movía hacia el andén interior. Cuando había pasado yo sobre ellos, con cierta aprensión por el crujir de la verdura pisoteada, el cargador soltó contra mí un mal reprimido insulto, y volvió a atacar a empujones, patadas y regaños la siguiente joroba de repollos envuelta en red de mecate.

Sobre el andén había un solo escaño de reglas lustradas por el uso. Me senté, con toda la provisión de olvido necesaria para absorber el reglamentario retraso del expreso al Rama. En otra punta del andén, una mujer y un niño reposaban en lo que era quizás su fortuna: dos cajas de cartón amarradas con tiras de trapo. Lo demás era un baldío con matorrales y manchones de lubricantes derramados. Las láminas del techo parecían haber sido clavadas de prisa, como para marcar esta gran improvisación que nos sustenta, esta cosa de texturas tan lábiles que siempre nos está gritando que si ahora es, en el siguiente instante puede dejar de ser.

Apareció un militar en planchado uniforme de camuflaje. Venía precedido por un hombrecito encorvado y hundido de manos en sus bolsillos. A primera vista eran ajenos el uno al otro, pero la obediencia con que el de adelante preguntó con los ojos qué hacer con su cuerpo, y la decidida señal con que el otro ordenó que se aplastara en el escaño, los enlazó ante mí con una bruta relación de custodio y preso de confianza, dueño y posesión, hongo y limo.

El porte y aspecto del oficial, sus nítidas barras sobre las charreteras, descartaban que fuera un simple custodio trasladando a un procesado de una a otra jurisdicción civil, de una a otra cárcel. Había más en ese enlace, donde la evidente dependencia del hombrecito no bastaba para ocultar un juego extravagante, entre la altanería y un orgullo reseco.

El cartapacio negro que el oficial sostenía en su derecha, era a distancia una reproducción crecida del cuadrángulo empavonado, embutido de tiros, que lucía a la altura de su cadera. El cartapacio y la cacha de la escuadra se le mecían al andar. La figura robusta iba y venía frente al escaño. Breves explosiones musculares le empujaban la piel de la frente, del cuello y las sienes moradas. A pesar de la tiesura vertebral y la medida exacta de su paso, algo en él denunciaba una reprimida urgencia, cierta persecución de algún demonio hereditario, pensé.

El hombrecito, ahora con las manos apretadas bajo las axilas, impidiendo que se le escapara la temperatura del cuerpo, parecía haber perdido el deseo de respirar o de ver más allá de las suciedades del piso. Podía uno suponer que era aflicción lo que desbordaba su flacura. Más que suponerla, creía yo sentirla extendiéndose contra mi costado después de invadir los dos metros que nos separaban. Para ser un prófugo recién capturado le faltaba el curtimiento ganado en delincuencia. No traía calcetines, pero la ropa sin agujeros ni roturas, los zapatos enteros, tampoco correspondían a la desgracia del rebelde machacado entre los meses y las paredes de una celda. En la hinchazón de los párpados y la amarillez de una piel exprimida por el desvelo, creí ver las huellas de una larga y silenciosa despedida, los residuos de un extremo esfuerzo por negar a solas (¿o acaso por desear?) la existencia del lugar a donde iría. Reconocí que en esta cara no era posible fijar una edad. Las tenía todas.

Era tan arbitraria esta liga entre la jerarquía militar de uno y la visible poquedad del otro, que por un momento conjeturé que se trataba de quiénsabe qué apuesta entre oficiales, y que aquel hombre sin edad era trofeo viviente de ganador. Innumerables son los antojos cumplidos del poder.

Procuré desentenderme de lo que ocurría a mi lado. Entraron al galerón un hombre y una mujer; él con un catre

plegado, de metal nuevo; ella con una valija de madera pintada de esmalte rojo sandía. Iban de viaje hacia algún remoto paraíso y nada les pesaba todavía. Más allá, como nacida para la espera, se adormecía de pie la figura de un peón que en un brazo correoso acunaba un machete envuelto en bramante. Llegaron a paso lento dos uniformados: sargento uno y raso el otro. Ambos saludaron con rigor de subalternos. El capitán contestó a medias el saludo, abrió la boca, mostrando los dientes cepillados como otra preciada guarnición.

—Para dónde te la llevás—preguntó el capitán al sargento, pero antes de que éste pudiera decir a dónde, el oficial señaló a su preso y ordenó sonriente:

—Cuidame esto. Ya vuelvo.

Entendí que su urgencia era estrictamente fisiológica, y que todas mis ociosas conjeturas podían correr la misma suerte.

Las armas cortas portadas en fundas sin lustre, los sombreros repasados por la intemperie, hacían de esta nueva pareja de militares, piezas más afines a la indigencia del lugar. Por pereza o por exceso de precaución, el sargento se nos acercó y puso una bota sobre el escaño. Se acodó en su rodilla levantada.

Desde abajo vi la titilación de una boca que encendía y apagaba un colmillo de oro, los labios caracoleados al borde de un gesto, de una palabra que no acababa de formarse. Terminó ofreciéndole a su encomienda un trago de guaro. Había creído ver en aquel pedazo de ausencia los signos de un amanecer de dipsómano, pero el preso apenas movió la cabeza para negarse a beber. No necesitaba eso ni nada. Fue rotundo en su economía de movimientos, tan concentrados, que irritaron al sargento. Lo mandó a comer mierda mientras se separaba de nosotros para reunirse con el raso que había permanecido a la orilla del andén. El raso tomó el dinero que le entregaba su inmediato superior y pasó junto a nosotros, escupiéndonos por los ojos su más ensayado desdén partidario. Éramos la insidiosa basura civil, los gobernados.

El lugar se fue poblando de gente que ya sudaba en el temprano calor, y cruzaba sus olores con el olor a perro estacionado en el galerón. Entre el preso y yo se atrevieron a acomodarse dos mujeres, el pelo arreglado en incontables trencitas de

reina africana que les colgaban sobre la piel relumbrosa. Yo pasé una ávida mirada por sus durezas y blanduras entregadas al escaño, por sus piernas en compás abierto. Para el otro no existían, ni como faros para el olfato, ni como voces excéntricas, ni como carne. Todas sus referencias las llevaba dentro. No pasaba nada. Nada existía más allá de su rigurosa y fija persecución de las señales inscritas en el suelo.

Apareció el raso con una cuarta de guaro metida en la pretina. Se la entregó a su jefe y éste vino de nuevo al escaño.

—Echate un trago y ya te componés — dijo el sargento. Alargaba un brazo con la botella, seguro de que los estados mayores del cielo y de la tierra tolerarían su momento de debilidad por un débil, su compadecida propuesta de consolarse por la boca. Pero el reo se negó de nuevo, sin moverse de su nada. El sargento volvió a mandarle que se zambullera con la boca abierta en un tanque de mierda. Al insulto agregó un manotazo sobre la cabeza del mal agradecido, sin que éste parpadeara siquiera. Mi muda aceptación, la de todos los desentendidos que ahí estábamos, hizo bulto del tanque imaginado en la barbaridad del sargento. En su profundidad rodábamos como piedras inmundas pateadas por el poder.

Vimos moverse el bus por el fondo del solar. Arriba del parabrisas tenía un letrero pintado en negro: Managua-El Rama. A golpes en la carrocería, el cobrador dirigió las maniobras de retroceso hasta emparejar el vehículo con el andén, lo que ninguna relación tenía con los pasajeros. Las puertas quedaron en el lado opuesto. Me uní a la prisa del grupo para agregar mi valija al equipaje amontonado en tierra. Sobre el costado de la carrocería había huellas desvaídas de lo que alguna vez había sido otro letrero: School Bus.

Los militares y su recomendado permanecieron en el escaño hasta que regresó el superior. A una señal se levantó el preso para encaminarse con levedad de sonámbulo hacia donde le decía un dedo del capitán.

Hubo otra espera dentro del autobús. Llantos de niño y truenos de hojalata caían sobre el hacinamiento. Por ley no escrita o por puro instinto, dejamos cuatro asientos disponibles. Todo animal conoce y reconoce privilegios. Arriba tronaba el

techo bajo el peso del equipaje, las cajas de tomate y los bultos de repollo, más indóciles ellos que nosotros, conformes en una inútil gritería de indómitos.

Con el vehículo en marcha, un aire polvoso entró a separar la fusión de nuestros calores. Pasó el cobrador vendiéndonos el papelito recortado de un talonario, en proporción a los kilómetros que cada pasajero recorrería.

A mi izquierda habían quedado el oficial y su preso arrinconado contra una ventanilla, tan impávido como un faquir sobre una silla de clavos. Tras ellos estaban los otros dos militares, vigilando desde su calloso aislamiento, la mirada en perpetua caza de posibles desertores del servicio militar.

El capitán mantenía tronco y extremidades en pulcros ángulos rectos, la vista siempre al frente: un mariscal de hierro sentado entre bultos de indisciplina. El faquir parecía ir creciendo al contemplar un trans-paisaje situado mucho más allá de los muros embijados con capas y capas de consignas, de los tugurios y las fabriquitas o talleres de cuatro horcones que yo veía a la orilla de la carretera norte, entre carteles salteados que anunciaban portentos de quinto mundo: vidrios planos a prueba de cornadas; insecticidas declamadores. Dentro del autobús la modorra se había convertido en silencio.

Inclinado sobre la espalda del superior, el sargento dejó relucir su diente de oro y dijo con una mueca dirigida al preso:

—Qué clase de cochón el que se lleva, mi capitán. Le ofrecí un trago se me negó. Yo por quitarle esa murriña que aflige.

—Si este no es hombre. Ni sé lo que es—comentó el capitán, inmóvil de cuerpo entero. A falta de sangre, un relámpago verde brilló bajo un pómulo del faquir, también inmóvil, pero eran dos clases de quietud: una era franco envaramiento muscular; en la otra vi una inconmovible encarnación de la voluntad de soñar a cielo abierto.

Entonces sucedió que los militares hablaron del faquir como de cosa lejana. Daba igual que estuviera o no, que oyera o desoyera.

— Está ido en serio este maje. Nunca había visto un jugado de cegua — dijo el sargento, para gozo del raso que rió con zangoloteo de hombros.

— Mmmm...ni te confiés — advirtió el oficial. —Ahí donde lo ves, este jodido es capaz de hacer diabluras. ¿Por qué crees que lo traigo a mecate corto?

— Pues qué le hizo, mi capitán.

— Para qué te cuento. Me las va a pagar todas — dijo el dueño del faquir. Miraba nada más que la carretera, o quizá el vapor que se levantaba del pavimento entre corrientes de follaje y rumbosas flores silvestres. Su neutro timbre de voz era amenaza suficiente para desterrar cualquier maravilla del paisaje.

Deseoso de algún desahogo, aunque sin alterar su tono, el capitán aseguró que lo hubiera matado desde el momento de su captura el día anterior, pero que debía llevarlo vivo y pronto porque solamente el desgraciado podía curar los daños causados por sus chanchadas. Llevárselo en bus o hasta en bicicleta si fuera necesario, pero pronto, sin tiempo para esperar que le asignaran el yip que le correspondía a su rango. Tuve que contemplar de nuevo al contemplador. ¿Era un hacedor de maleficios, un elemental hierbero, un Gran Maestro Encantador el que traía a mi lado? Por el leve aleteo de sus labios me pareció más bien un sacerdote que soñaba una oración. O será acaso que para mis vísceras todo se santifica al contrastar con unas charreteras.

A preguntas sesgadas del sargento, el oficial habló de que el encantador le había agallinado a sus gallos de pelea. Ahora se pasaban el día picoteándose los nudos del peal para ir a pisarse unos a otros. Luego, ponían unos huevos fétidos. Era indignante la bajeza. Solamente el cerote que llevaba arrinconado podía deshacer el mal. La urgencia de que se corrigiera semejante infamia no le permitía esperar el avión trisemanal, y mucho menos confiarle a nadie el traslado de esa cosa insulsa que apenas respiraba a su lado, haciéndose el ajeno a lo que se estaba diciendo. De puro culillo iba sordomudo. Él sabía lo que le esperaba en cuanto le limpiara de maldad la gallera. De nada le iban a servir sus tropelías para que de todos modos le cayera encima el mundo.

Muy antigua es la alectomancia, el arte de saber por el canto del gallo —está en la Biblia— o por la palpación de su hígado, pero me sorprendió la posible existencia de un ensalmo para hacer del gallo-gallina algo más que fulminante vituperio.

Me atrajo el gesto complaciente con que el sargento asimilaba la explicación del superior. No había duda en su manera de alternar la mirada entre el capitán y su cautivo. Sólo había cierta timidez para llevar adelante su curiosidad. Después de una fugaz batalla librada entre los zumbidos del motor y las conversaciones, se atrevió a preguntar por qué tanto encono en el maleficio. El capitán endureció todavía más el cuerpo; agarró con ferocidad el cartapacio que llevaba pegado a las rodillas. Comenzó a hablar en aparente incoherencia de la lucha y las infiltraciones del enemigo, de una querida aquejada de incontenible sudor, de la posesión de unos barcos pesqueros, como quien va trazando linderos de un terreno escabroso.

Alguno de los pasajeros se dio por ofendido con el medio silencio o el medio rumor que se había instalado en el expreso al Rama, y respondió con un radio de transistores encendido de pronto a gran volumen; atronó el vehículo poseído por una clásica huaracha de "el bigote que canta". El oficial subió la voz para hacerse oír, pero aún así tuve que adivinar o cuando menos imaginar que en la raíz de la saña contra los gallos del capitán había un zarpazo militar dado en la familia del encantador, en algún pubis de mujer depositario de su sangre.

Ante el ruido del radio, agregado a la monotonía del motor y las llantas sibilantes, comí otra vez de mi provisión de olvido. Por mi sopor pasaron murmullos y brillos de aviones fumigadores y después potreros, donde un oleaje verde sostenía el negro de troncos chamuscados y el blanco incontable de las reses inmunes al solazo.

Me incorporé con un nombre pregonado en lo más alto del apremio; el cobrador en trance de profeta anunciando el momento de nacer o perecer el caserío donde el bus se había parado: *Lóvago-Lóvago-Lóvago*. El grito descollaba sobre el vocerío de vendedoras coronadas de panas llenas de carne asada, queso y plátanos fritos, a su vez coronadas de grises mantos voladores.

El sargento y su raso se disponían a bajar en Lóvago. Vi el remedo de cordialidad con que clase y oficial ponían a prueba su distancia de subordinado y subordinador. Ni confesiones ni desahogos ni fraternidades de casta podían salvarla.

— Que le vaya bien, comandante. Cuidado con su sontinero. Así como va, chupándose por dentro, quiensabe si llegue — dijo el sargento, rebosante de preocupación simulada.

Detrás de su jefe, el raso parecía estar midiéndole la vida a un agónico. Sin dirigirle una palabra se despedían del encantador con una última patada invisible, y el otro no dejaba pasar nada que distrajera su obstinación.

Reparé en que el cautivo había perdido peso, había mudado años, o quizás se le iban ablandado los huesos, pero en cualquier caso era otra su consistencia.

Unos cuarenta kilómetros adelante, llegamos al lugar y la hora señalados para comer: Santo Tomás. Así lo anunció el chofer, mirándonos como una sola mancha recogida en el espejo retrovisor. Bajó el mariscal de hierro, mandando siempre por delante a su posesión.

En la comidería brillaban las floresotas estampadas en manteles de linóleo. Ocupamos las mesas con supuesta despreocupación, desmentida en cuanto se improvisaron nueve o diez grupos de comensales. Nadie se agregó a la mesa tomada por el oficial.

Saturaba el lugar un gordo olor a queso y a chorizo. No había por qué perderse en melindres, sino escoger pronto entre café con leche, fresco de tamarindo y el plato de comida que ya traían en bandejas humeantes las dueñas del mesón, sus hijas y sus hombres.

Distraídos o platicadores, de frente o de espalda, todos veíamos de soslayo hacia aquella mesa ocupada por un hombre que contemplaba un vaso, y otro que por sus ruidos parecía estar devorando sapos y culebras. El uniforme se ajaba por el peso del oficial volcado sobre su plato, por el ajetreo de paleador con que movía una cuchara entre el plato y su bocaza. Uno apurado por llenarse el estómago y el otro estudiando la composición del agua, sus luces, sus dibujos tan fugaces como transparentes; midiendo la naturaleza del agua gota a gota; él mismo era una estrafalaria clepsidra en forma de hombre sedente.

Cuando el capitán se enderezó fue para llamar a una de las mujeres que servían. Ésta obedeció la orden y pronto volvió de

la cocina con un segundo plato de frijoles, arroz, chorizo, queso, el montículo cruzado por un guineo hervido. El capitán volvió a encorvarse, a lucir su poder mandibular, y masticó, masticó, se tragó hasta el último grano. Después tuvo un jadeo y por fin una paz cundida de eructos que trataba de solapar ladeando escrupulosamente la boca hacia un hombro.

Lejos de la tragazón, la clepsidra se concentraba en pasar el agua de sus globos oculares al agua del vaso, y así se mantuvo, antes y después que el capitán abriera el cartapacio para sacar unas esposas de reluciente níquel, y lo dejara asegurado a una pata de la mesa. A paso marcado el oficial se encaminó entonces al interior del mesón. Con su mano libre, el encantador elevó el vaso que ya tenía un peso agregado, lo contempló a contraluz y se bebió el agua a tragos lentos pero continuos, sin atención alguna para la facilidad con que hubiera podido zafarse de las esposas con solo bajarlas hasta el piso y levantar la mesa.

Me integré al tráfico de pasajeros que iban y venían entre el comedor y los excusados. Había que cruzar un patio rodeado de cuartos abiertos. Entre varias camas de tijera tendidas bajo el sol, rumiaba un buey con albarda de cuero, todo él salpicado de un barro amarillo, casi dorado; todo, excepto los ojos anegados de resentimiento y la argolla de cobre que tenía enganchada a la nariz. La misma rienda atada a la argolla era un chorro de oro. Fácil era imaginar los barrizales que el buey transitaba, sin aspavientos, hundido en lodo hasta el escroto, tan imperturbable que su jinete iba fumando. Encontré al capitán a medio patio, los pliegues del uniforme en su sitio, las botas lustradas, el pelo húmedo, como recién bañado y rasurado, el cartapacio otra vez luciendo su negrura.

De nuevo en viaje, subimos hasta la cresta de Arrancabarba para desembocar en la otra vertiente geográfica. Tendida hacia el Este, sostenía firme un paisaje de inmensa serenidad azulosa. Pude adivinar la línea de suavísimo descenso del suelo llegando hasta las arenas de la playa, hasta los manglares, y prolongarse bajo el mar con igual parsimonia.

Contra ese paisaje —jugosa muestra de eternidad— el hombre seguía aligerándose expandido, transparentándose en el cuadrángulo de su ventanilla, en los planos de vegetación que

pasaban volando al fondo. Solo entonces recordé una cabeza semejante a la que ahora estaba atisbando: la de un viejo geomántico que alguna vez vi arrodillado en una playa, leyendo destinos en marcas de arena. El parecido entre aquel geomántico y éste se sostenía en un aire de antiguo saber puesto a prueba.

Intuyo que su proximidad a la disolución, a su triunfo, era evidente para todos nosotros los pasajeros, menos para el capitán que confiaba en sus esposas celosamente guardadas en el cartapacio. Volvió a usarlas en el embarcadero de El Rama: unas escalinatas de cemento cascado, lamoso, construidas en el año de Hiroshima sobre una ribazo del Río Mico, y desde entonces olvidadas de toda reparación, pero era paso obligado para alcanzar la lancha que esperaba al pasaje del expreso.

Para librar alguna nueva urgencia intestinal, el capitán sentó al encantador junto a un viejo cáncamo y ahí lo dejó esposado, el níquel centelleando sobre las escamas del aro sarroso. Abajo pasaba el río espejeante al peso del mediodía. Nada parecía moverse bajo la piel de la corriente ancha. Surgían breves remolinos, instantáneos rizos de luz, entre los que el cautivo estaría escogiendo el suyo para irse, nada más irse a su casa, con su vestido de agua, lejos de tanto facineroso.

El mariscal de hierro regresó, otra vez recién planchado, taconeando aun en los ruinosos escalones de El Rama. Al descubrir las esposas reposando solitarias junto al amarradero oxidado hubo gritos y revelaciones. Unos habían visto un gallo levantando vuelo, otros un perro de aguas arqueando el lomo para zambullirse; otros más habían oído un suspiro, un látigo azotado, un escupitajo, o un vidrio roto. El capitán no pudo más que desenfundar su escuadra y dispararle furioso a cada remolino, cuando el hombrón ya era más ancho que el agua que pasaba frente a todos, río abajo.

Mi estirpe

Más difícil que sostener el trote hora tras hora, con invariable flexión de rodillas, la vista fija en las curvas del sendero, era para la criatura mantener cerrado el oído al súbito vuelo de alguna paloma, a la masticación de un conejo, al susurro de las cañas agrias, a la fuga de un tapir. Difícil era contener el hondo tropel de imágenes anticipadoras de lo que encontraría en representación de su otra parte. Andando en silencio la adivinaba a semejanza de una efusión dueña de toda virtud; imaginaba formas para lo que apenas era una deseosa turbulencia que nacía en el paisaje y subía por su cuerpo.

Al medio día, ya en las costas de uno de los lagos mayores, se detuvo a descansar sentado en una piedra. Había expulsado de sus órganos los últimos residuos de adolescencia. El calabazo reposaba en medio de sus pectorales centelleantes. En descanso tuvo su visión conmovedora. Frente a él planeó una garza que luego se detuvo sobre los oros de la arena húmeda. La inmóvil blancura acentuó los brillos escamados del agua. Todo esto era nada más contorno de un gran nicho para la imagen sola, imponente, que temblaba en el centro de sus pupilas. Lo vi respirar con el entrañable desconcierto que ocupa al que descubre la atrocidad a la vez aterradora y deleitosa que es la belleza. El joven tuvo que sorber nuevas energías para alzarse de aquella postración delirante y seguir su camino.

Albeaba el día siguiente cuando principió a ascender por una ladera de protuberantes raíces y mantos de hojas secas. Le habían enseñado que el paraje escogido para beber su poción debía estar abierto al oriente, sin ramajes cruzados, con piso libre para cuatro veces su cuerpo acostado. Ahí rodaría por rampas y rampas interiores hasta tocar la puerta de su despertar, donde estaría esperándolo, de frente, la majestad de su otra parte.

Jamás debería conformarse con el primer paraje que le saliera al paso. Todo él, hasta su misma sombra, tendría que reconocer tal lugar como suyo. Subió y bajó por bosques circulares trazando laberintos, a veces atraído por la mansa extensión lacustre que desde abajo le enviaba señales, a veces azorado por la expectación de lo que sería su sacro acoplamiento, acaso con una bestia desconocida.

Después de arañar vertientes durante días de resbalones y gateadas, desembocó en un claro. Era como un peldaño limpio, semicircular, amparado por un árbol de tronco áspero. Sus hojas semejaban manos abiertas hacia un mismo punto. No había en el suelo huella alguna. El aire que por ahí pasaba era un soplo sostenido de potencia.

Enrolló su morral vacío para apoyar la cabeza. La quietud susurraba, diciéndole que no habría nunca repetición de ese peldaño. Destapó el calabazo, todavía con leve temblor de labios. De las yerbas maceradas surgió un último sollozo. Respiró anchamente y bebió resuelto.

En el inicio sintió que cada miembro de su cuerpo se precipitaba hacia el fondo del cansancio. Era él un sedimento milenario depositado en ese peldaño. Fue levantándose por pedazos que más arriba se unían con suavidad de barro en manos de maestra alfarera. La Gran Abuela se le mostró con la cara pintada, llamándolo a seguirla. Suspendido en la obediencia cruzó espumas, lluvias, cavernas por las que él escurría con los huesos alargadísimos y la piel salitrosa.

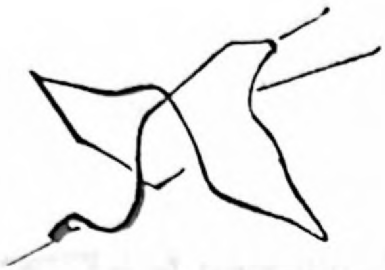
En otra región de aquel imperio de sorpresas, él mismo quedó abierto: una ventana penetrada por tumulto de insectos, abierta al paso de astros rodeados de mujeres cantando con sus caderas en llamas. Lo traspasó un pájaro de ojos vacíos; una culebra de flores blancas; tras ella dejó un perfume nuevo. Sobre el perfume giraron esferas de proporciones distintas, cápsulas iluminadas por dentro para mostrar las joyas de una iguana, la placidez de un venado rumiante, pelícanos enfilados en vuelo entre dos olas grises, un puma de colmillos purpúreos, perros ventilándose la lengua amarga, y a ninguno quiso asirse. Nada de ellos podía acompañar el tamaño de su deseo espiralado, y pasaron.

Al verlo en la postergación, la voz cercana de la Gran Abuela le advirtió que nueve orificios tenía su cuerpo. Saldría él por uno solo, y en el punto escogido estaría esperándolo su otra parte. Salió por su pupila izquierda y era yo quien lo esperaba: cresta hirviente, volcán entero, yo Momotombo sosteniendo el cielo y la tierra.

Ver desde los milenios tiene una leve dolencia, la de presenciar la audacia de la criatura. Le dije que volcán se es uno solo;

se está una sola vez y para siempre. ¿Entendía lo que era vivir sin un otro? Dijo que sí, que lo abrasara. Musún se llamaba el insólito buscador y Musún se llamó ese surgimiento primero de mi estirpe.

En la mirada redonda está el mar y los lagos y lagunas de esta ubre maltratada, sus planicies fertilizadas por cenizas, sus poblaciones pendencieras, sus metales y sus peces; allá sus serranías neblinosas. En un pliegue se levanta el Musún, soledad sin aliciente.



Las dos majestades de Antonio

En el traspatio de su residencia, allá donde las indias lavaban y planchaban bragas, jubones, paños de excusa, el Gobernador Lacayo tenía a su prisionero asegurado de todas las maneras posibles.

El Capitán Padilla, hecho varios dobleces entre los grillos, el taburete que mal sostenía su peso, y el cepo que le sujetaba cabeza y manos, resoplaba de vez en cuando, como si en su corpulencia de mulato estuviera un toro amarrado a su corazón. Junto a la puerta de un cuarto lleno de arneses caballares, y sobre todo lleno de un olor a furia rezagada, se distraía un centinela viendo los sobacos de las lavanderas que tendían ropa en sondalezas, o de las planchadoras y cocineras que pasaban con canastadas de carbón sobre la cabeza.

En el portón trasero, en el zaguán, en la doble puerta esquinera, el gobernador también había puesto centinelas. Prohibió que se formaran grupos de dos o más personas. En la plaza cerrada por retenes solo se veía transitar a los notables de la ciudad, y la figura solitaria de la anciana Felipa, sentada en la acera opuesta a la casa del gobernador, con los recios pelos de negra asomándole bajo un tapado, los ojos enrojecidos por el desvelo de soñar que veía salir al hijo por aquella puerta principal, con los arreos de capitán nuevamente en su sitio, y desvelada esperaba sin que orden o súplica alguna pudiera moverla de los dos ladrillos que ocupaban sus carnes agobiadas, renegridas en lo hondo de las arrugas. Imponía su obstinación porque ningún soldado, pardo, español o mestizo, se atrevía a tocarla, unos por supersticioso respeto y otros por desdén. Bajo las colas del tapado asomaban las manos entregadas a pasarle sus temblores a las cuentas de un rosario que hilaba su numerosa rogativa.

Rogaba por la intervención de la suprema justicia, porque se mantuviera en su lugar la lealtad de los compañeros de armas del Capitán Padilla; rogaba porque el hijo levantara hasta el punto más visible todo lo que le había enseñado: el orgullo de

ser lo que era, la humildad para saber que su fe era el arma grande para los combates contra El Enemigo en cualquiera de sus representaciones.

"Va como alma que se lleva el diablo", había sido el comentario de la anciana al ver pasar al gobernador y su empolvado séquito, el veinticuatro de diciembre. El aviso de que se acercaba llegó como puntualmente llegaban todos los avisos, por cualquier boca, y todos los Padilla, menos el capitán, se movieron hacia las ventanas y puertas. Desde el momento de ver entrar a don Antonio Lacayo de Briones en la ciudad de León, vadeando el Río Chiquito a trote ligero, el sombrero tricornio caído sobre la frente, la casaca galoneada y las espuelas relumbrando bajo el sol de las diez, precedido por la fama de la retahíla de sus títulos: Alcalde Provincial, Juez Ejecutor Perpetuo de la Santa Hermandad, Regidor por el Rey de dos Cabildos, Antiguo Pesquisidor de la Audiencia de Guatemala, Sargento Mayor recién nombrado Teniente de Capitán General y Gobernador de la Provincia de Nicaragua, la anciana se había santiguado para defenderse y defender a los suyos de cierto relámpago de demonio percibido entre las chispas de agua de río y la figura del gobernador agitado por la ansiedad de llegar.

Preocupada por aquella prisa había vuelto junto con sus nueras, nietos y biznietos al arreglo del Nacimiento hecho con ramas, helechos, flores y frutas, donde a la media noche colocarían al Niño Dios sonriente. Lo que la legión familiar de Padillas armaba en un costado del patio con el montón de frescura cortada al amanecer, simulaba una cueva recubierta por su caprichosa cosecha. En el otro costado del patio, el Capitán Padilla en camisola se mecía en un chinchorro, ausente del alboroto, leyendo un descosido manual de escribanía, como si después de haber dado el paso de objetar por escrito el nombramiento, en nada lo aludiera la entrada del gobernador.

Habían seguido entrelazando ramas de tigüilote, nancite, burillo; colgando limas y naranjas y anonas y jícaros maduros, alternados con sartas de flores azulosas salpicadas de añil, manojos de pequeñas flores amarillas como escobas barredoras de luz, brazadas de sanguinosas flores con pétalos de un palmo de largo, flores carnosas contenidas en su propia cascada de

blancura, y entre flores y ramas, los colgajos de mazorcas secas, con la tuza levantada para servir de amarra: toda la troja trasladada a la cueva del Nacimiento para lucir sus ejércitos de granos.

Siguiendo el plano trazado a palabras por la anciana Felipa, crecía la construcción vegetal dentro de la construcción de adobe. El hormigueo quedó de pronto suspendido por la entrada de un mensajero del cabildo. Llegaba a intimar al capitán a que asistiera a la toma de posesión del gobernador, señalada para las doce del día, apenas dos horas después de su entrada a la ciudad, talvez sin darse tiempo ni para sacudirse el polvo del camino. Sentado en el chinchorro, con los grandes pies descalzos aplanados sobre el piso, negros sobre el rojo de barro cocido, el capitán dijo que no podría asistir, "por lo incompetente de la hora".

Allá entre hojas, flores y mazorcas, la anciana se santiguó al oír la contestación airada. Bien recordadas las cosas, había sido en aquel momento que principió el ininterrumpido rezo interior, día y noche sostenido durante la última semana del año de 1740 y la primera del 41, en el que persistía desde su puesto de inconmovible vigilancia en una acera de la plaza, rogando que el hijo no hubiera olvidado una sola de sus oraciones de buen cristiano.

Y el Capitán Padilla musitaba oraciones, a ojos cerrados o mirando por fuerza el piso terroso, su cuello apretado entre las piezas del cepo labrado en dura madera de ñambar, hecho para pequeños cuellos de indios y no para el morro de músculos que se levantaba en su nuca de pardo guerreador.

Rezaba no solo porque creía en un altísimo libertador que en cualquier momento dejaría caer su reluciente espadón sobre el cepo y los grillos y sobre quien había mandado ponérselos, sino porque creía en el poder de la palabra, dicha, escrita o pensada una y otra vez para darle cuerpo exacto a las leyes de arriba y de abajo.

Invocaba a la Providencia con la misma pasión que había puesto en escribir la protesta al cabildo de León, palabra por palabra asestada en el mismo corte para que cayera lo que debía caer por voluntad de mayoría, argumentando y a la vez con-

fiando en la Providencia que vigila y gobierna de extremo a extremo en todo lo hecho. Palabra de pleito legal, palabra afilada con piedras de esta tierra para hacerse respetar, la que oyó su auditorio de conspiración desde el día en que supieron del nombramiento otorgado al antiguo pesquisidor.

La humillante posición en que estaba fijo no era suficiente para agotar la corriente de furiosa fe que lo atravesaba, y había que haber sido el piso desaseado para toparse con su carota goteante: el techo de una gruta vidriosa donde se revolvían luces, cosas en estado de formación.

Creía, creía, creía en un gaseoso derecho a darse gobernador, él y sus soldados, él y las dos compañías de pardos que eran la mitad de la fuerza armada de León; los hombres de caras y manos más oscuras al salir del cuello y las mangas de la guerrera azul; mulatos entintados, *color zambo* se decía en habla de españoles.

Con esos de guerrera azul había conspirado en su casa o en la champa de un frijolar de Quebrada Honda, al que llegaban de noche siguiendo el cauce del Río Chiquito. En la oscuridad hermana de la mulatez agitaba sus ánimos, llamándolos a agitar cada uno su propia barriada. Con ronca voz baja, a la luz de un candil les había leído el escrito lleno de viejas elegancias tomadas de un manoseado ejemplar de *Provisiones, Cédulas, Capítulos de Ordenanzas...* de Diego de Encinas, un resto de botín que su Maestre de Campo le había concedido, con ojos de burla para su elección de una antigualla de 1596, la que desde el forro gastado anunciaba contener todo lo "tocante al buen gobierno de las Indias".

Con la fuerza de su palabra les había levantado la mano a cada uno para que tomaran la pluma y, mojada en el tintero, garrapatearan bajo el candil las firmas rudas de soldados; firmas y firmas desnudas, sin el cobijo de la rúbrica de un solo notable de la ciudad, ni siquiera la del hombre que ellos proponían para un buen gobierno: el Maestre de Campo por el Tercio de la Provincia, Regidor del Cabildo, Corregidor de la Villa y Puerto del Realejo, don Felipe Gámez Alexia. Por lo demás, solo contaba con alguna frase ambigua recibida de dos de su rango: el Capitán Pérez y el Capitán Toruño.

La misma noche de Pascua de Navidad se ufanaba ante sus soldados de no haber ido a la toma de posesión del gobernador. Con su sola postura de hombros tirados hacia atrás y labios libres de restricciones, sin dar ni el más pequeño lugar a timideces y bajezas, se ofrecía como espejo de desafío. Toda la Primera Compañía de Pardos estaba azuleando el patio de su casa con sus uniformes limpios, frente al tupido olor de la cueva del Nacimiento, en grupos móviles que a la luz de los hachones envolvían a las repartidoras de chicha, o al propio Toño Padilla que se les acercaba infiltrando algo más, cubierto lo que decía en ese inocentote ánimo de Pascua.

Todavía a la hora de pasar el Niño Dios de las manos de su madre al pesebre de ocote, entre cantos acompañados de chischiles y jucos, tuvo otro gesto de cabecilla al imponer su voz sola con un nuevo villancico. Se había subido sobre los bordes de una pila para hincharse el cuello cantando: *Niño'e barro, niño en tierra/ venimos a celebrar/ al niño de los pastores/ colocado en el altar./ Niñito lo que te pido/ con todo mi corazón/ es que a nosotros los pardos/ nos echés tu bendición.*

Gritos y aplausos rodearon su explicación condescendiente de que lo había aprendido de un piloto peruano en su última andanza por el puerto del Realejo, donde el marino mulato tocaba una bandurria mientras del barco *San Bernardo* bajaban botijas de vino y de aceitunas, las mismas que a esa hora estarían "sobando gaznates de españoles", dijo, recobrando el aire golillero, el tono rasposo con que le había hablado al escribano del cabildo exigiéndole se asentara haber recibido el escrito de protesta, hecho en papel común, aclaró, por no haber en la plaza provisión de papel sellado. Añadió esto en son denunciatorio.

Oyó un lejano cacareo de gallinas alborotadas en el corral del traspatio. El piso clareaba apenas cada vez que la puerta se entreabría y el centinela español se asomaba para verificar que el prisionero seguía a cargo del cepo y los grillos. Mostraba todos sus dibujos de polvo pisoteado sólo cuando la puerta se abría en pampa para darle paso al gobernador, sus testigos, su escribano, en las diligencias de un proceso gobernado por Lacayo de Briones, con interrogatorios de insidia y careos en los que él no veía cara alguna sino botas, zapatillas, calzas, rodillas

movidas de un lado a otro, en espera de su confesión. Pero de pronto, sin que se hubiera abierto la puerta, vio acercarse al cepo unos pies descalzos, con antigua sequedad entre los dedos de puntas agrietadas, silenciosos al resortear bajo unas naguas pardas. Sintió el olor a masa de maíz guisada con achiote, culantro y tantos condimentos que ya no le importó reconocer cuando se le acercó a la boca un plato de barro y una cuchara de madera. La aparición colada por algún oculto agujero conocido de la servidumbre, le dio de comer más de prisa de lo que se puede tragar boca abajo. Comió con tres días de hambre, y a la vez cuidadoso de no romper el sigilo de la mujer. Después de limpiar las manchas de masa regada en el piso, ella se le acercó al oído para susurrarle: "la gente anda arrecha y quieren venir a salvarlo", y desapareció con la misma ligereza que se había hecho solidificación de la penumbra.

Todavía con el sabor del guiso en el paladar, desalojando la amargura de haber tragado en posición de perro, quedó resonándole el susurro de la aparición. Su gente se revolvía, sí, tocada por su obstinado discurso de que solamente se le debía fidelidad a las dos Majestades: Dios y el Rey. Invisibles pero absolutos, remotos los surtidores fulgurantes de sus dos poderíos y sin embargo puntuales en la manifestación de cada día, en todo lugar. No necesitaba ver ni esperar jamás a Don Felipe V en las calles de León de Nicaragua para concebirse eternamente arrodillado ante el Rey de las Villas de León y Aragón de las dos Cicilias de Jerusalén de Navarra de Granada de Toledo de Valencia de Galicia de Maiorca de Sevilla de Serdeña de Córdoba de Córsega de Murcia de Jaen de los Algarbes de Algesira de Gibraltar de las Yslas Canarias de las Yndias Orientales y Occidentales yslas y tierra firme del mar océano Archiduque de Austria Duque de Borgoña Bravante y Milán Conde de Apsburg de Flandes Tirol y Varcelona Señor de Viscalla y de Molina, Señor del mundo abarcado por aquellos nombres de reinos que tampoco necesitaba conocer para darlos por ciertos.

Para Dios y el Rey su más obediente fidelidad pero no para Lacayo ni cualquier otro vasallo de las dos Majestades. Esto les había dicho en Quebrada Honda, entre cantos de pocoyos, balidos de venados en brama y todo el ruidoso quehacer de la

noche; lo dijo en su casa, con el Niño Dios por testigo. Había sido un largo fin de año extendido en arengas a media voz, en gesticulaciones allá en la interioridad de los cuarteles, movida por el aire su insignia de Capitán de Infantería: una lanza corta, el palo de genízaro torneado, el hierro dorado, y esponjada la borla amarilla de lana peinada por las devotas manos de la madre.

El año nuevo lo recibió la Primera Compañía de Pardos limpiando sus armas en cumplimiento de una orden del Comisario General. Con las voces enronquecidas y los ojos veteados en rojo por las parrandas de despedida del pobre año de 1740, los mulatos baqueteaban sus mosquetes con varas de nancite, se arrebataban las escasas aceiteras, entre aguardentosas burlas y apuestas sobre quién tenía el arma más descoyuntada. Su capitán toleraba la algazara con menos desprecio por los fierros envejecidos. Una ligera nublazón cruzó sus ojos cuando al final apartaron lo servible de lo inservible: de un lado quedaron catorce mosquetes útiles, del otro la lustrosa mortandad de treintaisiete armas con cajas, llaves o cuerdas nulas.

Cierto consuelo tuvo al saber que no era muy distinto el caso en las compañías restantes. Mayor fue su aliento al saber bajo cuerda, por boca del Alférez de la Caballería, que en la Sala de Armas se habían inventariado arcabuces y escopetas sin defectos, o al menos reparables, así como ocho libras de pólvora y mil seiscientas balas, con lo que toda la tropa sería rearmada y amunicionada el Día de Reyes. Toño Padilla se unió entonces a la guasa sobre la miseria de sus pertrechos, como saltando de broma en broma para alcanzar más pronto su dotación completa.

Con los albores de aquel seis de enero ya tenía a sus sesenta pardos bañados, listos para formar al primer toque del flautín. La revista estaba señalada para las ocho. León tuvo su amanecer contento al ver marchar las tropas, de sus opuestos cuarteles a la plaza, ondeando las banderas, batidos los tambores, el paso enturbiado por el manto de polvo que levantaban las filas de botines torcidos al golpear las calles de tierra.

En el trayecto cada compañía fue creando su cauda de descalzos: vendedores ambulantes que tuvieron que acallar sus pregones, niños descarriados, cocineras con la pana del merca-

do encajada en una cadera, lecheros con sus burros y cántaros, mecateros, tejedores de lona, hojalateros y talabarteros desprendidos de sus aburridas faenas. La plaza cundía de miradas tejidas del empedrado a los balcones ocupados por notables y su descendencia, clérigos y empleados reales; de los balcones a la alfombra de cabezas, firme en sus cuadros uniformados, movediza en los bordes deshechos y rehechos al tocar los muros del Palacio Episcopal, el Cabildo, la Catedral, la Casa del Gobernador. La concurrencia, plebe y principales arrebatados por una misma atracción, era precisamente lo que se había esperado.

Antonio Lacayo de Briones salió a la plaza seguido por el Maestre de Campo, el Comisario, el Escribano con sus rollos de papeles. Sonaron redobles de saludo, excepto en el tambor de la Primera de Pardos. Caminando hacia el atrio de la Catedral, Lacayo exhibía su falta de prisa, la mano izquierda reposada sobre la empuñadura de su espada, desabotonada la casaca azul con cuello carmesí, donde caía el pelo empolvado de blanco y recogido por un lazo negro, negro también el tricornio ribeteado de plata, en juego con las hebillas del calzado. Todo esto era lo que debían ver sus gobernados, a quienes él vio desde el atrio, con refrenada sonrisa abultándole un lado de la boca. Aún a la luz del sol de las ocho, dominaban las sombras de sus ojeras, de su barba rasurada. Desde arriba paseó la mirada, lento el disimulo para llegar a la Primera de Pardos, a la cara de Padilla, negra en lo más alto de su cuerpo firme, con su saludo dirigido al sol, al cielo, pero no a la autoridad de enfrente.

Lacayo arengó a las tropas, advirtiendo que el Presidente de la Audiencia de Panamá y el Alcalde Mayor de Nicoya habían avisado de movimientos ingleses en la Mar del Sur, y que con el apoyo de los Mosquitos desde la Costa Norte intentaban posesionarse de la Provincia. La Real Corona exigía la más completa lealtad en la defensa de sus reinos de Indias.

Las manos del gobernador martillaban el aire con su correosa blancura. Una y otra vez volvió a ver la figura rocosa del Capitán Padilla, demasiado pesada para un juego de astucia, inmóvil aun a la hora de los aplausos y el tamborileo de celebración. A una señal el escribano dio lectura de los autos de amunicionamiento para que cada capitán fuera dotado en la

Sala de Armas. Los mentó por sus nombres completos: Juan Solís Gordillo, Francisco de Altamirano, José Pérez de Medina, Melchor Toruño de Figueroa, todos menos Antonio Padilla. Este fue tornasolándose con tintes de metal en oxidación precipitada, y se quedó en el verde lama cuando el Maestre de Campo dio la orden de marchar a sus cuarteles. Iniciado el movimiento de retreta, Lacayo entró con su séquito a la Casa del Gobernador. Iba orondo de haber dado un golpe público al mulato, puesto ahora en un tinglado.

El capitán giró sobre sus pies, ordenó a la compañía permanecer en su sitio, porque no se moverían mientras no fueran amunicionados como correspondía según todo derecho. Ordenó al Sargento Bolaños presentarse ante el gobernador a demandar el debido amunicionamiento, a decirle que otrosí demandarían al escribano certificado de la vejación arteramente infligida a la Primera de Pardos.

Desde los balcones se veía a la plebe formando un cerco tumultuoso alrededor de los pardos, se oían gritos y voces montadas unas en otras, ofuscando todo indicio de pronunciación.

El Sargento Bolaños regresó al tumulto, con esa sutil oscilación entre la grima y las ínfulas del que porta bajo el pecho un mensajc superior. Frente a la compañía abrió el galillo para trasmitir cumplidamente la benevolencia y la fulminación: que el Señor Gobernador perdonaba a todos los que se retiraran a sus casas, lejos de un sedicioso traidor al rey. Padilla pareció crecer al levantar su cólera por encima de la plaza, su lanza sacudida por un puño pálido, sus ojos empujados por el resto de la cabeza, tronando al preguntar si era traición al rey defender la ley de Dios. Recapituló en la lealtad a las dos majestades, una, cinco veces, y la tropa azotó el aire con su adhesión, cinco veces; se apresuró a marcar el paso, derretida de obediencia al capitán que los llevaba a acuartelarse en su casa, a pelear con palos y piedras si fuera necesario, les había dicho.

En los balcones hubo sobresalto escondido en ademanes de menosprecio por el largo dibujo de pardos en marcha, la bandera levantada, el tambor y el flautín haciendo escándalo en las costillas de la plebe, y ésta apretada entre las filas de soldados

y las paredes encaladas, en marcha hacia la barriada del Río Chiquito.

La anciana Felipa vio venir el tropel desde una ventana, y ahí mismo levantó la voz para rogar por el hijo, por que hubiera luz en lo que veía venir y en lo que no veía. Con temblor de entrañas, sus viejos huesos atravesados por la vibración de su propia voz, pidió virtudes: "danos justicia para someternos a Vos; danos prudencia para cuidarnos de las mañas del Enemigo; danos templanza para guardar equilibrio; fortaleza, Señor, para soportar las calamidades con paciencia". Contra su rezo a gritos venían agrandándose los vivas al rey y mueras al mal gobierno. Ella y la multitud aproximando sus voces, buscando su acoplamiento en el aire caldeado hasta ser dos piezas de un solo alarido. Mandó abrir la puerta de par en par. El marco fue poco para acoger la entrada del barullo que ocupó la casa entera.

Los notables se apresuraron a pedir o dar consejos al gobernador, con la pupila inundada todavía por aquella visión de populacho yendo a hacer cuartel de una infame casa de mulatos. Lacayo de Briones dejó que escurrieran sobre él los temores ajenos, guardándose el suyo bajo la disposición de oír, dueño de una vieja experiencia de pesquisidor. Oyó sin pestañear, apegado a unos anchos silencios de jugador a la espera de su turno. Los oyó y después los medio alivió de su aflicción ilustrando al escribano para que levantara la cabeza del proceso con un auto de prisión contra Padilla, el viciado de desobediencia, sedicioso por escrito y de palabra, traidor a nuestro Señor el Rey (que Dios guarde). Impartió instrucciones militares al comisario general y por su medio a los capitanes de compañía. Se reforzaría la plaza con guardias de tropa bien armada en cada esquina, con dobles centinelas, la caballería en sus caballerizas, alerta y pertrechado el grueso del Tercio, entendido que las compañías de españoles deberían mantener el ojo vigilante hacia la Segunda de Pardos y la de Mestizos.

En la casa del Río Chiquito, Toño Padilla atizaba su sueño juramentando por su propia autoridad Alférez, Sargentos y Cabos, su insignia siempre en el puño, el asta bandera calada en el ramaje ya seco de la cueva del Nacimiento, tendidos sus colores reales entre anonas y mazorcas, ordenando él a la vista

de los Reyes Magos y un Niño Dios de piececitos y manitas levantadas hacia los jícaros colgantes, queriendo alcanzarlos en un gesto de primera gracia de recién nacido. El retumbo era de casa de mayordomía en la octava, más que cuartel. Circulaba una flotante población de mulatos militares y civiles, santiguados frente al Niño Dios antes de ofrecerle al capitán su brazo con machete, chuzo, estoque; de traerle los mosquetes reparados en las herrerías; la pólvora de las coheterías; las piedras de afilar; antes de repartir los alimentos traídos por estrepitosas mujeres: canastadas de cosa-de-horno, de plátanos asados en cenizas de vastos fogoneros, ollas de tiste, porras de mondongo, panas de coyoles en miel, todo lo que desaparecía veloz por los centenares de bocas. Día y noche la casa sonando a la brega. Así distribuyó tareas de pesquisa, aprovisionamiento, preparación; acrecentó su frescura de esperar la señal tapada de los otros capitanes que en más de un momento le habían susurrado una ambigua palabra.

Así despachó por las tinieblas grupos de pardos desnudos, sin más arma que la boca llena de silbidos. Deslizados en el territorio silencioso de los caserones cerrados, por las calles pesadas de oscuridad, llegaban hasta las cercanías de la plaza para entablar su campaña de avisos y contravisos chiflados, largos y agudos por un lado, tajantes por el otro, punteados más allá, alternos y simultáneos: una conversación de pájaros recién venidos a la creación, creados en lo desconocido de las sombras.

Los notables y sus mujeres y sus hijas y sus yernos se inmovilizaban en las camas, atenazados por aquel tráfago nocturno en el que oían también puertas que se abrían, inducidas por los silbidos. Cruzaban sus aposentos de rendija a rendija, por debajo y por un cielo de voladores invisibles.

Aprensivo ante la oscuridad y sus incertidumbres, el propio Lacayo había ordenado que ningún avance hacia la casa de insurrectos se hiciera durante la noche. Sus maniobras pertenecían a otro orden. Dejó que el sol viniera por sí solo a disolver el asedio de chifladores. Empleó la mañana en pasar revista y disponer el movimiento de sus fuerzas: dos compañías para cercar a Padilla y darle cuenta de él, vivo o muerto; la caballería acuartelada para socorrer de cualquier riesgo a los cercadores.

Con el sol a plomo bajaban las tropas por el declive del río, anunciándose a redobles macizos de tambores que los pardos contestaban a gritos de viva el rey, como escudos tendidos al aire del mediodía. Padilla los vio venir. Además del destello de las bayonetas caladas en los mosquetes, vio a los artilleros rodando entre piedras y polvo las cureñas que traían los falconetes. Recordó el poder de un disparo hecho con bala de dos libras y media. Distinguió a Pérez y a Toruño en su posición de capitanes, y alentó en lo más espeso de su espera la visión de una alianza que se le aproximaba disfrazada de amenaza. Era con estos sus iguales que había cruzado sinuosas palabras de entendimiento. Apresurado fue su despacho del sargento Bolaños en misión de parlamentar. Su mensaje era un llamado a la primordial obediencia: aquí también, en esta terrera casa de seguros vasallos, ondea la bandera de su Majestad. Para mayor señal, mandó que su alférez sacara por una ventana los colores reales y los hiciera reverberar bajo el solazo.

Toruño y Pérez replicaron que por obediencia y no por inquina cumplían la orden de llevarlo vivo o muerto, que por merced a su grado consentirían en leerle la causa de su aprensión. Rodearon la casa que enseñaba sus adobes entre mapas de cal desmedrada, seca, horneada por la hora.

Bolaños volvió a salir desarmado para invitar a la conversación, adentro y a la sombra, con honor de capitanes. Concedieron que uno de ellos entrara a leerles el dictado del gobernador, seguros de que el cabecilla ya había hecho el parangón entre lo que traían para sitiarlo y lo que él tenía en su reducto.

Bajo los escombros del Nacimiento (varas deshojadas, pencas ennegrecidas, broza de pétalos) Padilla oyó el vocabulario de rencor puesto en el auto de prisión. Junto a él, su alférez sostenía la bandera descollante en un caldo de pobrezas. Su gente acataba su silencio con silencio, los hombres enfilados en el patio, las mujeres apiñadas en la puerta de la cocina, la madre encajada en un banco, soplándose la ansiedad con un abanico de palma. En el patio había manos que se contraían sobre la empuñadura de la espada o el machete al oír el repique de Lacayo sobre obediencias, traiciones, requerimientos.

Con su lanza de insignia cruzada sobre las piernas, Padilla fue endureciéndose en carne y hueso, enfriado desde el hígado, no por el soplo que le llegaba a través del dictado de Lacayo, sino por la fiesta de saña que soplaba por la boca del Capitán Toruño, silbante en la pronunciación de cada vuelta acusatoria, la lengua enrojecida en la gozosa repetición de vivo o muerto. Dejó de oír y ver a Toruño para pensar más de prisa en el precio de una disparatada resistencia, en lo que podía hacer una voluntariosa espada contra la boca de un falconete, en el sustento de su familia, en las condiciones en que un hombre puede capitular ante quienes lo han acuerpado. Al otro lado de todo ese peso estaba la pesadez de tener que elegir entre una matanza y su rendición honrosa.

Cuando volvió a oír, ya no era la lectura de Toruño la que ocupaba el patio; era Felipa quien levantaba la voz para decir "yo soy la esclava del Señor". Salía a respirar desde los fondos de una oración.

Toruño y Padilla convinieron en que entregaría tanto la bandera de su Majestad como la lanza insignia de su capitanía, pero conservando su espadín, su daga, y que su gente podría acompañarlo hasta la plaza.

Hombres y mujeres, soldados y artesanos, niños, perros y zopilotes acompañaban a Toño Padilla al subir desde el Río Chiquito. El iba entre los dos capitanes, rodeado por las compañías de españoles, y raspando las paredes con sus empujones iba el grueso de sus partidarios, siguiéndolo y dándole un palio de gritos. Al llegar a la plaza, las dos compañías dieron media vuelta para formar un compacto tapón que contuvo a los seguidores. Pérez y Toruño marcharon de frente, a los flancos de Padilla, uno con la bandera nítidamente enrollada sobre su asta, el otro con la lanza de insignia colocada en alto, como si entre manos llevaran pedazos sangrantes del preso.

El Gobernador Lacayo de Briones tenía su palidez levantada contra el respaldo de un sillón. La madera de granadillo contrastaba sus brillos negruzcos con la sequedad de una piel harinosa. Sus criados caminaban de puntillas por la sala y la antesala de la gobernación, mientras él escribía con alta pluma de zonchiche, enumerando cargos que abultaran el delito del

sublevado. Se acodó en el sillón al recibir el anuncio de que se lo traían vivo.

Los tres capitanes entraron a paso largo, Padilla descollando con su pecho de yunques, su cabeza montada sobre un cono de tirantes cuerdas, cartílagos, venas, músculos, fibras preparadas para un argumentoso debate. Lacayo se limitó a preguntarle desde su asiento si era vasallo de Don Felipe V, Rey de España y de las Indias. "Soy leal vasallo de su Majestad", respondió el militar. Lacayo tenía una sola conclusión: "En nombre del Rey dése preso". El capitán repitió con exactitud las seis palabras de sustancial vasallaje: una muralla sagrada por la que no pasaban rebeldías. Lacayo ordenó al ínfimo de sus criados que lo despojara de su espadín y su daga. A los otros dos capitanes les ordenó matarlo ahí mismo si no se daba preso.

En la plaza taponeada en todas sus bocas, sólo se había filtrado la anciana Felipa, con su tapado negro y su rosario tembloroso. Desde la acera opuesta a la gobernación, vio salir al hijo enmedio de una escolta, con Lacayo por delante. Para sus ojos viejos, iban como navegando por un movedizo empedrado, hacia la casa del gobernador, donde desaparecieron por la puerta esquinera. Aun en la nublazón que invadía el mundo, Felipa no perdía de vista aquella puerta. Por ahí esperaba verlo salir escoltado por todos los santos. Sembrada en el punto de su espera, el sol y la noche pasaron por ella una y otra vez. Cuando algún soldado se le acercaba con las jícaras y los envoltorios de alimento que le mandaban de su casa, abría la boca solo para preguntar por la suerte del hijo. Al cabo de tres días de puro tráfago militar en la plaza, de nuevas chifladeras y bufidos acarreados por la oscuridad, las cosas fueron adquiriendo un inseguro tinte de sueño.

En el cuarto del traspatio, sobajado por el cepo y los grillos, el Capitán Padilla también dudaba de que el sabor a masa condimentada estuviera realmente en su boca; de que el aviso susurrado por la sirvienta de cocina no fuera más que un sueño de penumbra alumbrada por el deseo de que su gente viniera a salvarlo.

Afuera, en las anochecidas calles de León, lo que había era un soterrado rugido que Lacayo oía circular cada vez más

próximo a su casa, con señales precisas de que en los barrios había crecido la fama del prisionero. Cada hora sería solamente otra prueba en favor de su razón de gobernante y procedió a dictar la sentencia, sin titubeos: un hilo elástico, transparente, secretado en lo más espeso de su reflexión. Al filo de la medianoche, Padilla oyó murmullos de procesión entrando al traspatio. Por la puerta del cuarto penetró una luz ondulante y un resinoso olor de candiles. Sobre la porción de piso que dominaba, pasaron grupos de piernas confundidas con sus sombras. A una orden del gobernador levantaron las aldabas del cepo y Padilla pudo sentarse de nuevo en posición de hombre. A su alrededor había criados, soldados de caballería, testigos de cargo. En la esquina mejor servida por los candileros, llameaban la cara y las manos de Lacayo de Briones, parado entre los alcaldes y su escribano, sentado éste en un banco, con papeles caligrafiados, pluma y tintero sobre una tabla sostenida por dos criados. El Capitán Padilla terminó de enderezar sus vértebras. En la voz del escribano oyó el retrato de sus delitos vistos por el gobernador, oyó el consecuente fallo. Lo condenaba a muerte por garrote, y que después de muerto fuera colgado en la plaza mayor, y que después lo descuartizaran para exhibir sus cuartos en los cuatro puntos cardinales, y que después una de sus manos fuera clavada en un palo en el solar de su casa, y que después la casa fuera demolida hasta sus cimientos, y que después su cabeza fuera empalada en el cruce de caminos llamado El Convento, para vindicta pública y escarmiento de otros.

El lugar entero dio un giro en torno a los sentidos de Padilla, y al fin del giro quedó más alto, el pelo esponjado, los pies en puntas, como empujado hacia arriba por el hierro de sus grillos, creyendo más que nunca en el don hacedor de la palabra, y reclamó su uso para que por derecho el escribano pusiera en autos su notificación. Con el aire convertido en lenta masa ardiente al pasar por su boca, formó su tribunal con el Padre Eterno, acompañado por María Santísima, Jesucristo, el Espíritu Santo y San José. Ahí estaban, llamados y comparecientes, vertiendo su luz entre jáquimas, frenos, albardas, cinchas y gruperas, atestiguando su condena del gobernador. Ante ellos

lo hacía único y para siempre responsable de la salvación de su alma; de su tránsito por el Purgatorio; de las deudas que tenía y le tenían; de las mil necesidades de su mujer, sus hijos, su anciana madre; era el señor gobernador a quien Dios le tomaría cuenta de todo este fulminante traspaso, quedando eternamente libre su conciencia y su alma. Palabra por palabra, criatura por criatura, dichas pausadamente para que el escribano las pusiera en caligrafía.

En la acera de la plaza, la anciana Felipa tuvo un desconocido golpe de entrañas y partió en dos la noche con su alarido.

La hora de Greenwich

A Dieter Masuhr

Mistalín Cústober se embarcó en Kingston con la determinación de reclamarle a la corona británica lo que ninguno de los pusilánimes se había atrevido a hacer, amedrentados por la felonía de la Gran Albión contra una alianza que había durado más de dos siglos, acosados también por la insolencia de lo que para él era una republiqueta de españoles instalada al oeste del Reino Miskito.

Eran pocos los haberes de este adusto viajero pero innumerables sus razones. Las cruces azules y rojas del *union jack* integrado a la bandera del reino habían flotado lo suficiente en sus aires para no olvidar ahora quiénes eran ellos, los miskitos. Derrotados estaban todos, incluido el encogido Rey Clarence, pero no él, duro en su cuerpo y duro en su ánimo.

La voluntad hace que los cuerpos adelgazados por su propia energía irradien luz de robustez. Pudo ser eso lo que, desde la borda del *Trewlany*, un vejestorio que todavía flotaba, vio el contramaestre cuando Mistalín, plantado en el muelle jamaiquino, pidió una plaza de fogonero para llegar a Londres. La pidió en un inglés claro pero lento, como quien va agregándole onzas a una balanza. A la luz matinal, el contramaestre vio la cara ancha, metálica, vaciada de todo lo que no fuera la soberana confianza en su propósito. Sopesó la fibra de fogonero que podía haber bajo la camisa y el pantalón limpios, luídos por los bordes.

— ¿De dónde vienes? — le preguntaron desde arriba.

— De Yulu — contestó el solicitante, con aplomo, con decisión de no ocultar ni alterar sus credenciales de hombre dondequiera que estuviese. El otro sonrió entre las breñas de su barba, antes de preguntar de nuevo:

—¿Qué es eso?

Mistalín vio dentro de sí que jamás podría abarcar en una sola respuesta todo lo que *eso* era. Pudo haberse desbordado en palabras airadas, o en palabras de aproximación, pero se limitó a levantar un brazo hacia el suroeste para enseñar:

— Allá en el Reino Miskito.

El contramaestre lo contrató con un simple tirón de cabeza. Vio subir por la planchada aquella figura excluida de sus catálogos memoriosos, la que en vez del conocido bolsón del marinero llevaba al hombro un saco ahulado: el globo rojizo, brillante, más lleno de aire que de pertenencias.

El vapor había soltado amarras con una marea vaciante de media noche y avanzaba ya hacia el Canal del Viento, entre la Bahía de Guantánamo y el Golfo de Gonàve, impulsado por paladas de carbón, a tantos latidos por hora, pensaba Mistalín, con su propio y brutal esfuerzo como medida de velocidad.

De la cámara de fuegos del *Trewlany* salía un ronquido amarillo. Los ojos de los fogoneros no encontraban suficiente mampara en sus párpados calientes. Un polvo negro subía por los hoyos nasales hasta las cuevas de la frente, bajaba hacia la boca arrastrado por el sudor, se imponía sobre la lengua como un abrasivo freno contra cualquier blasfemia. Ni una palabra salía del cuarteto de paleadores encorvados frente a las dos puertas de carga. Sólo había un jadeo a contrapunto, a ritmo con las grandes paladas de carbón que había que hacer subir del piso a las puertas de fuego. Una palada tras otra, sin falsas pausas, para evitar que alguna resonante injuria del capataz irlandés rodara por los cielos humosos de las calderas. Los paleadores iban hermanados en su odio al fuego y revestidos por un mismo color: el negro polvo de carbonilla, tocado apenas por las horneadas rayas rojas de los ojos y la boca. Negros sin excepción durante el turno de ocho horas. Cada cuarto de hora entraba en acción un grupo de cuatro, mientras el grupo alterno se retiraba a un rincón para tragar pastillas de sal acompañadas de agua bebida a cubetadas.

Desde su primer turno, Mistalín supo sostener la pala a puños firmes, y supo hundirla de filo sobre el montículo de carbón, con la violencia necesaria para no dejarse arrimar una sola humillación. El ruido absoluto y la absoluta demanda de fuerza impuesta al cuerpo, eran levadura que iba hinchando sus enconos y abotagando sus decepciones. Sólo con desprecio podía pensar en el abatimiento del Rey Clarence, presuroso en su huida al exilio, navegando a todo viento de Bluefields a Kingston, acompañado de su abatido séquito, que ahora pasaba

los días rondando *Kings House* con tal de recibir una palabra amable del Gobernador de Jamaica; sólo con lástima podía recordar a los consejeros y a los magistrados y a las damas que en misteriosos envoltorios llevaban a casas de empeño sus últimas crinolinas y faldas de raso; sólo con furioso desdén podía representarse a las hordas de nicaragüenses que a punta de fusil y bayoneta los habían acorralado en el palacio del rey para que reunidos en convención, ellos, los más orgullosos de la nación miskita, decretaran su propia muerte, declarándose parásitos, revoltosos, ladrones, adoradores fervientes de quienes los estaban clavando a la abyección.

Con cada palada exacta para trazar un arco de diez libras de carbón desde el montículo a la puerta de carga de la caldera, arqueado el peso a través del aire hecho de oro y tiniebla ardientes, echaba al fuego alguno de aquellos gritones libertadores de caite. Sólo conmiseración ampollada se le venía al alma siempre a punto de diluirse en correntadas de sudor, cuando dueño de la pala aterradora podía permitirse rememorar las tristes peticiones del depuesto Rey Clarence a la Oficina Colonial de Londres, trasmitiendo no lo que él podía y debía haber demandado, sino trasmitiendo lo que los ciudadanos miskitos le pedían que pidiera. Ni siquiera había tenido el valor de acreditarlo, a él, Mistalín Cústober, como su delegado personal ante el *Foreign Office*, ante el mismo Marqués de Salisbury, y había salido del paso dándole una ñoña carta que refrendaba sus peticiones, nada más. Al fuego el Rey Clarence, al fuego su poquedad y la de todos los menguados que se asustaban ante los desafueros de una soldadesca tan brutalmente cerrada que ni siquiera sabía que ella también era india y mulata, no española, sino india, asimilada, pero de todos modos india y mulata, india, india de otra parte. Sólo por injuriarlos ellos les llamaban *españoles*.

Volvió a los cuarteles de popa, hecho un trapo húmedo. Prevalecer como hombre, Mistalín, prevalecer, era su persistente confidencia. Debajo del trapo húmedo había un silencioso varillaje de obstinación, consolado por aquel viejo suspiro de la alta mar amontañándose debajo de la sarrosa caparazón del *Trewlany*.

De los hierros de popa colgaban las hamacas de la tripulación. Las mismas hamacas, el mismo mecimiento que él había conocido desde su primera flotación en las aguas maternas. Chinchorros tejidos de hilaza, la misma puntada y los mismos nudos y la misma idea de placer de nonato acurrucado en un vientre que anda; dulces dormideros indios con poder de nidos colgantes, indios, aunque todos aquellos bellacos tripulantes pensaran que el regazo de hilaza en que dormían era invención de algún diosecito rosado.

El conjunto de hamacas enfiladas se mecían en la penumbra según el peso y la naturaleza del cuerpo que soportaban. Las de los orientales, cantoneses o indostanos, parecían cunas acariciadas por una madrina invisible. Otras, de galeses o bretones, mantenían la asustada serenidad de una vaquilla que por primera vez recibe el peso de un toro. Las de los negros y mulatos garrudos de Barbados o de Gran Caimán bailaban, bailaban al son asordinado de las olas. Las de los irlandeses iban flotando entre un enorme bulto de carne y una soñada masa de palabras.

Una de aquellas corpulencias hablantes, con voz desigual, entre despierta y dormida, entre impersonal y alusiva, dijo en la penumbra que Dios al crear el mundo había meado dos veces, y al calor de la segunda meada habían nacido los fétidos trópicos. La voz maldijo a los armadores del *Trewlany* por no haberle abierto suficientes lumbreras, previendo que aquella chatarra navegaría más allá de los límites de la primera y fresquísima meada de Dios, que otros llamaban hemisferio norte.

Desde su hamaca, Mistalín volvió la mirada hacia un par de lumbreras. Sólo ahora veía las aberturas circulares como una pareja de lunas azules avanzando sobre el cielo. Sólo ellas, gemelas y pacíficas, le dieron calma para absorber la blasfemia que lo incluía en la segunda meada del creador.

Decidió ir a cubierta para asomarse al cielo entero, pero antes, sentado en su hamaca, dijo que había habido una tercera y ácida meada de Dios: la que cayó en la boca de los blasfemos. Se fue arrastrando el peso de haber blasfemado él mismo, educado en el rigor de los misioneros moravos, aunque después

lo hubieran desecducado con su particular forma de abandonarlo, de traicionar también ellos su proyecto de restauración del reino. Al pasar por cierta escalerilla, de las bodegas subió hasta su olfato una marejada de olores cruzados: de harina, de cordeles nuevos, de clavos galvanizados, de escopeta virgen, de azuela sin limar; los olores magníficos de todo lo que ya no había en Yulu, desde su uncimiento a la desgracia nicaragüense.

En la solitaria cubierta del barco respiró libremente un aire suyo; también suyo era el cielo limpio, partido por el arco de la Vía Láctea. Ahí brillaban las huellas de infinitas multitudes trajinantes, arrebatadas al correr y correr entre un luminoso polvo de huesos. ¿Hacia dónde corrían sobre sus muertos?

Tumbos lóbregos lo saludaron desde los confines. El mar y la indefinible sombra que acechaba en el fondo de toda inmensidad. Sobre el costado del barco pasaba un agua dúctil, Diosa Madre de otras aguas amadas: las aguas luminosas de Laguna Caratá, un gran depósito de fósforo que por las noches se hace chispas a la menor caricia. Todos los peces son cometas de larga cauda de fuego acuático. Desde el fondo fosfórico, mugen los peje-vaca. El viejo Silas, su mentor miskito, aconsejaba cerrar los oídos ante esos presagiosos mugidos que llegan de la profundidad.

Vio venir la silueta turbia de un hombre que avanzaba con una mano apoyada en la borda. En su andar no había ese vaivén que marca a la gente de mar. Era sin duda un excepcional pasajero invitado a viajar en un vapor carguero. Cuando el hombre estuvo cerca, distinguió su uniforme de misionero. Podía haber sido el reverendo Remke o Skinner o Weimberger: sus mentores moravos. El mismo traje negro, el alzacuello de celuloide, blanco el sombrero de pita, ligero, en beneficio de su trabajo evangelizador en los países creados con la segunda meada del Señor. Quién si no el reverendo Remke le había advertido que si se atrevía a emprender ese desatinado viaje, su descrédito llegaría antes que él a Londres. Cuando le preguntó quién sería su desacreditador, Remke había permanecido en alevoso silencio, tan tieso como su alzacuello.

Era otro cuello blanco el que ahora tenía a la par, a babor del *Trewlany*. De la solemne figura emanaba el mismo olor a talco y

Bay Rum que era parte inseparable del reverendo Remke; un implacable olor, como si aquella piel empacada en tela oscura fuera la de un ser del monte que desde lejos se anunciara con su almizcle. Era casi la misma voz de Remke la que llegaba montada en la brisa para decirle:

—Bendita sea la deslumbrante obra del Señor. ¿No es así, hijo?

Eso también lo conocía y prefirió quedarse con la mirada prendida a la cola de la Osa Mayor. Mientras el reverendo ensayaba distintos arranques de su prédica sobre la Creación, Mistalín recurrió a una ilusión que practicaba feliz en sus años de infancia: oír a las olas cantándole sus himnos favoritos. Dejó hablar al evangelizador de alta mar, sin oírlo ni verlo siquiera. Ante la impasibilidad del objeto de su misión, el reverendo pretendió aproximarse preguntándole si pertenecía al pueblo miskito, en su propio idioma: *¿Uplika nanni?* Mistalín lo miró por única vez y echó sobre el mar un salivazo redondo. Caminó hacia los cuarteles de popa, con la pesadumbre aligerada por la certeza de haber roto un nudo más en el camino hacia su propio gobierno.

Volvió a su hamaca para dormir y luego palear carbón y dormir, un turno tras otro, paleando y peleando por llegar completo a la otra orilla del océano y así vencer a los mánceres que habían apostado a que no llegaría al otro lado de esa inmensidad, a los que habían querido convertirlo en lodo obediente a sus pisadas.

Entre aquella ralea maloliente y malhablada de los cuarteles de popa, los blancos con una especie de tatuaje de polvo de carbón inyectado en las arrugas de la cara, los morenos con una especie de antifaz hecho de pecas negras, hubo un vagabundo blanco, un tal Pertinax Johnson, que se atrevió a acercársele y preguntar quién era. Le contó a grandes trazos lo que había sido el Reino Miskito y qué pretendía, asunto que al vagabundo londinense pareció no importarle, lo que no le impedía ver a Mistalín como personaje de fábula isabelina, le decía el mismo Pertinax, personaje novedoso aún para él que en el mundo había sido trapecista, actor, escritor de bocadillos teatrales, injertador de cítricos, rufián de burdel, marinero, cartomanciano.

Fue este Johnson, tataranieto de dramaturgo, según él mismo, quien condujo a Mistalín desde un muelle de la Isla de los Perros, en la ribera norte del Támesis, hasta la Fonda del Cisne, en la barriada de Deptford, en el este de Londres. La fonda estaba antecedida por una ruidosa taberna, donde Mistalín fue presentado ante la fondera como un aspirante a rey que venía a arreglar asuntos en la Oficina de Colonias. Enjugándose las manos en su delantal, la fondera apenas parpadeó frente a la extravagante severidad de una cara metálica que al otro lado del mostrador surgía entre un chaquetón azul, un desteñido quepis y el extraño globo ahulado que el indio sostenía sobre un hombro.

Ni tentaciones ni deslumbramientos metropolitanos desviaron a Mistalín de su propósito, no obstante el generoso desparpajo con que Pertinax Johnson había querido introducirlo a lo que él llamaba *la gran vida*. Le mostró la placa de mármol que en una pared de la Taberna del Cisne conmemoraba un asesinato. En letra dórica se leía: "Aquí fue muerto de una puñalada en un ojo el grande Christopher Marlowe, el 27 de mayo de 1593". Banal le pareció que se exaltara el sitio de algún tumulto tabernario, fuera quien fuera el muerto. Lo invitó a una clandestina pelea de mujeres. El encuentro, concertado hasta que una de ellas quedara inmóvil, tuvo lugar en el patio encordado de un oscuro edificio en las entrañas de Deptford: un abandonado monasterio de la calle Clyde. La pareja de mujeres, en corpiños y fustanes, de largo pelo suelto, se cachetearon, se mordieron, se tiraron de la pelambrera, se arrastraron, magulladas y sangrantes, mientras los hombres aullaban tras las balaustradas del claustro iluminado con teas numerosas. Le pareció a Mistalín que eran más entretenidas y menos salvajes las peleas de caimanes que se organizaban en Yulu. Con particular dignidad fue invitado también a las gayolas del Teatro Drury Lane, allá al otro lado del puente Waterloo, para ver una comedia en que un embaucador gordo y gotoso se las ingeniaba para embaucar a otros embaucadores que querían ser sus herederos. En realidad era poco o nada lo que a él podían contarle sobre timadores, pero durante toda la comedia en cinco actos, con cada eructo y cada viento del protagonista, que a

veces llamaban Volpone y a veces El Zorro, su amigo Pertinax agonizaba de risa, y repetía con cara enrojecida: "Sólo Ben Johnson".

Contra los desvelos mojados en la sidra que bebía mientras Pertinax tragaba incontables jarras de cerveza fuerte, tenía en el cuerpo un voluntarioso despertador que lo ponía de pie a las cinco de la mañana, hora de encaminarse al Mercado Bermondsey y ganar algunos chelines en la descarga de verduras. Había que administrar con rigor las guineas que sus partidarios le habían entregado en Yulu. Martes y jueves eran días de acudir a los escritorios del *Colonial Office* o el *Foreign Office* para inquirir por la respuesta a sus gestiones. Los almidonados ujieres y oficiales menores ya se habían acostumbrado a verlo aparecer cada semana: la cara querellante sostenida sobre un cuello limpio y una invariable corbata de lunares arenosos, el sombrero hongo en una mano y en la otra un cartapacio azul repleto de cartas personales, peticiones colectivas, mapas, copias de tratados en los que, en letra y espíritu, figuraba el reino ya fuera como reserva miskita o como protectorado británico, con límites precisos del territorio ocupado ahora por un sañudo enemigo que les imponía el humillante servicio militar de vencidos; les exigía pasaportes para permitirles pescar o recolectar hule;les confiscaba sus antiguas huertas.

La exposición de tanta queja alojada en los papeles que hinchaban su cartapacio no tenían más que un fin y una razón: la libertad y la paz de los miskitos, que sólo volverían al restaurarse el Reino Miskito, con Mistalín Cústober como rey ungido por voluntad de Eduardo VII de Inglaterra. Esa era su propuesta concreta.

El otoño principiaba a entoldar de gris el cielo de Londres cuando en un escritorio del *Foreign Office* le entregaron un sobre. Contenía copia de una carta de diez líneas en que el Marqués de Salisbury, Primer Ministro del Imperio Británico, devolvía el expediente de peticiones miskitas a un funcionario del *Colonial Office* para que éste a su vez lo remitiera al vicecónsul británico en Bluefields, con la solicitud de que indagara sobre la veracidad de tanta queja, guardando la discreción necesaria para que nadie se enterara de tales indagaciones. Mistalín leyó con entereza el supuesto desahucio.

En los tráfagos de la esperanza, inmerso en ellos y con deseos de permanecer ahí, se había vuelto lector de la *Pall Mall Gazette*, poseído por el sosegado delirio que mueve a los obstinados, a los apostadores, que también andan husmeándole sigilosos las espaldas al momento futuro, y él apostaba cada día a que vería publicado un edicto, un nombramiento, un ascenso que le diera nueva clave para su sueño. Esta vez, antes de abordar el tren en la estación de Westminster, de nuevo compró el pequeño periódico. Instalado en un vagón de cola, leyó que en la bahía de Gillingham habría en esa fecha una revista naval con la presencia del yate real *Spithead*, porque así quería celebrar Eduardo VII el nombramiento de un nuevo Almirante. Decidió ir a entretenerse con el espectáculo.

En su camino hacia el mar, bajo la admitida curiosidad por verles las trompas a las naves de guerra iba soterrada la fantasía de que en su destino podía estar inscrito un encuentro casual con aquel rey marino. Lo que no está inscrito en parte alguna del cielo o de la tierra para nadie, es la exención de la fantasía, no importa para ello nuestra habilidad de darle otros nombres. Mal acomodado en un asiento de madera, Mistalín se bamboleaba al ritmo del tren en marcha, con la vista muy puesta en los párrafos de la gaceta pero elaborando en su trasfondo lo que diría en ese encuentro casual.

Los terraplenes del puerto de Gillingham bullían de gente arremolinada entre puestos de feria instantánea y la expectación por la entrada de la nave insignia y su séquito de corbetas, cruceros, fragatas, acorazados. La humedad de la atmósfera y una ligera bruma amenazaban con que bajara la niebla. Sonó un cañonazo de salva y la muchedumbre corrió hacia el borde de los terraplenes; del espeso rumor surgió un multitudinario suspiro al aparecer el yate real, adornado con banderolas. Sobre el puente de mando del *Spithead*, un palio rojo cubría a Eduardo VII; en uniforme de Capitán de Corbeta lucía su gallardía y la gente clamaba que Dios guardara al Rey. Más que la rolliza persona real, ligeramente difuminada en la bruma, Mistalín Cústober contemplaba la nítida formación de la escuadra, y se le agitaba la respiración pensando que una sola de esas naves, la más pequeña de ellas, bastaría para aplacar la saña de las tribus nicaragüenses, para librar a los miskitos de la subyugación al restaurar el reino; la más pequeña bastaría, así

como para la desgracia había bastado la presencia de dos cruceros surtos en el antepuerto de Bluefields. Sus capitanes y no otros habían decidido la suerte de la Reserva; habían negociado su existencia con dos baterías de fondo: una bajo bandera británica y otra bajo bandera de los Estados Unidos.

En la bahía de Gillingham la escuadra pasó haciendo gala de velocidad; desapareció más pronto de lo que requería la intensa contemplación de Mistalín, quien se adelantó hasta el borde del terraplén. Desde ahí era más ancho el vacío que habían dejado las naves, más tronante la quebrazón de la esperanza, pero también más claro el trazo de sus días futuros.

Tras él volvió a escuchar el bullicio de la gente que se retiraba entre vendedores de garapiñados, malabaristas que jugaban con fuego, acróbatas exhibiéndose sobre altísimos biciclos, bandas desplazadas de algún *music hall*. Al internarse en la efímera feria se encontró un hombre vestido de chaqué, sombrero de copa, guantes blancos que movía con gracia sobre un mesa cubierta de extraños instrumentos. Cumplía sus manipulaciones y llamaba a su clientela con la autoridad de un obispo en su púlpito y con voz de artista en su plenitud:

—Pidan su hora, señoras y señores. Greenwich rige al mundo. Los latidos del planeta se miden por longitudes astronómicas y su patrón yace en esta Isla de Dios. Mis instrumentos de ciencia, legado de mi padre, que en paz descanse, pueden revelarle con absoluta precisión, qué hora es en cualquier punto de imperio o fuera de él. Dígame el nombre y por sólo seis peniques yo le diré la hora, le diré si su pariente duerme, civiliza o se regocija en Durban, en Calcuta, en Port-Said, en Shangai o Jamaica; cualquier punto del universo. Greenwich rige al mundo y yo soy su profeta. Pidan su hora. Pidan su hora.

Alguien pidió la hora de Tananarive y le fue revelada; otros pidieron con mal disimulada ansiedad la hora de Kampala, de Moradabad, de Castries, y fueron correspondidos con exactitud de horas, minutos y segundos. Mistalín Cústober se adelantó a la mesa con sus seis peniques en mano y pidió la hora de Yulu. Hubo un desconcertado instante de silencio y luego la pregunta socarrona del astrónomo de guantes blancos:

—¿Qué es eso, mi estimado señor?

El astrónomo recogió los seis peniques, entre un rumor que todavía no era risa ni reproche, y preguntó de nuevo, sus blanquísimas manos danzando sobre los instrumentos:

—¿De qué latitud hablamos? Ah, sí, sí, diez grados al este de Bandung, cuatro grados al oeste de ...

Mistalín se retiró, seguro de haber pagado por destapar la ignorancia del astrónomo, aunque no pudo descifrar la intención de la risa que dejaba regada a su espalda.

La niebla había venido descendiendo. Cuando el tren arrancó de la estación de Gillingham, ya las casas y los pocos transeúntes y los árboles dorados eran borrones de color, semejantes a ciertos cuadros hechos con tiza que Pertinax Johnson le había mostrado en la Tate Gallery. Avanzaba el tren y se iba hundiendo en un mundo sin señales, sin esquinas, sin horizonte. Conocía huracanes; tormentas saturadas de rayos; conocía la hondura de la noche y la oscura sacralidad del monte y sus bestias; conocía los laberintos mineros y la piedra ubicua de las ciudades, pero no esta sorda profundidad de nada, donde todo retrocedía a una era terrible.

Abrazado a su cartapacio azul, veía la niebla lamer el vidrio de las ventanillas del vagón; trataba de acertar por el oído en qué lugar del mundo estaba, que era tanto como saber a qué estación ferroviaria había llegado. Era un hombre por primera vez jugado en los azares del extravío. Bajó del tren con temblor de desamparado, tan confundido que antes de llegar a la estación de Deptford había descendido en la del Parque Greenwich. Desembocó en un antiespacio cuajado de hilaza blanca que se deshacía al tocar su cuerpo frío; daba igual avanzar o retroceder entre aquellos colgajos aturdidores, porque nada en ellos era discernible ni asible.

Vagó por tiempo inconmensurable en aquella suspensión, convencido de que el infierno era un bosque sepultado en la niebla. Buscaba la salida con todo su ser puesto en el empeño de no confundir lo de abajo con lo de arriba, obstinado con que al salir volvería a Yulu sin distracción alguna, para imponerse él mismo corona de rey, para ser él mismo gran sacerdote y general de sus ejércitos, aunque eso significara morir ultrajado y empalado a manos de las tribus nicaragüenses.

Cinco yardas de bandoleros

A Lutz Kliche

Allá a lo lejos dormían unos volcanes azulosos. El bimotor hizo un último giro para enfilarse hacia el campo de aterrizaje. Los tejados de la ciudad enseñaron sus edades, desde el barro recién horneado hasta el que lobregueaba de envejecimiento. En la costa del lago ribeteada de olas menudas, vieron mujeres lavando ropa sobre piedras amontonadas, muchachos bañando caballos, un muelle curvo con tres lanchas de velas parchadas.

-Me pregunto dónde estarán nuestros cincuenta mil dólares- dijo Rossich, entre la desconfianza y la prisa. Hoke y Craig se miraron de un asiento a otro, decididos a no contestar. Era la tercera vez que Rossich hacía la misma pregunta, desde que habían entrado sobre aquella ondulación de montañas apretadas, verde cerrado, con manchones de neblina en algunas cumbres. Alzando la voz para hacerse oír, el copiloto les había dicho que era Nicaragua, tierra de bandoleros. Aunque con distintas palabras, era el mismo recelo el que volvía a salírsele por la boca mascadora al camarógrafo, bien sujeto a su asiento por el cinturón de seguridad, pero sintiéndose todavía lejos, demasiado lejos de su tercera parte del premio. Hasta que el avión apagó los motores, Hoke le dio una palmada en la espalda, le habló con su tranquila voz de mando que nunca había perdido la calidad de promesa jurada.

-Te dije que llegaríamos y aquí estamos. Allá afuera está el premio esperándonos, así que toma tu cámara y vamos por él. ¿OK?

Afuera lo que vio Rossich fue una caseta de madera con techo de dos aguas. En el vértice del techo se levantaban las siglas de PanAmerican Airways, las letrotas vaciadas en aluminio, respaldadas por la insignia de la compañía. Rodeaba la caseta un rústico jardín de jazmines e hibiscos y todavía más acá, triunfaban dos astas con las banderas de Estados Unidos y de Nicaragua. Enmedio de todo, sobre la exigua puerta, el letrero que anunciaba a Managua.

Craig, con las piernas cargadas por el pesado estuche de lámparas dotadas de su propia batería, tuvo mejor humor para

complacerse ante los rastrojos de milpas desecadas bajo el sol. Cuando entraron a las calles terrosas, supo lo que eran las carretas de bueyes pacientísimos, apenas arrugando el cuero de las ancas bajo el castigo del chuzo, y los coches de caballos que pasaban dejándoles polvazales apresados entre tapias y paredes de adobe. Pero había que elegir entre la sofocación por el polvo o la sofocación por los residuos de un aire ardiente que atizaba el automóvil si cerraban las ventanillas.

-¿Crees que podremos pasar por todo esto, Hoke?

-Esto y más, Rossich. -Le vio el sudor recogido en el polvo que habían recogido sus pestañas. -Sonríe. También hay calles pavimentadas.

"En este pueblo los lunes parecen sábados" pensó Craig al ver el alboroto de gente cargada de compras que entraba y salía de los mercados y las tiendas. Los carteles de un cine anunciaban *Beau Geste*. Ronald Coleman en uniforme de legionario apuntaba a los transeúntes a bayoneta calada. Codeó a Hoke enseñándole un escaparate en el que había mujeres de cartón vestidas con trajes de baño ya sin mangas, de generoso escote, bien recortados por abajo. Condescendiente, Hoke celebró el detalle de ciudad muy a la moda de 1931, pero agregó:

-Deja esas cosas para después. Ahora nuestro negocio es otro. También las encontrarás en California.

Craig volvió a recibir en la mente el quemante aliento de dragonera que salía de quién sabe qué rumbo de este mundo. Se consoló pensando en su tercera parte, en todo lo que podría regalarse a su regreso, de Clayton D. Craig para Clayton D. Craig.

-Aquí está la verdadera cosa- les dijo Hoke, destilando guasa al señalarles con indolente movimiento de cabeza un edificio de dos pisos, elaborada balconería y mansardas de lámina troquelada en alguna fundidora de Francia.

-La casa de los poderes, supongo- comentó Craig. Más que el edificio, vio un grupo de hombres sentados en el borde de piedra de una esquina del palacio, explorando las caras en busca de algún rasgo de bandolero.

Rossich respiró mejor en el hotel Lupone, donde el aire al menos era removido por ventiladores de grandes aspas insta-

lados en el cielo raso. Llenaban el hotel de un leve zumbido que se hizo más audible en el cuarto que ocuparon los tres.

Bañado y con ropa fresca, en un bolsillo la carta del Coronel Schill para el General Fuller, Hoke obtuvo del administrador las señas para llegar al despacho del Comandante del Cuerpo de Infantería de Marina. Tomó un coche que lo llevara al Campo de Marte. El golpe de los cascos se apagaba en la temperatura del pavimento. Una y otra vez, mientras subía la avenida, sacó la cabeza para asomarse hacia arriba y asimilar el tendido de innumerables alambres, mamarrachoso, amenazante, sostenido en palos altos, nudosos, con una incomprensible cantidad de crucetas. En cada esquina se paseaba un *marine* enrojecido, con altas polainas de lona y el rifle al hombro.

En el portón del Campo de Marte fue informado de que el General Fuller tal vez volvería el día siguiente. No era así el asunto. Traía correspondencia confidencial y urgente del Coronel Schill. ¿Quién era el Coronel Schill? Eso tampoco estaba a discusión, y responsabilizaría de cualquier tardanza al oficial del día. Éste leyó un gesto resuelto en la cara inmóvil de Hoke, y terminó diciéndole que tal vez lo encontraría en el Club Internacional, bajando por la otra avenida.

Sus pasos resonaron en el piso. Detenido en la puerta, pasó la mirada por todo el salón de madera. Espejos de cuerpo entero reflejaban los grupos de extranjeros. Algo familiar le llegaba en el rumor de voces, recogido entre las ventanas provistas de cedazos, de toldos verdes que las separaban del sol. Hacia el fondo vio dos figuras militares mansamente sentadas frente a una de las mesas redondas. Se distinguían del resto por los cordones dorados que les colgaban de un hombro. Con un billete en la mano se acercó al primer mesero que tuvo delante para inquirir cuál de los dos era Fuller.

-El más calvo-, le dijeron, y fue con la carta lista en una mano.

-Del Coronel Schill para usted, General Fuller.

-Número equivocado. El General Fuller es él -dijo el militar señalando al que tenía enfrente. Los dos vieron a Hoke, remarcada la tiesura de sus espaldas, mientras el intruso recuperaba el aplomo perdido por un instante. Fuller tomó la carta y leyó sin parpadear.

-Siéntate, hijo. ¿Cómo está el viejo Schill?- Antes de que Hoke pudiera crear un puente amistoso a propósito de Schill, el General agregó: -¿En qué puedo ayudarte?- Hoke reconoció que el hombre no era difícil y sacó de cuajo su solicitud.

-Quiero cinco yardas de bandoleros. Sólo cinco yardas.

Fuller tomó un lento sorbo de su jaibol. El General Mathews se limitó a reacomodar los brazos en el sillón.

-Otra vez, hijo. No entendí bien.

Entonces Hoke tomó aliento para explicarse, la voz gruesa y la cara húmeda en torno a la boca afanada. La Twentieth Century ofrecía un premio de cincuenta mil dólares a quien le entregara por lo menos cinco yardas de película con los hombres de Sandino en acción. Él había formado un equipo de tres cinematografistas para hacer el trabajo. Todo mundo sabía que los hombres de Sandino merodeaban en las montañas del norte, y sólo necesitaba el permiso de la primera autoridad para garantizar el viaje hacia territorio sandinista. Su tío el Coronel Schill...

-Schill está más descerebrado de lo que yo suponía -dijo Fuller, interrumpiendo con la mayor calma posible. Ahora era el General Mathews quien sorbía a pausas su wisky con soda, y trataba de mirar en cualquier otra dirección que no fuera la de este timador que les había caído como parido por el bochorno que vaporeaba allá afuera. -Ya había oído por ahí ese cuento.

Se estaba dirigiendo a Mathews: -¿Lo habías oído?

-Sí. Creí que era una estúpida broma de vagabundos.

Si Mathews no podía ocultar el fastidio, aun sin que a su uniforme le brotara una sola arruga, Fuller improvisaba cierta lástima para el extraño recomendado.

-Hay muchas maneras de perder la cabeza, y algunas vienen a ser tu último dolor. ¿No has pensado en otra manera de ganarte la vida?

-Hacer cine es una manera decente. ¿Qué hay de malo en querer acercarse a Sandino y su gente? Después de todo son parte de este país. Verlos, filmarlos y olvidarlos, eso es lo que voy a hacer. A eso vine, General, puede estar seguro de que no vine a tomar partido.

-También hay muchas maneras de tomar partido. -Fuller sonreía en su entrañable gozo de la ambigüedad. Mathews salió

de su aparente distancia para traer a la mesa un rasposo tono de advertencia.

-No lo hagas, muchacho. Tal vez no conozcas la ley Logan. Estás demasiado joven. Esa ley prohibe a todo ciudadano americano llevar mensajes o asesorar a ningún gobierno o persona extranjera con quien nuestro Gobierno tenga cualquier clase de desacuerdo. Sabrás que con Sandino tenemos algo más que un desacuerdo.

-Me importan un rábano las asesorías y los mensajes.

-¿Y qué otra cosa son cinco yardas de imagen? ¿No sería un flagrante mensaje? ¿Ah? -repetía Mathews- ¿Ah? -seguro de haber aplicado en la mesa todo el valor táctico de la sorpresa.

Hoke cerró lentamente la boca, pensando con sudor y prisa, veloz para variar de rumbo, imaginando los senderos nicaragüenses que le esperaban, los atajos polvosos que con Rossich y Craig tendría que recorrer a oscuras para encontrar a los sandinistas, a la sustancia de su premio.

El General Fuller se relamió en la conciliación, apacible ante el triunfo de salón de Mathews, generoso hacia Hoke.

-Olvídalo, hijo. Tu premio sería un mal negocio. Piensa que tu película puede tener mejores usos.

-¿Cómo cuál?

-Estamos preparando un ejército nativo, un verdadero ejército. Es un buen trabajo. Mañana precisamente tendremos un espléndido ejercicio digno de tu cámara. Úsalo y sé feliz.

Iba muy lejos la inspiración de Hoke por los caminos de su escape, imaginado bajo la lluvia, en la lodosa pesadumbre de la noche, bajo el sol y los árboles, bajo la niebla, con bandera blanca y la cámara como abultada identificación ante los bandoleros. Se les iba, aun estando inmóvil en el asiento donde el par de generales creía tenerlo atrapado. Les concedió su palabreada victoria: -Tiene la razón, General.

-Bien, hijo. Búscame mañana a las diez y treinta para informarte.

Con valentía y un sombrero atirantado bajo el sol, se fue ideando el hilo que tendría que tramar. Tres eran las condiciones previsibles: seguir caminos fuera de orden; salir clandestinamente, y -¡San Prodigio!- encontrar en aquel pueblo que se

tostaba, el puntual contacto que le diera la bendición de llegar al hotel nada más para decirle a los otros: empaquen y vámonos.

Caminando por la vía férrea dio con el corredor de una cervecería donde los clientes alborotaban ante los desespumados vasos de cerveza. Se sentó cerca de un hombre escurrido, de corbatín y sombrero de paja, distanciado del alboroto de sus amigos. El hombre sorbía su cerveza, miraba hacia unas mesas de lámina esmaltada que humeaban al aire libre detrás de los rieles, o miraba más allá, hacia la playa desnuda, al agua asentada del lago reverberante, o hasta las montañas que apenas eran un soplo gris al otro lado de la luz.

Hoke principió por sonreírle. Después se abanicó con el sombrero, quejándose del calor. Ah, sí, Semanasanta. ¿Semanasanta? El hombre giró los hombros para hablarle con paciencia, entendiéndose con el extranjero. Le dijo que por eso todo mundo, hombres, mujeres, niños, viejos, al mar, al mar, y pasaba rápidamente una palma de la mano sobre la otra, despachando a la gente. Preguntó si en la otra orilla borrosa del lago había playas. Sí, sí, San Francisco del Carnicero, también playas. Y cómo se llamaban aquellas montañas. Esas están en Matagalpa. Muy lejos. Hoke se le acercó al oído, poniendo a prueba cuánto había avanzado. Preguntó en un susurro: ¿Sandino? El hombre le retiró los hombros, ladeó la cabeza para decirle que no le entendía nada, nada, nada, y se alió al alboroto de sus amigos.

Era otra la clave y seguiría tanteando.

Se fue por la vía férrea. Llegó al muelle casi vacío, en poder del bullicio de unos niños. Desde la borda de una lancha, la pandilla se tiraba y zambullía tras un pedazo de lata. Se hizo entender para colocar a los niños en fila. Él iba a tirar al agua una moneda que sería del más rápido buzo. ¿Conocían al dueño de la lancha? Con los cuerpos mojados y la risa fácil, lo llevaron hasta la casucha del pescador. Cuánto quería por un viaje hasta la otra orilla del lago, de noche, para evitar el calor. No, no. Semanasanta. Donde quisiera, pero después de los repiques del Sábado de Gloria.

Alquiló un coche por tiempo indefinido. Era turista. El cochero no permitió confianzas. Hacía su trabajo. Le anocheció

ambulando en busca de posibles pistas para descubrir a un baquiano que los llevara al norte por caminos secretos. Hizo intentos, aproximaciones, en una sorbetería, en una cantina, en un burdel, en un parque rodeado de verjas y con flores iluminadas por lo rojo del cielo que no quería apagarse. En una calle angosta, el coche tuvo que detenerse para dejarle el paso a una procesión de gente que cantaba, con candelas en las manos, detrás de una imagen de túnica morada, bamboleante, triste en su viaje sobre una mancha de luces, contra el cielo nocturno ocupado por resplandores de lava.

En el hotel, después de comer, Rossich se había quedado hundido hasta el cuello en una bañera, el cuerpo quieto, defendido del aire dentro del refrescante volumen de agua, la mirada fija en el rosetón del cielo raso, alimentando de incomodidad sus temores. Craig había salido del cuarto en busca de otra cerveza, y en el bar no sólo la encontró helada sino que pudo escoger entre cerveza Schlitz, Pabst o Milwaukee. Su boca de sediento hizo una novedad de cada trago. Bebió y oyó repetidas alusiones a Se-ma-na-san-ta. La misión en que andaban no permitía mucha plática. Discreción, Craig. Discreción. De regreso en el cuarto, se rió del renacuajo rosado, panzarriba, sumergido y resoplante. Desde su refugio de agua, desde el baño, Rossich le preguntó qué pensaba de Hoke. Pensaba que era un buen muchacho, sólo que un poco obstinado. Preguntó cómo se imaginaba a los bandoleros. Los imaginaba como un viejo machete ennegrecido por todo lo que su implacable filo había cortado...o tal vez como pieles rojas sin plumas, agregó, apoyado en un guiño con el que quería renunciar a estos inútiles esfuerzos. Porque no importaba todo lo que ellos pudieran imaginar, sino verlos y filmarlos con todo y las más pequeñas semillas que el viento hubiera sembrado en la tierra de sus oscuros pescuezos.

Era tarde cuando reapareció Hoke, agotado pero con el más convincente gesto de vencedor atornillado a la cara. Rossich estaba desnudo, probando la cuerda de la cámara. Craig leía una novela de misterio. Les dijo que el General Fuller andaba lejos de Managua, en alguna clase de campaña contra los bandoleros, pero que nada les impediría sacar de Nicaragua sus

quince pies de película, con o sin ayuda de las autoridades americanas. Él lo arreglaría todo. Rossich hizo a un lado la cámara y puso de pie su desnudez, con un ligero temblor abdominal.

-Un momento, Hoke. Mi cabeza está muy bien aquí donde la tengo. No pienso ir a ninguna parte sin la garantía a que tengo derecho.

-¿Garantía? ¿Qué crees que es esto? ¿Una excursión de boys scouts? El premio es de cincuenta mil dólares porque no hay general, ni almirante, ni gobernador que pueda llevarnos al lugar y decir: oigan bandoleros, aquí están estos muchachos que quieren retratarlos. Es una cosa de hombre a hombre. ¿Eso te encoge?

-Dijiste que traías una carta.

Fiel a su reposo, Craig intervino desde la cama:

-No dejen que el calor los mate antes de tiempo.

Los otros dos retrocedieron, arrastrando las voces desinfladas, y Hoke optó por apaciguar la turbación del camarógrafo, asegurándole que nunca había dicho que no tendrían el permiso, sino que irían con o sin él. Para eso estaba en contacto con la Infantería de Marina. Más todavía: para abrir puertas, se había comprometido con otro jefe de los marinos que al día siguiente irían a filmar unas cruciales prácticas de guerra.

Rossich amaneció alcanzado por los efectos de una pesadilla en la que hubo retumbos, una especie de truenos en las que iban suspendidas todas las cosas del mundo, lo que sólo mereció una perezosa explicación de Craig: nada que reanimara al que estaban deprimiendo hasta los toques de campana regados por aire desde varias iglesias.

Sobre las sábanas revueltas, el capitán del grupo maquinaba a ojos cerrados cómo encontrar la escapada en una ciudad donde todo podía resonar en los oídos de sus prohibidores. No tenía más que acudir a la cita que le había dado el General Fuller, y filmar quién sabe qué insulso simulacro. Ellos también como cinematografistas, podían hacer el simulacro de que estaban filmando, sin rodar un solo pie de película. Aun así, hacerse ver ahí con cámara y lámparas, bien podría servirles de cortina para tapar la huida hacia las montañas donde estaba el premio. En el

mejor de los casos, quizá el mismo Fuller, ante una petición reformulada, accedería a trasladarlos hasta el puesto más avanzado de la Infantería de Marina.

Había algo más -siguió recordando Rossich- en los residuos de la pesadilla: cantos de gallos que no eran las clarinadas altaneras del amanecer de cualquier gallinero, sino cantos de noche, lúgubres, como una apagada aflicción de niños roncos abandonados a la intemperie. Y detrás de los gallos había otro animal, -un pájaro, creía él- que chillaba con tanta prisa que se ahogaba en su canto. Mientras iba al baño, Craig le añadió a la pesadilla algazaras de perros y gatos. Rossich se incorporó de golpe en la cama. ¿Cómo lo sabía? Elemental: este planeta está plagado de perros y gatos que prefieren la noche para soltar su remordimiento de ser perros y gatos. Lo que dejó de decir Rossich fue que no solamente los había soñado: seguía oyendo cruces de aullidos colados por el adobe.

Hoke se levantó palmeando, alentando a su grupo a entrar en acción de una vez ese único 31 de marzo de 1931 en que estaban parados. Todo mundo con su equipo y afuera a las 10:10, sin un minuto de retraso, para estar puntuales en la exhibición de los discípulos nativos de los *marines*, un tributo de paso que había que pagar. Arriba, Rossich, los malos sueños a veces son los mejores.

Poco después de lo previsto salieron al calor bruto, subieron a un coche. Hoke callaba, llevando en el rabo de la mente a Sandino y sus hombres, montaña arriba, montaña abajo, una imagen inusitada, acérrima en su humildad, puramente nueva para el ojo del cine, y -ah certeza- con el precio puesto por la Twentieth Century.

Rossich sintió lastimado el olfato por algo picante que salía del piso del coche, o del pavimento. Craig lo explicó como los humos de una fábrica de ácido sulfúrico, pero por ningún lado vieron las supuestas chimeneas. No, según Rossich era algo que iban exprimiendo los cascos de los caballos con cada golpe de herradura. Y en esa fracción de nada que separa un instante de otro, se partió el eje de la tierra, el hedor se hizo trueno profundo, las paredes zozobraron, una ola negra pasó por las raíces de todo, arrancando, volteando, moliendo. Los caballos cayeron con las patas quebradas por el pavor. El coche arrojó al suelo

mecido lo que traía dentro. La calle, la ciudad fue un espeso manto amarillo lleno de toses y voces enterradas en aquella elevación de polvo caliente, asfixiante, que era Managua en los momentos siguientes a su destrucción.

Caído, Hoke se estiró para tocar unos zapatos, gritando: ¿Estás ahí, Rossich? El otro contestó con migajas de voz. A gatas se acercó a otro bulto empolvado. -¿Estás ahí, Craig? -¡Dónde más, maldita sea!- lo oyó decir con apretada respiración. Arrodillado, Hoke entrevió los escombros que los rodeaban, oyó los gemidos y lamentos que se tejían con los ripios de la ciudad, y supo con alegría bestial, estremecido de pronto por la revelación, que era polvo de oro el que estaban respirando.

-Levanten el culo. Busquen su equipo. Ahí está el premio esperándonos, imbéciles. Vamos por él.

Lo demás fue empujar a Rossich, gritarle, jalarlo de un lado a otro para que ningún horror se le escapara a la cámara:

La gente con la conciencia despedazada, eriza de harapos polvosos, los ojos tan enormes como inservibles, huyendo al trote hacia ninguna parte, como arrastrada por el fuerte viento que soplaba sin dirección estable.

Una pareja de caballos desbocados, corriendo entre piedras, palos, alambres, tejas, adobes triturados, y en vez de coche lo que los perseguía era una grandísima llama sobre ruedas.

El hombre embadurnado de una pasta roja, sangre y polvo, la boca abierta, los brazos y las piernas repitiendo un recuerdo de lo que era correr, y sin moverse del mismo montón de tejas que estaba pisando.

-¡Alúmbrate esto, Craig!

Una familia sepultada hasta el cuello, los cuerpos apresados en una masa de pedazos, menos las cabezas vivas, infladas de terror.

-¡Aquí Rossich, pronto!

La mujer rascando escombros con las manos y llamando para que el hijo le contestara desde abajo, rascando con furia y grito para encontrar al fin un brazo solitario y llevárselo como si cargara el cadáver íntegro del hijo.

-¡Quién necesita lámparas! ¡Perfecta luz!- gritó Rossich al llegar al mercado en llamas, libre de todos sus miedos, agarrado a su cámara, el dedo firme en el disparador.

El fuego avanzaba veloz, adelante del viento, apagando cúmulos de ayes y súplicas. En el portón, un hombre prensado bajo las piedras del arco desprendido, sobre el camino del fuego, pedía el favor de un balazo. Un *marine* se detuvo, acercó el cañón del rifle a la cara suplicante, le dio la muerte, sin aplacar aún la rabia que le mordía muy adentro.

-Alguien le puso fuego a nuestra legación. Pasó nítida el terremoto. Ahora se está quemando- le dijo el *marine* a la troica de cinematografistas, armonizada en la calentura del trabajo, sudando su inocultable felicidad, hartándose de imágenes irrepetibles, rollo tras rollo, excitados por la gloria de asomarse un momento al infierno.

En su viaje a la legación fueron recogiendo más todavía: bueyes patas arriba, con ruinas reflejadas en los ojos abiertos; el salto mortal de un perro fulminado por un disparo; una cascadita de sangre bajando de un segundo piso; una legión de enfermos corriendo al garete en camisones cargados de tierra, descalzos, los pómulos como cuernos empujándoles el pellejo; más y más muerte y aflicción y muerte y aflicción.

Frente a la legación que ardía filmaron a los *marines* en inútiles tareas de bomberos, al General Fuller rodeado de mayores y capitanes agitados, la cara blanda del General, la sonrisa pálida con que decía: "No han visto nada todavía. Les regalo un verdadero incendio. Todo lo que queda de este maldito pueblo será una sola llama".

Primera vez - última vez

Todos dormían, con la mochila como almohada y las armas enfriándoles las costillas. Muy juntos, echados sobre la tierra mal suavizada con hojas, en su sueño intercambiaban alientos y ronquidos. Sólo Matías rodaba de uno a otro costado, se balanceaba entre el desvelo y el amago de cierto estallido en el cuerpo.

Había cabeceado en su puesto de centinela durante las primeras horas de la noche. Antes de que el jefe de la escuadra llegara con su relevo, creyó que en cuanto pudiera acostarse se sumergiría en un sueño completo, sin nada que le empañara el cansancio.

Cuando rodeó el grupo de bultos botados en la oscuridad y pudo elegir su pedazo de orilla, acomodar la cabeza sobre la mochila y ponerle el seguro a su rifle, se le vino encima la noche entera. Le coartaba el sueño una extraña alerta que no figuraba en su entrenamiento de montaña: se percató de que en el combate del próximo amanecer podría dejar de tener recuerdos.

Despierto a pesar de su urgencia de verdadero reposo, peor todavía, despierto y fuera de toda regla de combatiente, adivinaba la pululante vida nocturna que a esa hora andaba encaramada en los árboles. Desde su dudoso privilegio de insomne atestiguaba la fragilidad de los que dormían bajo la neblina.

Ni su entumecimiento ni su ambición al descanso eran suficientes para ahuyentar ciertas visiones que se le acercaban con sigilo: el tamaño del silencio, los gestos inconfundibles que marcaban la vigilia de cada uno de los compañeros dormidos, los acentos de sus nombres de guerra. Con qué caras despertarían al primer disparo de un ataque imprevisto. Con qué sueños se estarían consolando detrás de aquella masa de respiraciones promiscuas. Distinguió la cabeza apacible de Magda, sus recortados pelos de mujer sobre los chipotes de la mochila, su cuerpo igualado al resto de bultos. Un pequeño cuerpo atiborrado de fiereza y desparpajo. Se recordó a sí mismo con el

susto amparado en una vil sonrisa, y el revólver de Magda apuntándole al pecho. Había querido asaltarla en una de aquellas primeras noches del campo de entrenamiento, y lo que encontró fueron los ojos que ardían, el cañón corto frente a él, y la templada voz de mujer diciéndole casi en secreto: "A mí nadie me coge. Se lo doy a quien quiero y cuando quiero". Y ella se había vuelto a dormir, con la misma placidez que ahora dormía en una orilla del grupo, todos igualados por el rasero del agotamiento.

Bajo el toldo de neblina, Matías ni siquiera tenía el recurso de repetir la milenaria fantasía de vagar por las estrellas. Confinado a la tierra, vagó por el estrecho solar del desvelado, rehuyendo terrores y tropezando de nuevo con ellos. El sudor del angustiado insomne es la más inmunda secreción, porque a empujones lo lleva hacia lo más temible.

El terreno que no quería ni debía pisar era el de la contemplación de sí mismo ante el peligro supremo. De muchas maneras lo había prohibido Lázaro, con la autoritaria sonrisa que alegre se movía bajo unos tupidos bigotes. En su invariable tono de instructor político les había dicho: la más baja forma de la miseria es el egoísmo; pensar en uno mismo es venderse al enemigo por unos cuantos centavos de felicidad; la legítima alegría es la de entregarse sin reservas mezquinas; la vida propia es el único canto a la vida total; quien repudia lo injusto jamás cae en la enfermedad del hedonismo; el más alto escalón humano es el que ocupa el revolucionario, vivo o muerto.

Cuando alguno de ellos había preguntado qué era hedonismo, Lázaro pasó una veloz mirada sobre los arbustos anegados por la luz de la tarde, y ensanchó la sonrisa para decirles que era un mal que hacía del placer un falso valor; el placer de encerrarse en el cuerpo, dijo, y siguió extendiendo su sermón.

Los sedimentos de la instrucción adquirían un peso acrecentado en el insomnio de Matías. Entre colgaduras de noche se le aparecía la sonrisa de Lázaro, como prueba de que no era esa angustia maricona lo que se esperaba de él: combatiente. Quería resistir pero iba cediendo, empujado por la fuerza nocturna.

Rodeado de armas, armado él mismo y entrenado para matar, Matías entró a resbalones en la desolada región del

miedo a la muerte. Supo en plena soledad que mañana podía estar tieso, con dos o tres o un solo agujero baboso de sangre, pudriéndose como carne incomible, o con más suerte, subiendo al cielo en buches de zopilotes. Era un miedo que le crecía demasiado pronto para sus veinte años de edad, o muy tarde para echarse encima la deuda de una deserción de última hora.

Desde lejos penetraron el aire maullidos de alguna pareja de gatos de monte. En la cara de Magda entrevió un gesto de disgusto, una sombra en la sombra, y en los otros cuerpos el sueño siguió haciendo su trabajo. Cambiarse por cualquiera de ellos fue otra aspiración vacía.

Eran más fuertes, más hombres cumplidores de la teoría de los cojones como supremo depósito de lo humano. Sabían con absoluta certeza dónde tenían inscrito su derecho a la guerra. Sabían reírse de todo lo que la naturaleza había subordinado a sus cojones, reírse con expansividad de reyes satisfechos. Había oído esa explosión viril cuando en pleno entrenamiento corrió la sangre menstrual por los pantalones de Magda.

Bajo fuego graneado que debía educarles el oído y domarles el primitivo chorro de espanto, uno por uno los combatientes tenían que arrastrarse bajo un tinglado de alambre de púas, después correr en zigzag y alcanzar por fin una honda trinchera. Cuando llegó el turno de Magda, ella reptó con precisión bajo la alambrada, pero al levantarse traía la risible mancha roja que le bajaba por la entrepierna. Corrió a bandazos con su rifle terciado, escabullendo los tiros esporádicos que le disparaba el ins-tructor; corría de frente a los hombres amontonados en la trinchera; en su carrera se le venía agrandando la mancha, mientras ellos gritaban entre carcajadas: viene herida, esa mujer viene herida.

En el último salto Magda se hizo un ovillo de bochorno para rodar hasta el fondo de la trinchera, donde el pelotón seguía gritando su diversión y Matías la esperaba sin camisa. Tiró el trapo sudado sobre las piernas de la muchacha, y entonces las risas cayeron también sobre él. En la risa venía una madeja de sospecha, reprobación, distanciamiento, sorna para aquel que quizás no tuviera las cosas en su lugar.

Cuál de aquellos tranquilos durmientes hubiera querido ser él, se preguntó Matías. Por respuesta tuvo un largo zumbido

de entrañas. Estar a unas cuantas horas del combate con el ánimo equivocado, lo devolvía al vergonzante momento de su primera comunión, cuando a contrapelo de todas las prédicas del padre Domingo, su débil vocación fue arrastrada por la obscenidad, ya en el umbral del sacramento, viendo venir las hostias entregadas de boca en boca. En precipitación vio burros preñando sirenas arqueadas bajo las cuatro patas, murciélagos fumadores, lechosos pechos de mujer, altos y movedizos como boyas salpicadas de agua de mar; postes de doble lámpara esférica y caliente de tanto alumbrar.

El padre Domingo en reluciente casulla verde avanzaba hacia él, metía y sacaba del cáliz los dedos velludos, aumentándole la marea réproba, ajeno al olor de incienso, a las voces altas del coro. El altar iluminado con cirios y él, Matías, lejos, lejísimos de la pureza, tras el trasero sombrío de una anciana que esperaba a gatas. Sacó la lengua para recibir la hostia, y ya con el pan angélico pegado al paladar, vio una flor negra con su pistilo hecho boca que se abría y cerraba, se abría, salivosa y rojiza; era la boca de una garganta más roja todavía, que él no quería ver, humillado como estaba por la devoción con que los demás comulgantes regresaban a sus asientos. Una oportunidad de pureza manchada por la desobediencia.

Así se acercaba al día de mañana, a su primera comunión con La Huesuda, La Pelona, La Quirina, La Dientona, Laquetedije. Cualquier alusión de ingenio es mejor que el nombre obsceno de la que nos deja sin caminos para la voluntad, sin aguas internas para el deseo, sin nada. Pero todo era suyo todavía. Con voluntad, se dijo, también podía dar el paso simple de la resignación; aceptar que los valientes dormían y él era dueño total de la cobardía, el único desposeído de cojones. Desposeídos Magda y él.

Vio los párpados de mujer caídos bajo la semiluz de la neblina: dos conchas grises cintilando al fondo de una corriente turbia. Descubrió que a todo cuerpo acostado se le escurre lo desafiante, se vacía de la perenne bravata que es la posición erecta. En ese grupo de cuerpos en reposo, todos eran inocentes. Para cualquier fin, era distinto el diálogo de los cuerpos yacentes. Otro su horizonte.

En su esfuerzo por leer algo consolador en esa cara de mujer, le pareció que los párpados se movían. Parecían respirar al mismo

ritmo que el cañón del rifle posado en su pecho. Era otra su cara. Primera vez que veía más allá de un velo de apostadora empedernida que caía sobre el rostro de Magda cuando, muy concentrada, hacía sus actos de prestidigitación militar: desarmar y armar un rifle M-17 en cuarentaiocho segundos; un AK en treinta segundos, sin respirar.

También descubrió Matías que su exaltación por esto de *primera vez* no era más que una sombra proyectada por su duda de salir vivo. Podía también ser *última vez* que veía todo lo que estaba viendo con avidez. Última vez-primera vez que veía flotar en la cara de Magda un trasfondo siempre retenido. Aún cuando después de aquel gesto súbito de encubridor de una mancha menstrual, la expresión de ella hacia él había pasado de la pendencia a la condescendencia, tras esta variación había otra fase que ella se empeñaba en mantener arrestada. Ahora estaba viéndola salir tras su horizonte de acostado, y Magda, en su serenísima dignidad, le absorbía todo el miedo a quedarse tieso, despojado del gozo y del sufrimiento. El ascenso de ese otro estado de la mujer venía a tocarlo por dentro; le aumentaba las glándulas a un nuevo tamaño.

De alguno de los cuerpos dormidos en tierra salió una poderosa ventosidad que resonó entre los árboles. Nadie más que Magda pareció percibir el estruendo. Se llevó a la frente la misma mano que había mantenido sobre la caja del rifle. No era un gesto de repentino despertar, sino el movimiento pausado de quien hubiera querido apartar una incomodidad del pensamiento, o de quien hubiera estado viendo por las rendijas y se atreviera por fin a abrir una puerta con sigilo.

Los dos oyeron un prematuro canto de gallo, tan atenuado por la neblina que era imprecisa su distancia. Podía estar llegando desde un cercano gallinero campesino, o de algún patio de la ciudad cuya base militar atacarían de madrugada.

Los ojos de la muchacha se abrieron y cerraron con sosiego. Matías avanzó sobre codos y rodillas. Su hábil serpenteo evitaba rozar los bultos roncadores. Magda esperó sin moverse, y así sintió el calor de aliento depositado en el cuenco de una oreja, y oyó el susurro: "A lo mejor nos toca". "¿Qué?", preguntó ella, a sabiendas de lo que iba a escuchar: "Quedar tiesos. Mañana". Ella asintió con un leve cabeceo.

Entre ellos pasaron las mil pezuñas esponjosas del silencio y luego, sobre la yerba peída, escupida, pisoteada, dos manos callosas formaron un candado que en un instante se disolvió. Sin decirse más, se arrastraron fuera del agrupamiento, con la cautela puesta en cada flexión de codos y rodillas, como quien cruza líneas enemigas. Buscaban a tientas el punto ciego entre dos centinelas. Lázaro estaría en algún ángulo del volcadero de cuerpos fatigados, soñando él con novedosos cilicios para expiar los pecados del revolucionario que egoísta pensara en la probabilidad de morir.

A rastras siguieron por un declive, buscando el cobijo de la neblina que se espesaba en la hondonada, y ahí, de prisa se destaparon los mutuos calores púbicos para trabarse a fondo. Flanqueados por dos mochilas y dos armas depuestas, reprimían el alma de todo ruido delator.

Primera vez que Magda conocía la pulpa jugosa que durante años había llevado oculta bajo el triángulo de vellos. Primera vez que Matías sentía su balumbo fálico habitando una dulzura que era siempre el comienzo y nunca el fin.

Lodos y nubes batidos en un solo mortero. Los dos bregaban frenéticos por negar la vislumbrada tiesura mortal. A ciegas se retorcían ante el espejo del otro cuerpo. Si el miedo es hombre o mujer, que fuera resuelto en la posteridad. La vida estaba aquí, aquí, aquí, revoloteando en la poza de neblina. Aquí en sus caras oscurecidas por la cercanía. Al diablo si en ellas brincaba un presagio de muerte en combate.

Por primera vez-última vez les cantaba la carne. Altos y bajos en coro. Cogían lo que nadie podría quitarles. Ni el olvido. Aquí estaba la desobediencia suprema. El placer-placer. La hoguera genital cundía en todo el cuerpo. En la noche desnuda. El mundo y sus orillas. Empujado y empujante. Una sola fuerza. Navegando y navegada. Hubo un soplo inmenso. Incontenible. Cedió su silencio. Por primera vez-última vez gritaron un grito gemelo, telúrico, que rompió un lecho mineral en lo profundo de la hondonada.

Los centinelas dispararon hacia donde habían oído un doble grito de guerra y en son de guerra contestaban. Todos despertaron; bala en boca corrieron a apostarse; se generalizó el

fuego en dirección a la hondonada. Magda y Matías se habían aplanado boca abajo, sobre la tierra calentada. Él fue el primero en gritar de otro modo; con el espanto crecido dijo que eran ellos, que no siguieran disparando.

Los encontraron sentados sobre las mochilas, los rifles entre las piernas firmes, pálidos pero con un leve brillo de victoria en la vivísima sonrisa. Lázaro los alumbraba de frente con una lámpara de pilas y no quería reconocerlos. El jefe maldecía. Con el tiroteo habían matado la sorpresa del ataque a la base militar.

Ojos bajo la mar

A Rodrigo Moya

Las playas de Cubagua eran el mismo ofrecimiento de arena dorada y agua esmeraldina con que los ojos se agasajaban en todo el islerío del Caribe. Para Mosén Gaspar Pasamonte de Sagunto, estas silvestres opulencias quizá no fueran ya más que arenales y mareas interpuestas entre él y la fortuna oculta en el fondo de las verdes fosas marinas. Para su partida de buceadores ha de haber sido pura aflicción llegar a las costas de Cubagua, tan semejantes a lo que conocían y a la vez tan distantes de sus islas madres: las Lucayas para la geografía de Pasamonte, que también llamaba lucayos a sus preciosas posesiones; preciosas por su alto precio, porque nadie en este mundo podía siquiera igualarlos como nadadores.

Cazar un lucayo era hazaña que debía acometerse tierra adentro, con empleo de jauría y caballería para cortarle el paso y mantenerlo separado de sus playas. Lucayo en el agua era pez, delfín, somorgujo que emergiera de cabeza en el punto menos previsto solo para aspirar el aire necesario y volver a zambullirse. Hubo más de un cazador de lucayos que en los mentideros de Santo Domingo juraba haberlos visto convertirse en pájaros de agua, en toninas silbantes. Fantasías de trasnoche engastadas en una realidad: así como la planicie de sus islas hacía de los lucayos presa fácil de las armadas, la calmura de sus bahías atajadas por tutelares arrecifes los volvía inalcanzables en aquellas aguas suyas, de verdosa transparencia.

Cuatro ducados valía un caribe común. Ciento veinte ducados había pagado Mosén Gaspar por cada uno de los cincuenta buceadores que traía embarcados en la carabela *Santa Eulalia*. Los había comprado con rigor selectivo, en procura del mejor rendimiento para los dineros de su tío el tesorero de la Real Audiencia, confrontando también los decires que sobre lucayos pululaban en lupanares y tabernas de *La Hispaniola*. Circulaba no solamente lo propalado por bravucones navegantes, tinte-

rillos y soldados, sino lo que entre maldiciones se rumoraba que el fraile Bartolomé de las Casas, enemigo de todos ellos, decía haber encontrado escrito en los diarios del Almirante de la Mar Océana, leídos por él entre sesiones de intriga con el hijo, don Diego Colón. A la tajante lengua del fraile se atribuía la conseja de que el Almirante, en su primer viaje a las Indias, había visto con particular estima aquellos cuerpos de hombres, ni negros ni blancos: los lucayos. Tres días había pasado el Almirante escribiendo con pluma preñada de alabanzas. No había mantenido recato alguno al hablar de unos *muy fermosos cuerpos y muy buenas caras*, de su *buena estatura de grandeza y buenos gestos*, de sus *ojos muy fermosos y no pequeños*, de su *no barriga, salvo muy bien hecha*. Todavía el 14 de octubre del año en que el Señor le regaló la gracia de equivocarse de rumbo, seguía obsesionado por los *muy lindos cuerpos de hombres* de estos indios, según el fraile, para escándalo de los colonos. Alguno de ellos había vociferado que sólo aquella perfidia ensotanada podía proponer que el Almirante de la Mar Océana tuvo alguna vez pupila sodomítica.

Estas cosas había rememorado Mosén Gaspar mientras recorría las ergástulas donde pardeaban grupos de lucayos recién tomados de la isla de Caicos; adultos jóvenes entre los 18 y 25 años, enteros para el látigo. Los iba señalando Mosén Gaspar con un gesto de cejas, apartándolos para sí con certeras apreciaciones del tono muscular, del lustre de la piel y de las dimensiones pectorales. Procuraba no mirar la hermosura de los cuerpos de hombres de pelos negros y lustrosos como crines de potro. Algo así había escrito el Almirante.

Ahora esos mismos escogidos aparecían opacados por una semana de navegación hacia el sureste de *La Hispaniola*, sin variación de rumbo hasta remontar la Trinchera de los Roques, y luego hacia oriente franco. Al levar anclas había mantenido a su esclavatura sobre cubierta, los tobillos sujetos a cepos de recia madera de roble. A la expectativa depositada en las virtudes natatorias de su partida de indios, le ganaba el temor de que, en efecto, de un salto se le fueran al agua convertidos en salvajes sirénidos.

En grupos de diez fueron encepados de nuevo al aproximarse la carabela a Punta Araya. Había dispuesto el amo que

sus bienes permanecieran ventilados, a salvo de inclemencias, bajo toldos de lona embreada. La forzada reclinación de los indios sobre los tablones de cubierta les impedía ver más allá de la luída borda de la *Santa Eulalia*. Apenas el olfato podía darles acaso una vaga noción del tamaño de su destierro. Se miraban entre sí cual mudos tortugos mecidos sobre la curvatura de sus carapachos.

Sólo uno de ellos iba de pie, amarrado al palo de mesana. Guanine era su nombre y había recibido con retobo el agua bautismal con que, en ceremonia de alta mar, Gaspar Pasamonte había querido privilegiarlo con el nombre de Gasparillo. Inmovilizado por una soga que le subía en espiral, Guanine podía otear el dilatado hoyo negro de sus porvenires a medida que se acercaban a las arenas de Cubagua, y era eso lo que iba diciéndoles a los encepados, por medio de un canturreo que parecía venir de un interminable golfo de la tristeza más que de su pecho. Canturreando vio las maniobras de los marinos sobre las tres velas para que la nave se aparejara a la costa.

Durante el rodeo de la isla, Mosén Gaspar se mantuvo alerta en lo alto de la popa, catalejo en mano. A cada nueva ensenada levantaba su lente, con ojo avizor para acercarse a los detalles del trecho que tuviera a la vista: promontorios, bajos, lagunas, arroyos secos, parajes poblados de ceibones, majaguales salpicados de jugosas flores amarillas, calveros custodiados por vallas coralíferas, esteros guardados por radas de poco calado, manglares y cangrejales. El seguía a la busca de un asiento para poblar, para fundar esa ciudad de prósperas pesquerías que en su mente ya tenía el nombre de Nueva Sagunto, y que en los conciliábulos de sus mayorales ya tenía cabildo formado.

La toma de posesión con estandartes y cruces, así como la traza de Nueva Sagunto fue cosa de españoles, en tanto los lucayos habían sido nuevamente agrupados boca arriba y con los pies por delante para que sus mayorales les pusieran los cepos. Acostados entre un manto de suave arena y pardas nubes de jejenes, vieron desde lejos las ceremonias de fundación, reclinados y a la vez manoteando contra las huidizas mangas de minúsculos insectos. Sin ocuparse del tormento de los jejenes, Guanine renovó su canturreo para decirle a los suyos que el

viaje había terminado, acabado estaba el descanso de ser acarreados, y era ahora cuando empezarían a saber lo que era agonizar lejos de las aguas y las arenas que habían sido su mansión gloriosa.

Anegado por su piedad, Pasamonte de Sagunto asumió caballeroso la carga de ser él mismo doctrinero de su esclavatura, instructor de los poderes que gobiernan cielo y tierra. Por piedad decía haber refutado públicamente los infundiosos requerimientos del fraile malaventurado, y con énfasis puntualizaba que a los indios había que traerlos a la fe por la vía que Cristo dejó establecida, sí, con amor y amistad, sí, pero no tratarlos como libres, porque no es libre el que está purgando su tránsito de la infidelidad al redil de Dios El Unico.

Por piedad los había sacramentado con el bautismo en un amanecer de alta mar, otorgándoles luz de nombre cristiano, aunque esto soliviantara la simpleza de Guanine, el más visible de sus buceadores, el que le descomponía el aplomo de la conciencia desde una salvaje hermosura. Cuando a través de Gil Ampiés, mayoral suyo y apreciado trujamán en habla de taínos, lucayos y araucos, le explicó la importancia de recibir el nombre de Gaspar, el perturbador cuerpo color de canario preguntó con donaire si Mosén Gaspar Pasamonte se llamaría en adelante Guanine, para que así fueran verdaderos *guatiaos*, que en lengua caribeña significaba más que amigo; era la voz para designar una entrañable compadrería llevada al punto de una mutua donación del nombre propio. Pasamonte de Sagunto se había limitado entonces a mandar que lo ataran al palo de mesana.

Ahora, regocijado por los trajines de fundación de Nueva Sagunto venía al cobertizo de palmas donde los lucayos yacían con pies trabados a los largos cepos que los aseguraban en ristras de diez en diez. Los bocados de la madera principiaban a mostrar círculos amarillentos exudados por los tobillos. Los encepados iban aprendiendo a mover el resto del cuerpo sin provocar los roces de la arena acumulada entre la madera y la piel. Tumbados oyeron que por medio de Gil Ampiés, el intérprete de boca perdida en unas barbas crespas, el padrino común saludaba a sus ahijados en este atardecer de un día memorable. Ellos también eran ya habitantes de la ciudad que un día, próspera, opulenta, esplendería sobre la Costa de Perlas. Maña-

na mismo comenzarían a levantar su riqueza y sus piedras. Cargado de esperanzas, colmado su espíritu de alcurniosas ambiciones, derramaba un contenido alborozo, y alborozado les confió que el cepo, pesado como parecía, era un antiguo remedio que espantaba los malos sueños.

Guanine se meció sobre su concha para canturrear, muy en el fondo del esófago, que la luz sería su oscuridad, y que la noche venidera sería su deseada migaja de reposo. Sólo un latigazo nacido en una orilla del cobertizo pudo cortar su canturreo que apenas al oscurecer el día ya desvelaba.

Antes del alba, entre hachones humeantes, grita de arcabuceros y latigazos al aire o sobre carne holgazana, los mayordomos de canoa recogieron su respectiva dotación de buceadores. Aldonzo Idiaquez, el práctico en placeres perlíferos, tenía dispuesta la flotilla de cinco embarcaciones: la capitana, un falucho llamado *La Fernandina*, y cuatro piraguas puestas bajo la protección de los santos evangelistas. Mosén Gaspar Pasamonte confiaba por entero en la experiencia de Idiaquez, piloto que había sido diez años antes de Juan Vizcaíno en un afamado rescate de perlas entre los naturales de aquellas islas y la costa de Cumaná. Con las alpargatas lamidas por las olas lentas de la madrugada, Pasamonte no agregó palabra a su mandón ademán de despedida. En silencio vio desvanecerse el velamen en la densa grisalla que a esa hora cubría el golfo. Sobre el velo de enigma que permanecía en su cara, temblaba la luz del hachón de ocote que junto a él sostenía el leal Gil Ampiés, hombre que en su contextura de peña musgosa reunía oficios varios: así como era imprescindible intérprete, había sido también alarife en distintas ciudades de nacimiento reciente; asimismo era velero de sabio diferenciar entre un trinquete y una trinquetilla; era fino barbero, el mismo que con bien afilada navaja de afeitar que siempre llevaba al cinto, mantenía limpiamente descañonada la cara de Mosén Pasamonte. Era su mirada hundida en sombras de cejas y ojeras, la de un hombre de malos reveses, sin conversación posible con otros mayorales.

Orientado por algún nódulo de su memoria, o más probablemente por su vieja intimidad con aquellos remilgosos animalitos que eran las ostras, Idiaquez, con las arrugas fijas en un

fruncimiento de mudo adivino, iba probando a grandes buches la saladez del mar; a trechos hundía una mano para calar la temperatura con las yemas de los dedos. Cuando hubo claridad, principió a lanzar ramitas secas: en su ritmo de flotación leía corrientes de superficie y leyéndolas reconocía las más profundas. Con el sol a medio levantar la cabeza roja, ascendiendo más allá de las Islas de Barlovento, *La Fernandina* describió un gran círculo sobre aguas azules que parecían apacibles sirvientas de una antojadiza patrona sumergida.

Idiaquez arrizó la vela, mandó echar ancla, y de callado adivinador se transformó en un flujo de ladridos que hizo de los mayordomos de canoa piezas sudorosas de una máquina de bucear. Desde ese instante los cincuenta lucayos fueron echados al agua, cada uno con su red atada al cuello. Se sumergían a una profundidad de cuatro cuerpos de hombre, donde el banco de ostras, bajo translúcidos mantos de agua, tenía sus filos verdosos y grises, semiabiertas las conchas para beber la tibieza de una suave corriente de baja saladez. Suspendidos sobre la extensión de filos, los buceadores llenaban sus redes de aquellos celosos *pejes*, costrudos por fuera y por dentro repulidos hasta el espejeo. De vuelta a la borda de su canoa, volteaban la porción de pesca que un descerrajador iba abriendo con agudo cachicuerno, mientras el mayordomo, garrote en alto, le contaba al buceador los seis resuellos permitidos antes de que el castigo le cayera en media mollera para señalarle el límite. El buceador debía desaparecer de nuevo, aguas abajo, una y otra vez mientras el sol alumbrara. Entre todos ellos, sólo Idiaquez, tronante para que su pesquería se mantuviera en movimiento, sabía que en cada millar de conchas, sólo una tendría la gracia de haber fabricado su iridiscente planeta alrededor de una basura.

Al medio día, sin que para ello tuvieran que sacar del agua el cuerpo, a cada buceador le fue suministrada una cumba de ostiones; ni un sorbo más que les disminuyera el resuello, fue la furiosa orden de Idiaquez, mayordomo de mayordomos. Cada perla encontrada entre el duro olor a putal portuario debía anunciarse con un soplido de cuerno para que él llevara cuentas precisas en sus imaginarias manos de veinte dedos, cada uno provisto de nudosa uña crecida. "A turullazo por margarita",

había determinado el práctico, recordando los turullos hechos de cuerno de cabrón que tocaba allá en su pastoril infancia aragonesa. Y ese primer día de pesca, sus oídos habían sido halagados con veintitrés turullazos cuando el sol apenas iba a mitad de su declinación. Los turullos eran también rústicos clarines de ordenanza, con un código establecido por él mismo, y a tres largos turullazos ordenó a sus mayordomos de canoa levar anclas.

En el propio atracadero de Nueva Sagunto, que por ahora era una pendiente arenosa marcada por dispersos techos de palma, con un arroyo al norte y un promontorio de laja al sur, los lucayos fueron entregados a Gil Ampiés, a esa hora poseído por su oficio de alarife. Lo que el maestro de obras necesitaba era piedra, y para obtenerla armó de mazos y piquetas a su legión de nadadores convertidos en picapiedras; los condujo al promontorio que a golpes debía soltar el alma de los muros de la futura ciudad. Entre látigos y arcabuces estuvieron los indios desencajando piedras hasta que el cielo los perdonó con súbita oscuridad. Por temor a que en ella escaparan, los llevaron entre hachones hacia los candados de roble en que dormían.

Quedó establecida la órbita que cada día venidero recorrerían sus cuerpos: de la arena a las canoas, de las canoas al agua, sujetos a la ley de seis resuellos entre una y otra zambullida. Sus tardes eran de pura piedra-laja arrancada al promontorio que ya era llamado el peñón de Ampiés.

Los domingos y fiestas de guardar, por la mañana, después de oír una apresurada misa seca, quedaban asignados al alarife empeñado en levantar de prisa los muros de una ermita. Para Mosén Gaspar Pasamonte era obra de misericordia espiritual levantar con la fe de sus catequizados aquellos muros de un templo que mucho antes de existir ya estaba dedicado al San Sebastián pintado en Sevilla, a pedido suyo, por Alejo Fernández. El cuerpo del doncel mártir, siete veces asaeteado, tenía el mismo giro de éxtasis de la *Virgen del Buen Aire* que con tanta dulzura había acogido sus oraciones en la capilla de la Casa de Contratación de Sevilla. Para veneración de ese esbelto San Sebastián pintado con los suaves pinceles de Fernández picaban piedra los lucayos hasta el mediodía. En su propio cobertizo eran festejados con sopa de ostiones y blanquísimas tortillas de

casabe, sobre las que algunos de ellos lloraban de añoranza, aun con los ojos quebrados de tanto mirar bajo la mar, con sus huesos reblandecidos, la piel oliente a molusco; fantasmas verdosos de su ida hermosura.

Pasada la hora nona, con el sol declinante, Mosén Pasamonte se aparecía en el cobertizo, acompañado del imprescindible Gil Ampiés, que de tan tupida la barba parecía estar traduciendo a boca cerrada el cuerpo de verdades cristianas. Pasamonte, en cambio, llegaba con la cara limpia siempre, oscilando del entretenimiento al enfado. El amo era tan minucioso en su adoctrinar dominical como exacto era al sentarse cada anochecer frente a su balanza de bronce, para manipular diminutas pesas contrastadas al platillo reluciente en que iba chorreando sus marcos de perlas. Pero las tardes de domingo su minuciosidad tomaba un aire de juego que sólo a veces, de súbito, se tornaba en terrible gravedad para enseñar los vericuetos que la fe había recorrido del paraíso terrenal a la gloria celestial y a la prometida resurrección de los muertos.

Un día, cuando en la ermita de San Sebastián principiaban a ensamblar las primeras viguetas, desaparecieron bajo el agua dos lucayos, pérdida que el mayordomo de mayordomos, Aldonzo Idiaquez, explicó ante la incolora mirada de Mosén Pasamonte como cosa del demonio. En voz baja recordó las afamadas hechicerías con que aquellos indios se hacían somorgujos y toninas. Los lucayos, por su parte, preferían ocultar sus desgracias submarinas, sus miedos nuevos, bajo las consejas de su transformismo. Preferían comerse la ilusión de que los dos desaparecidos eran hombres poderosos, para no pensar en los dolores de la vida bajo el agua, que tanto conocían con ardor de sus pulmones. Además de conocer ese húmedo fuego bajo el pecho sin aire, todos habían visto en el fondo del golfo, de lejos o de cerca, la mirada incolora de las tintoreras, su largo lomo con manchas de tigre, la espantosa media luna de su boca, donde los dientes agudos brillan entre la risa y la ruindad.

Mosén Gaspar anotó en su memorial la pérdida cuantificada a partir de las ciento cincuenta monedas de oro que había pagado en Santo Domingo por cada buceador, pero en la doctrina del domingo siguiente, a propósito de los desapareci-

dos, prefirió hablar del porvenir de los muertos, muy separado del magisterio bonachón, y más cerca de la malhumorada severidad con que debe hablarse de la otra vida, la otra punta de lo que ahora estamos sosteniendo. ¿A dónde van nuestras almas mientras esperan la resurrección general?, preguntó Mosén Gaspar, muy dueño de su vocación catequista, y asimismo respondió: van a la alegría del purgatorio. Lo dijo recordando para sí mismo el *Diálogo* de Santa Catalina. De inmediato volvió a preguntar: ¿dónde están Melchor y Baltazar? Estos eran los nombres con que había bautizado a los dos ausentes. Respondía ahora pensando en una moral práctica: esperándonos... principió a decir, cuando percibió el gutural canturreo de Guanine, quien para los oídos indios estaba imaginando un purgatorio suspendido en entrañas de tintorera.

Los fríos esqueletos fueron estremecidos por una risa nerviosa que al no encontrar salida por las bocas cerradas, se les encajaba en la humedad de los huesos. Su implosión llenó el cobertizo de una hilaridad inmunda, insoportable para Mosén Gaspar Pasamonte. Con seca cólera ordenó a Gil Ampiés que silenciara al generador de la insolencia.

Aquella roca peluda que era Ampiés saltó por encima de los indios estremecidos y al caer sobre Guanine ya llevaba desdoblada la navaja de barbero, crispadas las uñas largas, viejas de matar. Con ellas le sacó a Guanine la lengua canturrera y la cortó de un solo envión de filo.

Porque el terror mueve o paraliza, este grupo que en un instante había oído el canturreo de una boca y al siguiente instante la veía como borbollón de sangrante mudez, se movió hacia el mar, delirante, y nadó y se zambulló queriendo hacer verdad su leyenda. Los persiguieron por mar y por tierra en la oscuridad que por una noche les concedía su favor. Nadando a zambullidas largas y cortos resuellos, se reunieron en un paraje costero que a la orilla levantaba una cortina de majaguas y más arriba lo poblaba una familia de ceibones. Sabían los lucayos que al amanecer estarían copados y convinieron en pasar la noche fabricando fuertes sogas de corteza de majagua.

Con la primera luz del día tendieron las sogas en las corpulentas ramazones. Morir por agua era demasiada prolon-

gación de sus dolores; querían morir con la bendición del peso de sus propios cuerpos disminuidos. Cuando se disponían silenciosos para el acto final, aparecieron por tierra Mosén Gaspar Pasamonte de Sagunto y Gil Ampiés, los dos provistos de sondalezas de esparto. Con bien timbrada voz, Mosén Pasamonte les dijo que él y su intérprete venían a ahorcarse con ellos, porque aquí o allá, en cualquiera de los confines de la muerte, seguirían siendo sus dueños. Los lucayos miraron sus sogas mecidas por la brisa de amanecer y prefirieron seguir bajo la ley de seis resuellos entre una y otra zambullida que ser acompañados por sus amos hacia una muerte que de nada los libraba.

La potestad y el danzante

A Gabriel

danzando

Bailando todo era más claro para Él. Sentía las chispas del roce, las evaporaciones, el fulgor de otros cuerpos en movimiento. Por los altoparlantes tronaba la música. En la algarabía Él iba destapando, levantándole distintas capas a un mismo designio: estaba ahí para matar un dolor de todos, aunque no a todos le doliera como a Él le dolía.

Saxofones y trompetas se arrebataban el aire en una ronda trazada a pulso de contrabajos y tambores. Más que tambores, ruedas metálicas, rines de acero percutidos con varillas que al caer perforaban el canto, a veces empujado con un rugido que venía desde las entrañas del cantante mayor.

La orquesta embestía por cada lado de la casa. Le hinchaba las fibras para que Él embistiera el espacio de la música, penetrándolo y retrayéndose en plena posesión, su cuerpo entero en ejercicio, crecido por el fluir de caudalosos jugos interiores: un temblor de líquido transformado en pura danza.

Si levantaba los ojos en algún giro que mandara el mambo, veía el resplandor emanado de la multitud danzante hacia el cielo húmedo de septiembre: una cúpula de energía alzada contra la noche, montada sobre los cuatro aleros que rodeaban el patio central del club en fiesta.

Sobre el piso ajedrezado se gastaban zapatos bicolores, zapatos de estreno, zapatos redimidos para la ocasión con una acérrima lustrada o con triple capa de albayalde, zapatos regateados en los colgaderos de algún puesto de mercado, o hechos a la medida con cariño de compadre zapatero, zapatos defendidos en la punta con protectores de bronce, zapatos de esmeradas tiras, lazos, ribetes, en cuantos colores podía fijar el plástico blando.

Él había formado una cuadrilla de seis parejas, dos filas que repetían obedientes los pasos que iba improvisando. Todo el recinto caldeado era un mezcladero de cuadrillas, parejas,

cuadrillas tejidas y destejidas en un gran dibujo nunca el mismo en cada instante.

Frente a él o a su lado, Aura encendida por su propia fuente de calor, respondía a cada una de sus propuestas combinaciones, el pelo suelto, en bamboleo de contradanza con la falda de nylon celeste que flotaba en las ondulaciones de un fustán de manta cargado de olanes.

Él mantenía un vuelo de risueño gozador, y así encubría la triple palpitación de un hombre que bailaba, pensaba, medía la espera de su momento. Aun en lo más borrascoso del movimiento, no perdía de vista la voluminosa presencia de La Potestad. Ésta, descendida de sus altares terrenales, los veía desde una orilla del baile convocado en su homenaje. Le habían construido un tablado para que los viera vivir la fiesta, alegres en su nombre, enviándole la ofrenda de sus sudores, la envoltura de olores ácidos en que iba el peso de sus oficios, la costumbre de verla presidiendo.

En su tablado embellecido con un arco de palmas y bujías de colores, La Potestad sonreía abiertamente, la boquilla de marfil prensada entre los incisivos, un largo cigarrillo humeando lejos de su cachete izquierdo, la punta de ceniza expidiendo un sagrado hilito que le entraba por una oreja, como para conectar su poder con su poder. A veces alargaba lentamente un brazo hasta tocar con los dedos el vaso de wisky servido de la botella que un guardaespaldas había colocado para su consumo exclusivo.

Cubría la mesa de presidencia un mantel de cáñamo deshilado, no tan largo como para impedir que Él viera desde su danza el abdomen abultado, las piernas pantalonudas, las panzas y los ganchos de su séquito plantado de frente y allá arriba de la masa bailadora.

Entre giros y encuentros agitados, Él volvía siempre al volumen de La Potestad. Al salir entre camisas empapadas encontraba la cabeza de ancho brillo en la frente reclamando una corona. Por abajo recorría laberintos de faldas mecidas a golpe de cadera, y al desembocar recuperaba las carnosidades que rodeaban los ojitos burbujeantes de astucia, hundidos en su lágrima de risa vitalicia. Viraba y reviraba entre pechos lampiños,

escotes humedecidos por chorros que bajaban del cuello al regazo, y en la siguiente abertura iba de nuevo al busto sólido de La Potestad, segura de que en mil kilómetros a la redonda no había quien dudara de que aquí estaba Ella, perenne, invencible, rodeada de ametralladoras apuntadas hacia todos los peligros por haber.

Lo que bailaba era un solo cuerpo de innumerables torsos y piernas y brazos, y Él era el ojo entrenado por el odio para ver en la oscuridad. Por debajo, el vaivén de pies lijadores, por arriba, las crestas hechas de piqueteadas manos de sastres, aceitosas uñas de mecánicos, bubosos nudillos de planchadoras, rojos dedos de talabarteros, endurecidas yemas de costureras, quemaduras de dulceras y panaderos, cicatrices de carniceros, rasguños de electricistas, manchas perpetuas de teñidores, manos grises de tipógrafos: las de Él, reblandecidas al contacto de infinitas letras y comas. De su oficio tenía no sólo las manos y una leve joroba, sino una caja de memorias que en el baile estaba devolviéndole párrafos nunca antes recordados.

Los instrumentos resonaban en sus pulmones, le revolvían la imagen casi inmóvil de La Potestad con las líneas levantadas en alguna imprenta, el texto rescatado en las trampas de viento y percusión, en el canto hecho astillas por el aire libre: LIBRE...LIBREE...el rugido entrelazado con un párrafo que se le venía encima con acentos y puntos sobre los guerreros que *Peleaban bailando estos hombres, el cautivo amarrado por la cintura a un largo mecate, y armado con palos...YO SOY, YO SOY EL RULETERO... contra Él iban cuatro, dos vestidos como tigres y otros dos vestidos como águilas... YO SOY, YO SOY EL CHAFIRETE... y antes que comenzaran a pelear, levantaban el escudo y la espada hacia el sol y luego comenzaban a pelear uno contra otro...YO SOY EL QUE FUMA LA CACHIMBA...y si era valiente el que estaba amarrado y se defendía bien, lo acometían todos cuatro, en esta pelea iban bailando y haciendo muchos meneos.*

Un Caballero Tigre Él, y La Potestad amarrada al mecate de sus males.

Bajo el ritmo del mambo le sonaba un contrarritmo con el que iba maldiciendo hacia abajo y para dentro, y también hacia el centro del tablado entrevisto por las rendijas de la muche-

dumbre en convulsión, descubriéndole y ocultándole a La Potestad:

Cuchillo capador.

Criado del poder de los poderes.

Largo tirabuzón de púas hundido en carne viva.

Grandísimo techo de sangre.

Pianista de todos los robos.

Montador agarrado a los viejos pretales de la mentira.

Arroyo de burlas, letra mañosa.

Trapiche exprimidor de los últimos untos.

Máscara y cara del enemigo.

Capucha empapada en tufo de matadero.

Insostenible peña que pandea mis huesos.

Inundación de río envenenado.

Estrella hedionda de los solares.

Hinchazón de podredumbre, enséñanos cuánto mide tu tiesura.

La Potestad le sonreía a todos y a nadie, mojaba sus labios en sorbos de wisky deseaba el fin de la bulla, una pausa para sus oídos. Acostumbrada a gobernar tantas veces aún desde el callado decreto, le pareció natural que en ese momento la música terminara, lo que tampoco fue silencio sino el murmullo tumultuoso de la concurrencia reacomodada para la plática en parejas o en grupos.

Con un brazo tendido sobre los hombros de Aura, paseó entre remolinos de gente. No había en su cuerpo una onza de grasa que le sobrara, ni una sola espina de aturdimiento quedaba en su ánima lavada por las imprecaciones que había arrojado en silencio. Rondando en el bullicio, oía la voz distante de Aura y a la vez podía pensar en la muerte, la ajena y la suya, sin que ésto lo hiciera menos; verla venir sin miedo que lo apocara, ni desprecio que lo inflara, ni rencor que lo corrompiera. Era Él, lo bastante pequeño para salirle por sorpresa a una monstruosidad. Podía pensar que su muerte era la única manera de pulir su conciencia en un ademán final que la dejaría dura y brillante como un espejo de piedra, el espejo donde otros pudieran reconocerse las caras: goteando cobardía, levantadas de la humillación, gordas de servidumbre o movidas por la alegría atroz de ver cambiar el mundo. Cada uno su cara.

En la aparente revoltura del patio vio la frontera interpuesta entre el hormigueo y una zona sagrada donde La Potestad permanecía con los suyos. Tal vez era una línea establecida por los dos guardias de metralleta cruzada sobre el pecho y apostados por las esquinas delanteras del tablado. A este lado de esa frontera había una fluidez engañosa, porque en realidad estaba compuesta de sólo dos actitudes: los que miraban al tablado como hacia una lejanía, y los que lo daban por inexistente.

Allá La Potestad, señora de su peso, apaciguante para su séquito de partidarios felices, uniformados o enjoyados, todos entretenidos en una eterna parranda de perfumes y alabanzas. Aquí el lomo duro como cordillera de callos. Eso veía. Allá la confianza asentada en gruesas articulaciones de manos estranguladoras. Aquí el rumor de un solo respiro, los olores de un solo sobaco, grande como playa invadida de noche por yerbas saladas y húmedas, la platicona voz inmensa, tendida de muro a muro del patio.

Fragmento de esa voz era la de Aura diciéndole cuánto había guardado los escritos intercambiados en la adolescencia: letras de canciones apuntadas a lápiz en papel de envolver, sus regalos entregados en la esquina más iluminada del barrio. Yo te di *Bésame mucho*, vos me diste *Corazón bandolero*. Vos me diste *La Muerte se fue de rumba*, yo te di *Luna de Octubre*.

Él aceptaba sin pretensiones aquella invitación al recuerdo, el homenaje de la memoria fiel andando a su lado. Pero no había tiempo ya para esa dulzura. Estaba separándose de una orilla vista entre neblinas. Toda luz de su orgullo apuntaba hacia el tablado y sus más pequeños acontecimientos.

Aura veía en Él al mismo muchacho de alma bailadora, el que diez años antes, con la más adornada caligrafía del barrio, escribía acrósticos y letras de boleros para las que nunca encontraba compositor, sólo que ahora venía cruzado con cierto aire recogido en las afueras de la ciudad, del país, en esos lugares donde habría padecido o disfrutado sus años de ausencia. Era algo que estaba suspenso más allá de la novedad de sus bigotes negros, minuciosamente recortados, de su saco bien abotonado sobre la camisa de cuello abierto, más allá del insistente roce del codo con el costado izquierdo mientras caminaban entre saludos y compromisos para la siguiente tanda de mambos.

La misma cara larga, sin fruncimientos (vista de perfil por Aura) pero ahora pasada por un ¿suave fervor? Quizás era un sobrealiento que podría llamarse alegría por nacer, renuncia plácida, cortesía agregada a su original aptitud para sostener una conversación entera sin usar un solo jotazo. Todo eso parecía barnizar su extrema abominación de la vida escenificada en el tablado.

"¿Viste?" preguntó Él, pero Aura no había visto el gesto grandote y filoso con que La Potestad premiaba a un periodista, dándole la humillación que le pedía. Un simple estiramiento de brazo para rechazar el periodiquito que el servil quería enseñarle, pero lo bastante visible para Él. Y vio cómo el hombre de saco blanco y clavel rojo en el ojal se apartaba, con la gracia de una víbora encantada que baja a enrollarse en sí misma.

Él vigilaba, estudiando cada elemento de su espacio, en donde estaba esperándolo esa danza a la que tendría que darle cuerpo.

Le sobrevino otro lingote de memoria tipográfica. Recordaba líneas enteras, pero no el lugar donde las había levantado, letra a letra. ¿En Guatemala, en México, en San Salvador? Recordaba la decisión del indio bailarín para morirse, la dignidad con que el *danzak'* iba cayendo, con la visión de un enorme cóndor blanco posado en él, porque *Las proezas que realizan y el hervor de su sangre durante las figuras de la danza dependen de quien está asentado en su cabeza y en su corazón...*

¿Sobre su corazón qué había? La respuesta que le dio la casa llena fue el estallido de la música, y la cara luminosa de Aura dispuesta a darle la otra mitad de cualquier paso que Él propusiera. En el patio se desplegaron las parejas empujadas por los saxofones. El aliento recobrado les abría los poros, anchos para que por ahí pasara la descarga de los instrumentos afanados en tocar *Caballo negro.*

Él y Aura tomados del brazo avanzaron con calma entre cuerpos latigueantes, hasta encontrar un claro en los ladrillos centrales, con aire para ver y ser vistos. Desde el arranque de sus lances frente a Aura, hubo en Él una destilación interna que le soltaba el más apretado nudo que existiera en sus fibras, en sus huesos. Con cada gesto sucesivo estaba aspirando el anterior y

engendrando el siguiente. Lo que de lejos podía parecer lánguido de cerca era trazo seguro de fortaleza concertada. A la distancia que lo veía Aura, iba y venía atravesando nítidamente el mambo que también lo atravesaba con su mezcla marinorrelinchosa.

Y ella, sin tocarlo, navegando en su ondulante fustán, sostenía la fortaleza, a veces más vigorosa que el vigor; lo llamaba y lo seguía; daba y tomaba impulsos trasmitidos de hombro a hombro, de rodilla a rodilla, de una a otra pelvis azotada por la salitrosa brisa que los trombones aventaban.

En la segunda fase de su baile (*caballo negro tú tiene' la cola blanca*) pasaron la voz de formar una cuadrilla. A las primeras seis parejas se agregaron cuatro más, y otras cinco, hasta que el centro del patio quedó cruzado por dos hileras de corcoveos rítmicos, llamativos desde cualquier ángulo del patio, desde el tablado, aun cuando mediaba cierta distancia. Muchas parejas se detuvieron alrededor de la formación para marcar el compás a palmadas. Él y Aura trazaban la frase corporal y los otros respondían en coro.

Paso del pelícano. Ellos aleteaban en el aire hecho de percusión metálica y largos resoplos de trombones. Las mujeres eran olas de mar gruesa y los pelícanos volaban a ras de las crestas. Angeles verdes, se los imaginaba, rozando aguas de lujuria. Angeles acometiendo el vuelo entre alaridos de trompetas, golpes de cencerros, voces nasales: *tú tiene' la cola blanca*. Él recordó la sola línea tipográfica de un anuncio de cine levantado en letras de cincuenta puntos: *El Angel Exterminador*, y recordando remató la secuencia con un cierre de brazos que podía entenderse como el trazo veloz de un pájaro clavándose de pico en la profundidad.

Paso del lustrador. Aura lo esperaba bailando en dos ladrillos, la espalda en arco, los brazos levantados. Las axilas rasuradas hacían señales con su brillo de espejos curvos, calientes señales para quien avanzaba por abajo. Él venía doblegado, ocupando otro plano del espacio en el viaje hacia los pies que su pareja le ofrecía alternamente a media altura. Balanceaba los hombros al son de los saxofones, con un trapo invisible en las manos, y frotando, frotando jubilosamente para aumentar el lustre con la pasta cálida prestada por los clarinetes. Después, la

cuadrilla entera repitió el paso, lustrando con pasión los zapatos ofrecidos en una franja surtida de colores y estilos.

El hombre del saco blanco y clavel rojo se abrió paso entre el cerco de espectadores para llegar donde Él bailaba, y decirle a gritos sofocados: "Acérquense allá para que los vea mejor el General".

Dirigió la cuadrilla hacia el tablado, sin interrumpir la danza, avanzando todos tras Él y Aura como un tren de codos y rótulas que entraba bufando en una curva.

Paso del mecatero. Y ellas eran ruedas altísimas girando a brazos tendidos para torcer la cabuya, y ellos los que agregaban fibras teñidas del azul, del rojo, del verde que caía de las bujías suspendidas en el arco de palmas.

La Potestad y su corte armada chapaleaba en el gusto. Él ponía la vida en cada invención de su cuerpo jaspeado de luces. La Potestad lo veía entre el gozo de estar siendo divertido y un hondo sedimento de envidia por los bríos de juventud.

Paso del perro pulgoso. La Potestad se revolcaba en la dicha de verlo rascándose rítmicamente los ijares bajo el saco y a Aura huyéndole en una espiral que la retiraba. Sin transición el perro se hizo hombre con revólver de boca rojiza, y Él prosiguió la danza que había ido elaborando desde sus más remotas nociones de lo que era la monstruosidad.

La gritería se clavaba sobre los estruendos del mambo galopante en la pista del disco. Las armas tronaban ensambladas a la música, partían la música incontenible, y Él danzaba disparando por arriba, por debajo de la mesa, de pie, con la rodilla izquierda reposada en un ladrillo, rodando sobre el piso, pecho a tierra, disparando en un tiempo total, sin premura ni lentitud, preciso el movimiento de una composición que parecía ensayada desde siempre.

En el tablado estaba derrumbada La Potestad. Sobre el piso, bajo los disparos de los coroneles que en un último rito de lealtad pasaban vaciando sus pistolas en un cadáver, Él siguió dando giros y saltos, de frente hacia un sueño que se construía bailando.

Vino de carne y hierro

El poblado yacía al pie de una ladera. El juego de sus parches verdes y cenizos, de encaladas pilas boca arriba exhibiendo sus espejos de agua, de tejados chillantes opacados por el musgo, de solares montosos, era una excesiva ración de regreso para Traña, centinela tirado boca abajo en la cresta rocosa del cerro Canta Gallo, preguntándose en qué fase andaría su padre, si al revés o al derecho.

En miniatura se movían los burros ociosos, los mecidos platanares de las huertas. A un costado se retorcían aquellas barrancas rojizas donde se adivinaba entre matorrales la boca de las grutas. Si los grupos de árboles frutales eran un puente para entrar de lleno al reino feliz de los olores recobrados, las barrancas eran el lugar de la abominación.

Dos brechas sinuosas se tendían hacia oriente y hacia el norte. Por ellas rodaba uno que otro camión militar metido en su huevote de polvo calizo. Llevaban aires de patrullar o de redistribuir las escasas fuerzas que defendían la zona. Cuántos soldados eran y dónde estaban, ya lo sabrían al regreso de los exploradores destacados la noche anterior. En la plaza lejana se distinguía la esquina azulosa que ocupaba el cuartel, los parapetos de piedra cantera levantados en las bocacalles. Traña observaba las pequeñeces del escenario con los labios caídos de desprecio. Su contenido ardimiento brotaba de otras partes, de otros tiempos, y más aún, de la presente dicha de haber emprendido la tarea de componer este mundo descompuesto. Para eso llevaba una metralleta Galil, una pechera blindada de magazines, la verdad de las armas, la facultad de corregir.

El tejado de su casa mostraba una vieja capa gris que lo cubría por entero. La antena de televisión era un peine de aluminio que desafiaba los vientos. Desde el cerro veía el traspatio con sus tapias de barro antiguo coronadas de veraneras: franjas sanguíneas abrazando la casa por su parte trasera. Podía imaginar el frente encalado, la doble puerta esquinera que daba acceso a la venta. Tal vez estuviera cerrada, con las

trancas puestas como signo de temor a los cambios, como prueba final de que algo se adeudaba ahí. Talvez estuviera abierta por los dos costados; abierta por la codicia y no en alegre saludo fraterno a los muchachos que en su avance incontenible también pasarían liberando San Sebastián.

Fueron los escrúpulos del Comandante Carmelo los que impidieron que Traña fuera uno de los exploradores enviados al valle. Con humilde obediencia oyó las razones del jefe, compañero y paisano, los dos sebastianeños, aunque de edades distintas. Carmelo se había bachillerado cuando él apenas terminaba la primaria. De no haber surgido aquella dudosa objeción del jefe, a esta hora hubiera estado viéndole de cerca la cara a su pueblo, tocándole el cuerpo, reconociendo su sonriente bellaquería, su chancha tolerancia, y no estudiándole desde lejos la espalda de cargador envejecido en el vil acarreo de obscenidades.

No tenía por qué explicarse que el frente de su casa fuera para él la frente de San Sebastián. Aquella doble puerta esquinera eternamente pintada de verde botella, transitada año tras año por la clientela de don Joaquín, era pozo abierto para un goteado caer de monedas y billetes. Recordaba el frente mientras miraba las tapias del patio, inconfundibles aun en la lejanía. En alguna parte había oído decir que por la espalda no pasa el fingimiento; que nadie puede enmascarar su fiel retrato trasero. Atrás tenemos la fachada verdadera. Eso decían y eso le saltaba por dentro.

Al formar la misión exploradora, Carmelo había rechazado el ofrecimiento del único hijo varón de don Joaquín Traña, con el argumento de que no podía arriesgarlo. Traña repuso que su condición de absoluto conocedor del terreno lo ponía en ventaja mayor que cualquier riesgo. Más que negándole su ventaja, Carmelo lo retuvo con malicia envuelta en jocosidad de superior.

Era un modo de reconocerle temeridad a Traña, y también la más astuta manera de mantener a corta distancia esa enigmática frente plana, cubierta por un gran pañuelo rojo doblado en banda y fuertemente anudado por detrás de la cabeza.

Sin apartarse del borde rocoso, el centinela volvió la vista hacia lo hondo del cráter apagado hacía milenios y que hoy

acogía fríamente la acampada. Metralleta en mano, el jefe iba de grupo en grupo de muchachos embelesados en la disciplina, dueños de sus actos heroicos, excitados por la promesa de que pronto estarían cayendo con todos los fierros sobre San Sebastián. En todo lo ancho del cráter los acampados se acomodaban y reacomodaban en agrupaciones siempre nuevas.

Lo que en ese momento tenía Traña a la vista era el remedo de una alborotada estación surgida en la hoya del cerro Canta Gallo. Un tren invisible se había detenido, y a su alrededor pululaban nudos de gente tan joven como él, diferente y a la vez igualada, parecida y distinta: campesinos, bravucones de barrio, estudiantes a medias, artesanos, muchachas libérrimas, artistas, atletas: místicos de ropa ajada en combate, todos libremente atados por la invencible voluntad común, como en cada oportunidad les repetía Carmelo, el que los conducía y alentaba. En todos colgaba un arma, en todos la ropa era un mismo trapo revolcado, las mismas greñas domeñadas por una gorra con divisa, un sombrero encintado, un casco revestido de camuflaje, pero en todos ellos asomaba con mayor o menor tamaño una materia resistente al golpe machacador del persuasivo jefe, empeñado en aplanarles cualquier arruga de interés personalista, cualquier penacho que los desidentificara de la única residencia posible: el colectivo, el cuerpo guerrillero, la causa.

En su sombría complacencia ante la persuasión del jefe Traña no lograba todavía imaginar la línea que demarcara la purificación mía, tuya, suya, y la purificación del país entero, incluido San Sebastián, empezando por San Sebastián adormecido junto al hoyo de vergüenza que punteaba la entrada a las grutas.

Las había respirado piedra a piedra, a veces con las entrañas encogidas de espanto, a veces acariciándose el gusto de muchacho descubridor de mundos. Fue en la vuelta de sus nueve o diez años cuando supo para siempre cómo las ocupaba el padre en sus días de ser otro. Pero antes de esa revelación, las había recorrido en bulliciosas carreras de grupo, y luego en desprendidas aventuras propias, entregado a la fascinación de luz subterránea.

Eran tres cavernas llenas de penumbras y brillos; el corazón se quemaba o congelaba en sus distintos nichos y espejos

rústicos. Con el primer estupor de entrada, se oía el rumor del agua caída en chorro desde la enorme boca de un animal furioso; la furia dibujada en verdosas protuberancias de la frente. La segunda tenía en su cielo una potestad erguida sobre tres patas, dos de ellas rematadas en garras y la del medio apoyada en un pie redondo, con aires de cabeza de culebra humedecida. La figura de tres miembros, cincelada en un nicho, podía verse desde el piso poblado de puntas cintilantes, donde cada paso era irse apoyando sobre troncos fríos. También podía verse más de cerca, andando por un arco de piedra enrojecida de óxido que unía por arriba la primera a la última caverna. En ésta blanqueaba un bloque labrado. Una luz cenital le caía por un cilindro felposo. Acostado en lo plano del bloque, Traña veía subir la perforación tubular, y al fondo de ella un disco de cielo lo llamaba. Era un antiguo telescopio de piedra por el que debería alguna vez, con valor, ver pasar las estrellas desde la tiniebla verdadera. Y en su momento había visto no solo El Arado y Las Siete Cabritas, sino el tráfago humano ocultado bajo tierra; más heridor al ser oído entre los rebotes azulosos de la luz que desde lo alto de la noche caía por las troneras de roca lamida por una lengua de siglos.

Había sido entonces el muchacho estupefacto, descubridor de la ambigüedad: la doblitud sobreviniéndole con estruendo de piedras en derrumbe: lo desconocido sobrepuesto como abominable corona de lo conocido. Duplicidad había hasta en los papeles de oficina separados en gavetas de igual hediondez. Doblitud era la grandísima perversión de ser dos: uno dentrc del otro interminablemente. Nada sería distinto ni cambiaría nada mientras existieran verdades dobles.

Durante años, poco había cambiado en la fisonomía de su padre. Su primera referencia era la fotografía iluminada donde su madre, ahora difunta, lo había sostenido frente a la cámara con disimulada tristeza, mientras don Joaquín Traña recogía en un solo abrazo a las cuatro hijas mayores. Dondequiera, su porte sostenido en pulcritud, en bienestar sin recelo de caídas, era el mismo de aquella imagen donde la familia tenía sus caras encendidas de rubor de estudio fotográfico. El mismo hombre afeitado, oliente a Agua Florida, apenas con anuales lloviznas

de canas en las sienes, era el que atendía sereno a su clientela de pueblo, a sus deberes de cofradía, a sus rondas solitarias por el parque. Un gesto hacia la sonrisa le humedecía los labios siempre, y era uno solo el brillo de su pelo aceitado y el brillo de sus zapatos.

Así lo veían; así iba repartiendo saludos cortos, con ceremoniosidad extraña pero tolerada. En esa fase podía durar meses y hasta años, inamovible mientras no le emanara desde abajo una especie de gemido que se le iba trastrocando en apetito enorme.

En trance hacia su otra fase, le salía un medio grito: *¡vino de carne y hierro!*, un nombre de feria para un tónico popular que por todos los caminos del país se anunciaba con leyenda de maravilloso. Las cinco palabras de presunción eran para don Joaquín un primer sentarse en tierra, con risa gruesa subiéndole por el esófago. Clamando por su vino de carne y hierro quería decir bebo, escrupulosamente alejado de llamarlo bebida, de andar bebido y bebiendo.

Todos sabían adónde lo llamaba el pregón elegido por su delicadeza, o al menos veían con propios ojos la ambulatoria transformación en su arranque. El mismo hijo sabía que del medio grito en adelante lo vería no sólo sentarse en tierra, sino después descalzarse, y después desabotonarse y abotonarse en ojales equivocados, y después sudar basura mientras rodaba de botella en botella, y después el abolsamiento de pantalones, como si por dentro de ellos hubiera pasado una partida de verracos. Nada había qué hacer, ni para detenerlo ni para suavizarlo. Duro aprendizaje le había probado desde sus primeros años que oponérsele era la necedad revertida. La casa entera de los Traña entraba en trance de enfermedad al percibir en el padre ciertas señales conocidas: los ojos trasnochados, los hombros sueltos en un vaivén que le salía de lo más oscuro del cuerpo, el aroma de Agua Florida vuelto aliento fermentado; la lengua y la piel con nuevos colores y blanduras: una fruta a la que ya nadie podía desviar de su putrefacción.

La madre y las hermanas asumían la administración de la desgracia con precisión de mujeres, aunque el gobierno de la vida siguiera a cargo del que subía a rastras por las supuestas

soledades de su enfermedad alimentada con obstinación. Carne para atrás y hierro para adelante, decía el hombre en aguardentosos estallidos de humor, o como explicación más equívoca aún pregonaba las virtudes reconstituyentes del hierro pasado por carne. Él andaba suelto por el mundo, sus mujeres tirando juntas del peso de la casa, y el hijo padeciendo los gestos de castigo que se levantaban ponzoñosos a su alrededor.

Muchas veces no había siquiera un gesto, sino silencio estulto por el que le llegaba el cobro de ser hijo de quien era. También ahí había doblitud. Se conspiraba entre mudos para hacerle sentir que la risueña tolerancia hacia el alcohólico no era clemencia y mucho menos condonación de lo que él les debía a ellos: la mayoría; el jurado de mil caras posesivas; el pueblo de San Sebastián con la sentencia visible resbalándole en el alma colectiva, con lentitud, desganada, para que el hijo de Traña la viera venir y supiera sin ofenderse que no había absolución posible. Pertenecía a su padre; su padre pertenecía a él: una familia: un sólo cofre de culpas. Una cosa era aceptar como suyo a su borrachito perdido, burlársele por las buenas, explotarlo en todo lo que diera, montarlo y espolearlo, esperarlo y hasta ampararlo sabiendo que cualquier día volvería a ser don Joaquín Traña pulcro y sereno. Otra cosa, la improbable, era que pasaran por alto la alteración.

Aquel doble bailoteo de los filos del oído y los filos del mirar en las esquinas, en la escuela, por puertas y mostradores, lo iban acorralando hasta que sólo quedaba en él la sospecha desposeída de cualquier paliativo; hasta que era rabia amontonada y dura. Amontonada aquí y allá; así como esa superposición de cristales que forman los helados clavos de una gruta.

No había manera de encarar la insidia, viniera ésta de alguna madre amamantando junto a su ventana, de bauzanos de billar o de estudiantes mayores, a lo Curtis Paniagua, alias Capotera entonces, y alias Comandante Carmelo ahora, quien nunca tuvo más comentario que una sonrisa doble, que era saludo blanco en una comisura y befa en la otra.

Desconocía Traña hijo si aquellos signos de doble brillo llegaban hasta las hermanas. Tampoco le importaba conocer si eran percibidos por ellas. Le bastaba saber que todo espacio está

dividido para albergar a la diestra las cosas de hombres y a la siniestra las cosas de mujeres. En última instancia pensaba que en el infinito y predestinado quehacer de mujeres no hay lugar para leer signo alguno que no sea el de su propia predestinación de servicio. Esto era imagen y semejanza del pensar de don Joaquín, descubrió con leve sobresalto de vísceras al verse en ese espejo donde Traña hijo era fiel repetición de Traña padre.

Aun con el asomo de asco que le nacía en el parecerse, insistió en que así había sido siempre, en que así era también para las libérrimas que ahora estaba viendo deambular en la hoya del cerro Canta Gallo, los pezones aplastados bajo el peso de los cargadores de balas, el pelo tan salvajemente ultrajado como el de sus compañeros de armas, certeras en su puntería, demandantes, implacables en su juicio, y no obstante inalteradas en su destino de cocineras y madres pasadas por matrimonio o algún solaz de concubinato.

Lo sabía él, más allá de cualquier discusión de campamento con las muchachas; lo sabía el rotundo Comandante Carmelo, guerrero de vocación, inexorable con claudicantes y desertores, seductor palabrero que dominaba las artes necesarias para hacer de las mejores de ellas guerreras y concubinas felices de pasar la noche en su cubil de jefe. Hubiera querido detestarlo menos para probarse en la imitación. Capotera le decían desde la adolescencia por la gala que hacía de su dureza viril, suficiente para sostener tres capotes mojados, decía él mismo con jactancia.

Y los golpes de brisa le traían a plena luz del día la voz de Capotera, el mismo borbolleo que en tinieblas había oído la noche en que descubría al otro don Joaquín, otro dentro de otro: el jadeo sodomizante liberado de todas sus trancas por efecto de la deseada borrachera.

Había creído que el velado repudio que sentía y presentía en todo su entorno, venía de la culpa de ser hijo de una especie de bicéfalo, una cabeza para la sobriedad y otra para la embriaguez despiadada, o peor aún, ser hijo de un híbrido cruzado de armiño y cerdo, una pesada extravagancia, nada más, pero no lo otro, lo energúmeno infame. Lo creyó hasta su noche de inocente astronomía.

Para los remilgos que don Joaquín escudaba en su pregonado vino de carne y hierro, el pueblo tenía un solo aviso: ya soltó la perra Traña. Y el niño entendía que era entrar en los avatares de alcohólico perseguido por un incesante ladrido. En esa ocasión Traña padre había soltado la perra días antes. Decidido a ver las estrellas por el telescopio de piedra, Traña hijo acompañó los rezos de las mujeres simulando que lo vencía el sueño. Luego, en el silencio de concha cerrada, saltó la tapia y atragantado de aventura emprendió el camino de las grutas. Arriba todo era azul macizo y amarillo de constelaciones; abajo iba poniendo sus huellas sobre otras huellas depositadas en el polvo rumoroso. Fue penetrar la oscuridad subterránea con pies conocedores de cada sinuosidad del piso y oír que las grutas estaban ocupadas por cosa secreta. No retrocedió. Imaginaba un apacible rumiante de líquenes; algún par de brujas recolectoras de tierra que no hubiera conocido sol; imaginaba ladrones ocultando un saco de monedas; o un soplo de viento volcánico, y lo que vio en la última caverna fue una silueta indescifrable retorciéndose sobre el bloque de blanca piedra labrada, y lo que oyó fueron dos voces conocidas diciéndose jubilosos improperios, la acuosa voz de Capotera y el seco susurro de la otra voz gastada en el desvelo de parranda. Primero quedó abrazado al frío de una estalagmita; después reptó hacia afuera con la experiencia de haber oído un diálogo de caverna; de haber conocido el significado enorme, quemante, y hundirse y hundirse en el aviso: "ya soltó la perra Traña". Tan parte de San Sebastián, tan relevante en su inventario, que sin duda al regreso de los exploradores sabría si don Joaquín Traña andaba al revés o al derecho ese día.

Ahí en el cerro de Canta Gallo, a un tiro de su casa, le pareció que por fin entendía cuál era su hambre de cambio, por qué andaba con esa banda de "profetas armados", los fieles seguidores de su paisano Curtis Paniagua-alias Capotera-alias Comandante Carmelo. En dos breves apartes le había preguntado como cosa insignificante si recordaba las zanganadas de quienes sacaban provecho de los cochinos delirios de su padre, y Carmelo había replicado ligero que lo que hacían con sus armas era enterrar el pasado, enterrarlo vivo si era necesario. La

siguiente vez preguntó con cierta sorna si no hubiera preferido llamarse Comandante Capotera, y muy paciente el jefe lo pensó varios segundos antes de contestarle que Capotera no existía.

Sobre el valle de San Sebastián volaban varias zopiloteras: puntos negros girando en parsimonioso juego de ronda. Lo demás era vacío, tierra de colores habitada apenas por sombras de ganado disperso. Carmelo se afanaba en organizar la acción siguiente, yendo de un lado a otro del campamento. Traña lo veía desplazarse, con ojos entrenados para apuntar al blanco móvil o al blanco fijo, pero no apuntó. Se fue deslizando por una ladera grietosa, desertando a la luz del día. Trocado en desertor para alimento irrenunciable de la fanática voracidad de Carmelo.

Al pueblo entró por el camino de las grutas. Más que entrar llegó a sus goteras y ahí buscó la casucha (barro, caña y flores cultivadas en botes de leche Nido) de una vieja sirvienta de la casa, chichigua: amamantadora de sus hermanas, su lavandera de pañales. La vieja palideció primero, al verle la Galil atravesada al pecho, el gesto sanguinario de combatiente desvelado. Luego se le echó encima de la metralleta, lo abrazó sollozándole el nombre: Trañita, Trañita. Le informó que las hermanas habían envejecido tras el mostrador de la venta, como por arte de maleficio desecador. Preguntó por el padre. La vieja dijo que no lo había visto, que sólo oía decir que pasaba acompañado por el camino de las grutas, que hacía días andaba improsulto: delicadeza popular para decir que un ebrio no puede ir más allá en el camino de los cerdos.

Don Joaquín había transgredido un último amparo: el de la oscuridad, madre cobijadora de gozos y desdichas. Sin cobijo alguno lo encontró Traña hijo en la tercera caverna, sodomítico, en poder de su vino de carne y hierro, bajo los rigores de un miliciano desvestido a medias.

Encañonados los llevó hasta la primera caverna y luego hacia arriba del arco de piedra oxidada. Como tributo a la deidad de tres patas, perpetua en su nicho de guerra. Desde lo más alto, el libertador los hizo volar de espaldas, del aire a la clavazón pétrea que hacía brillar sus sílices acumulados gota a gota. Allá clavados movían los labios, arrojando hacia arriba bocanadas de silencio, infinitamente multiplicados en los rústi-

cos espejos de sal. Así les entregaba su propia y repetida imagen ante la imposibilidad de consumar el sueño feliz de someter ante el padre a todos aquellos bellacos que en el revés de su vida lo habían sometido. Contemplaba cierto aleteo de brazos, en el miliciano y en don Joaquín, los dos en trance de liberación a los ojos secos de Traña que permanecía en lo alto del arco, con la Galil cruzada, seguro de que para continuar la guerra Capotera llegaría puntual a buscar en persona al más vil entre todo lo odiable: el desertor.